ALFREDO MOLANO BRAVO

CARTAS A ANTONIA

Las conmovedoras reflexiones y enseñanzas de un abuelo a su nieta

AGUILAR

ALFREDO MOLANO BRAVO

CARTAS A ANTONIA

Las conmovedoras reflexiones y enseñanzas de un abuelo a su nieta

AGUILAR

SÍGUENOS EN

megustaleer

Me Gusta Leer Colombia

@megustaleerco

@megustaleerco

Penguin Random House Grupo Editorial

NOTA DEL EDITOR

La gran mayoría de cartas y textos incluidos en este libro quedaron organizados de manera cronológica, sin embargo, fue imposible identificar la fecha exacta en los que fueron escritos.

UNO

PRÓLOGO

LA HERENCIA DE MI PAPÁ

Por Alfredo Molano Jimeno

Antonia nació el 3 de noviembre de 2006 en la Clínica de la Mujer en Bogotá. El trabajo de parto empezó en la madrugada y, ahora que caigo en la cuenta, como a la misma hora en que mi papá murió. Ese día me llamó con voz nerviosa a decirme que Adriana, mi hermana, ya estaba en el hospital y que allá me esperaba en cuanto pudiera. Llegué como a las tres de la mañana y él estaba en la sala de espera con ese gesto de ilusión que hacía tornando sus ojos hacia arriba y metiendo el cuello en los hombros. Me contó que ya había visto a la bebé, que era rosada, flaca y chiquitica. Desde ese viernes hasta el jueves 31 de octubre de 2019, cuando murió, mi papá se desvivió por Antonia.

No mucho tiempo antes de que naciera mi sobrina, tal vez un año, mi papá había regresado de Estados Unidos, donde terminó sus largas noches de exilio. Estuvo unos siete u ocho años viviendo, o mejor, sobreviviendo, fuera de Colombia por cuenta de que a Carlos Castaño le parecía que su pluma era más peligrosa que la guerrilla, y lo sentenció con algunas cartas amenazantes, entre ellas, una escrita en la primera página de *El libro negro del comunismo*. Un par de meses antes de que Antonia naciera, mi hermana llegó de España, donde había estado los últimos siete años, algunos de los cuales los pasó junto a mi papá en su primera etapa del exilio en Barcelona.

Adri llegó sola y ya barrigona. Fue así como la relación entre Antonia y mi papá fue mucho más que la de un abuelo con su nieta. Los primeros dos años vivieron juntos, con mi hermana, claro, en la casa de La Calera. La niña fue creciendo, aprendió a gatear con la cola

parada y sin flexionar las piernas. En las mañanas, cuando mi papá ya llevaba horas despierto y cinco tintos encima, corría a buscarla al oír sus primeros gorgojeos. Le gustaba sacarla al aire vespertino para darle un breve paseo por el jardín. Saludaban al perro y al caballo y él trituraba una hoja con sus dedos gordos y chiquitos para que ella oliera, al tiempo que le explicaba: es eucalipto, un romero, una hierbabuena.

En cuanto creció y pudo alimentarse por sí misma, mi papá se la llevó a cuanto viaje pudo. Pienso que ninguno de sus hijos viajamos tanto con él como lo hizo Antonia. Tenían una complicidad y un lazo afectuoso muy profundo y particular, que muchas veces despertaba celos en hijos, nietos y hasta en algunos de sus amores. Nunca se preocupó por disimular su preferencia por Anton, como le decía. La llevaba a cine a ver películas gringas que él odiaba y hasta se aguantaba las jornadas de compras en un centro comercial de moda, un acto que aborrecía con todas sus fuerzas pero que, a la voz de que fuera con ella, hasta le parecía divertido.

Y fue tanto el amor y el miedo que tenía de no estar para ella cuando fuera adulta, que hace muchos años decidió escribirle un libro. Texto que inicia con una carta que leyó el día de su bautismo, cuando Anton tendría unos tres años. Este libro no es la reunión de cartas desperdigadas al azar en sus correos y archivos. No. Es un texto póstumo, pero no inconcluso. Lo escribió hasta unos días antes de su muerte. La mayoría de las cartas estaban ya corregidas e incluidas en una carpeta con el nombre que llevaba el libro. Muchas veces se le oyó hablar de este texto, lo hizo no como uno más de sus veinte y tantos libros, sino como el mejor regalo que le habría hecho a esa niña que tanto amó.

Durante quince años le escribió sus enseñanzas y reflexiones. Hizo una bitácora de los recuerdos que vivieron juntos y tuvo fuerza para escribir un diario de la enfermedad contra la que batalló seis meses. Meses durante los cuales, paradójicamente, Anton no pudo acompañarlo como ella hubiera querido por vivir en Perú. Tal vez para bien de ambos. Lo cierto es que cuando mi papá murió, este libro

estaba terminado, como estaban también claros su legado y su herencia.

Más allá de su prestigio, de los cientos de textos escritos y del cargo que ocupó como comisionado de la verdad, su gran obra es una familia de viajeros, de lectores, de gente a la que le duele el país, que goza con la belleza y sufre con la pobreza de la gente llana. Alfredo Molano Bravo fue un patriarca, un centro familiar de reunión y decisión. Todos los domingos había espaguetis al almuerzo. Encabezaba la mesa en la que solíamos estar sus hijos, su hermana, sus sobrinos, sus nietos, su primera esposa y mi mamá. Hasta su casa llegábamos uno a uno a contarle nuestras historias y angustias, y nos íbamos pasadas las seis de la tarde, cuando la hora gris se asentaba y el lamento melancólico de las mirlas le daba paso al crepitar de la chimenea.

Nos enseñó el amor por el Llano, a montar a caballo y a amarlos como integrantes de la familia; nos inculcó la alegría del caminante cuando corona una montaña, se interna en una selva o remonta un río crecido; nos hizo fieles a un terruño que llamamos resguardo y está inundado de sus huellas, donde vivieron sus padres y ahora viven mis hijos. Con su ejemplo nos dio lecciones de valentía en los días oscuros del paramilitarismo y la acechanza del "paraejército" que los secundaba. O en la noche que, infartado, emprendió el regreso desde la orilla del río Muco acompañado por su hermana y el escolta, dejando la caravana decembrina cargada de niños y de sueños.

Nos dejó, en fin, acompañados de su recuerdo y de su presencia inefable. Presencia y recuerdos que reviví hasta el llanto reuniendo estas cartas y organizándolas. Fue una inmersión en mi dolor y mi amor por él. Fue casi como desenterrarlo para volver a enterrarlo, pero bien valió la pena porque de todos sus libros es el más profundo, autobiográfico y universal. En todas las casas habrá una Antonia amada que necesite saber en qué país nació. Y a nuestra Antonia, y a cada uno de nosotros, nos acompañará la voz de mi padre en cada paso que demos.

Al morir mi papá quedamos huérfanos, además de sus familiares, 126 pares de tenis. Tenis de tela, en su mayoría marca Converse, que se

convirtieron en un sello de su auténtica manera de vivir, y con los que anduvo, según unos cálculos superficiales, unos 14.000 kilómetros. En sus cajones guardaba tres cuchillos, tres radios, siete jeans Levi's, una docena de sacos de lana, otra de camisas de algodón hechas a su medida, veinte pares de medias tobilleras de colores, en especial aguamarinas, rojas y rosadas; tres pares de gafas, su collar de coral rojo y un eneagrama de plata, un reloj, una valiosa biblioteca y un caballo.

Dejó publicados veintisiete libros y sin publicar unos tres, entre ellos, este que agrupé, una novela erótica y un libro de relatos a medio escribir. También dejó, además del resguardo en La Calera, dos casas donde vivirán sus sueños y sus nietos: una a orillas del Magdalena, y otra donde se besan los ríos Vichada y Muco. Lugares donde atesoramos los mejores recuerdos que de él podemos tener, donde siempre resonará su sonrisa y a donde acudiremos a buscar la fuerza que nos falta y que él tuvo de sobra, porque su herencia más poderosa fue una enseñanza de vida. Un legado hecho de palabras y sueños con el que nos enterrarán a quienes lo vivimos y amamos.

DOS

CARTAS A ANTONIA

EN EL BAUTIZO

Si alguna certeza tengo yo en mi vida es la del día y la hora en que tu mamá fue engendrada; ella, sin duda, tendrá la misma certidumbre contigo. Eres, por ahora, el último eslabón de una larga cadena de amores. No en vano llegaste sabiendo qué te gusta, qué quieres, para dónde vas. No te asusta la noche.

Conmigo has conocido el viento, las hojas de algunos árboles, el aroma de la hierbabuena y de la menta, y me has enseñado lo que de todos ellos había yo olvidado. Eres amiga de los perros y los pájaros, has montado en Ícaro y parece que llevaras en tu cuerpo algo de Altaír, el inolvidable. Los gatos te gustan porque son como sombras: fluyen, huyen, apenas si dejan huella por donde pasan. No confundes la mirla con el gallo ni el gallo con el toche. Vas tejiendo de trinos el día. Más que destinos, llevas en las palmas de tus manos una música antigua que sale de esa gota de sangre traviesa que te atraviesa. Juegas con las máscaras del abuelo, y de tigre te conviertes en toro, de toro en brujo, de brujo en el africano de tres ojos y dos bocas. Sabes del color de las astromelias y de los raques de mayo. Conoces de horizontes: has tocado la niebla que baja del Sarnoso, y la tarde cuando mira desde Las Moyas. Sabes dónde está la luna. Pero nadie te ha llevado aún al Chocolatero para preguntar dónde nacen las nubes y para dónde van.

Juegas con el agua como si buscaras con ella lo que la vida te obligó a dejar para cumplir un destino que irás haciendo como cuando con tus ojos lavas el agua. La vida te da vida como tú les das vida a tus muñecos cuando los acaricias y les limpias la frente. Y me das vida cuando con ellos juegas y de ellos me haces parte.

Quiero verte montar en bicicleta, echar cometa, navegar por el Guaviare y por el Atrato, atracar en sus puertos y dormir con su gente. Quiero llevarte a conocer Caño Cristales, donde el agua tiene siete colores, y al Cañón del Guáitara, donde se encierra el eco del trueno. Quiero subir contigo al páramo de Sumapaz y a la Sierra Nevada para entender nuestra historia, mirar el mundo y sospechar el universo. Amarás como todos nosotros el Llano y llorarás con nosotros su muerte, si es que le llega a él también, como una tarde triste le llegó a tu tío abuelo, Alfonso, que nos dejó calado el dolor de su partida en nuestros huesos.

Antonia te llamarás y te damos la bienvenida a este mundo tan extraño y contradictorio que ya te quieres beber. Todos quisiéramos quedarnos hoy con las penas que te esperan y que te harán fuerte y sobre las que te apoyarás para conocer, por fin, el amor y la pasión que cantarás. Llevarás en tu mirada la luz que me das y la alegría de mi corazón viejo que late por tu pulso.

Antonia, te pido: préstame una pestaña para barrer mis penas y atrapar mis alegrías.

ANTONIA EN ESPAÑA

EL ENCUENTRO

No quise ir al aeropuerto porque consideré que el encuentro era solo de Antonia con el papá y la mamá. Una ceremonia íntima. Así fue. A la salida de la aduana, Antonia miró a los ojos a Juan Carlos y, como si lo hubiera visto de siempre, corrió y lo abrazó. Para ella ese abrazo debió ser el reencuentro con una pieza de su vida perdida en algún lugar, en algún momento. Después, de la mano, llegaron al hotel. Antonia estaba orgullosa y desbordante, segura; él, un poco tímido, sin saber qué hacer, como estrenando papel. No es fácil por más acercamientos que hubiera habido asumir sus nuevas funciones. La miraba con detenimiento, trató de sacar de su memoria los juegos que le jugaban cuando niño. Ella no los entendía muy bien. Además de los ojos, que al instante se reconocieron, fue el chicle lo que más los acercó. Él también come chicle y la complicidad fue inmediata. Un puente sólido. Ella trató, sin ninguna dificultad, de seducirlo con negaciones, con invitaciones, con merodeos, con caprichos y él cayó redondo.

En el almuerzo —ya los cuatro juntos— Juan Carlos le dio un camarón diciéndole: Es un pescadito que está en el fondo del mar; ella lo miró y dijo: Ay, pobrecito, burlándose de la inocencia del papá. Al rato, cuando yo le hablé de los pulpos, le dijo a Juan Carlos, como mostrándole cuánto sabía: Ellos son los que defienden en el mar a los pececitos de los tiburones. Quizás él no entendió el juego, pero yo me sonreí de pensar lo que al hombre se le venía encima. Después bajamos por la Gran Vía y paseamos desde Cibeles por Los Capuchinos hasta el Museo del Prado. Ella iba alegre, suelta, mostrándose. Él, muy cubano, quiso que lo retrataran con ella en una fuente. Inolvidable la

cara de ella, tapándosela con una manito, coqueteando. Adri, como siempre, en su sitio y feliz.

SEGUNDO DÍA

Anoche se quedó conmigo. Estaba emocionada. Saltó encima de la cama un rato y me pidió que le leyera un cuento. No, mi amor, aquí no hay libros. Bueno, entonces cuéntame una historia, la de Caperucita Roja. Un cuento es un cuento, tiene valor, pero no vida. Una historia es más real. Pero no pasé de amasar los pastelillos porque se quedó dormida. La puse en su lado. No resiste las cobijas, así que duerme con la mera pijama. Al rato, con frío, se fue metiendo al rincón y me fue corriendo hacia el borde de la cama. Total, uno va soñándose con el borde del abismo. Me cambié de sitio, lejos de ella. Y a la hora estaba yo en el otro abismo. Durmió profunda.

Esta mañana nos fuimos a conocer el "tren", es decir, el metro. Me dijo que Adri le había contado que era un tren que iba debajo de la tierra. Le pareció sorprendente saber que hay algo como un tren debajo de una calle. Miraba en silencio a todo el mundo, la publicidad, los pasillos, las escaleras. Y el tren, ese gusano gigantesco con ojos encendidos y cajas como casas que lo siguen. Nos montamos y adentro, pareciera que siempre lo hubiera hecho. Se sentó sola en un asiento. Al bajarnos protestó porque quería un viaje más largo. Pero habíamos llegado al Retiro. En la estación oyó un ruido para ella desconocido. ¿Qué es, abuelo? Un violín, mi amor. El violinista se agachó como dedicándole lo que tocaba. Quedó prendada del violín. Luego comimos cerezas.

Su papá la esperaba en la boca del metro. No quiso mirarlo y se prendió a mis piernas. Paseamos un buen rato, pero no quiso hablar. Fue un silencio largo. Sentí que trataba de saber para dónde ir. Con su mamá fue más fácil. La vi como una paloma tratando de orientarse por las estrellas en pleno día. Le tenía prometido montar en barca, remar, mirar los patos. No había patos. Se los comió el caimán, dijo Juan Carlos. Y esa fue la llave: se abrió la puerta. En adelante el tema fue patos y caimanes, después más chicles. Casi muero de celos con los chicles. Creo que ella lo sintió porque me mostró la boca y me dio un

beso. Estuvo cerca de su papá. Se durmió en sus piernas en el metro. Él, muy cariñoso, tratando de acomodarse en el huequito que ella le abría. Modesto, como buen cubano, lo acepta. Lo veo complicado porque sabe que tiene una responsabilidad, que ella es caprichosa y seductora y que el cariño, como la sangre, tira.

En la tarde estuvimos al final del ensayo del grupo que Adri acompañó. Yo tenía cita para comer y quería desprenderme de ellos —Adri, Juan Carlos y Antonia—. De lejos le dije adiós con la mano. Me miró. Sentí que yo no quería dejarla y ella le dijo a la mamá: Quiero ir con mi abuelo. Ella —pienso yo— quería estar conmigo sola. O quizá, al verme solo, quería acompañarme. Pero no protestó. Se quedó callada como cuando algo no le gusta pero tampoco puede protestar.

Mi sentimiento se divide: por un lado, quiero que ella haga una fuerte relación con su papá y por el otro, quiero mostrarle lo que no conoce: el violín, el sabor de las cerezas, el calor del metro, las estatuas de piedra.

AL ZOOLÓGICO

Después de brincar por encima de mis contradicciones, Adri me dijo que Juan Carlos tenía una diligencia y que no estaría con nosotros esa mañana, tampoco ella por la misma razón. Total, Antonia era toda mía: sin papá y sin mamá. Una prueba.

Vamos al zoológico, le propuse, y nos fuimos. Yo, ingenuo, lleno de ilusiones de verla mirar animales. Un viaje largo en metro con cambio de estaciones, transferencia a bus, y por fin, Casa de Campo, la zona donde se dio una de las peleas más sangrientas de la Guerra Civil. El zoológico es enorme. De entrada, una cigüeña en un árbol. Mira —le señalé—, allí hay un bebé cigüeña. Miró, pero no vio nada. Quería montar en un trencito inmóvil de plástico. Al fin entramos, después de una discusión entre lo real y lo artificial. No da el brazo a torcer. Cientos de niños de las escuelas de Madrid en “excursión al zoo”. Le aterrorizaron tantas cabecitas moviéndose y tantas boquitas gritando. Hay pájaros en libertad, inclusive un cóndor medio desplumado. Con alguna protesta —estoy cansada, no quiero ver— hicimos un recorrido

largo. Vimos los osos pardos, de los que España estuvo llena; venados y gacelas y micos. Los mandriles le impresionaron: ¿Por qué tienen la cola así? No me gustan —le comenté—, me parecen feas. Sí, pero el rosado es bonito —corrigió ella—. Los mandriles tienen el culo floreado y una piel rosada como de vieja inglesa. Los hipopótamos tampoco le llamaron la atención. En cambio, los rinocerontes sí. O mejor, la mamá rinoceronte y el bebé rinoceronte la enternecieron. Hay un charco de barro y agua podrida en su jaula gigantesca. ¿Para qué, abuelo? Es el baño. ¿Se bañan ahí? Sí. ¡Qué cochinos! Tampoco le dejarían recuerdo los saltos de los delfines, sus gracias, su obediencia. Pero, en cambio, llegamos por fin a la casa del lobo. ¡Del lobo! Miraba con esa tan suya mezcla de miedo y gusto. ¿El lobo? ¿Es el lobo, abuelo? Y el lobo la miraba con sus ojos verde claro desde lejos. Abuelo, ¿y dónde está Caperucita? El zoológico fue para ella el lobo, lobo feroz, pero lobo perezoso que mira pasar el mundo con la certeza de que la comida le llega a una hora fija.

Esperamos dieciocho minutos exactos, tal como se anuncia en el paradero, el bus para volver a coger el metro. Mientras tanto, me llevó a un parquecito infantil a jugar. Jugaba y jugaba solita. ¿Qué haces? Juego con mi amiga, me respondió con naturalidad. Y en el metro, de nuevo, su fascinación. Y *ensoñadero*, porque se duerme en la tercera parada. Y yo la cargo sobre mi pecho y siento su respiración. Pesa. Pesa. Y siento su corazoncito sobre el mío. Y pesa. Y veo que entre mi jadeo y mi jadeo ella sonríe. Está despierta, haciéndose la dormida. ¡Pícara! Te pillé, estás despierta y tu abuelo sin resuello. Suelta la risa, le alumbran los ojos.

EN BARCELONA

La recuperé en la Plaza Real. Estaba en el mismo lugar donde conocí a Juan Carlos. Es una plaza cerrada con una fuente central y palmas datileras altas y fuertes. Reconoció mi silbido y me buscó con sus ojos. Coqueta, no quiso salir a mi encuentro, sino que esperó a que yo la abrazara. Adri estaba linda. Nos fuimos caminando por las Ramblas hacia la Barceloneta para almorzar en el restaurante Can Maño, que antes era solo de marineros y obreros, y ahora vive atestado de turistas. Una comida deliciosa. Nos sentamos con un joven y un viejo

que siempre comen ahí. Pidieron lentejas. La nena se antojó y el joven, que estaba encantado con ella, la invitó a probar del plato que a todos los españoles les recuerda la Guerra Civil. El mesero, Antolín, uno de los dueños del restaurante, estuvo amable y cariñoso con “la nieta de mi amigo” hasta el punto de que mandó por la propia.

Luego fuimos a mirar el mar. Estaba calmado pero frío. Después volvimos en bus hasta las Ramblas. Cada vez hay más gente, más turistas y esta vez los hinchas del Barça no habían acabado de celebrar la Triple Corona. Ella miraba un poco desconcertada ese río movedizo de humanidad que sube y baja, habla y grita. De pronto descubrió una mujer vestida con un manto negro que sostenía un gran pájaro, también negro, en su mano derecha y movía la izquierda lentamente al ritmo de un viento apenas sugerido. Tenía los ojos pintados de negro, grandes ojeras y unas cejas que se le enrollaban en la frente. La chiquis no atinaba a explicarse quién era, si era de verdad o de mentira. Miraba muda e inmóvil. Le explicamos: Es una estatua viviente. La mujer oyó y le picó un ojo. La curiosidad fue más grande. No quería moverse, como esperando un desenlace, una conclusión. Al fin logramos que caminara unos pasos hasta donde había un árbol que se enredaba en otra mujer de largos brazos que terminaban en unas manos largas prolongadas en unas uñas aún más largas. Movía el torso como dándose la vuelta. Ella, la nena, volvió al éxtasis. Tiene las uñas como me gustan, dijo. Y seguimos mirando estatuas: la bruja, el ángel, el centurión, el vaquero, la gorda, el pájaro, tijeras. En cada estatua se paraba a mirar, seducida, absorta. Casi todas le regalaron una bolita de cristal, un diamante de plástico o por lo menos una sonrisa y un ¡qué guapa eres! Cuando llegamos a la plaza de Cataluña, nos hizo regresar y volvió al examen detenido de cada figura. El resto dejó de existir. Al día siguiente volvimos, la reconocían y la saludaban. Fue haciéndose amiga de cada una de las estatuas y fue llamándolas por su nombre: la bruja buena, la mata verde, la mujer-huevo, tijeras.

Si las estatuas de las Ramblas eran mi paseo con ella, la playa era el paseo con su papá. Tienen sus propios juegos, sus propios cuentos y sus secretas complicidades. Da ganas de llorar de alegría verlos juntos descubriéndose el uno al otro. Por las noches la jarana continúa. Adri

y yo sobrábamos. Pero ella tiene un sentido del equilibrio y de la justicia muy fino: una noche dijo que quería dormir con el abuelo. Me quedé. Me pidió que le leyera un cuento. Mi amor, no trajimos libros, le dijo Adri. Bueno, abuelo, entonces cuéntame una historia. ¿Cuál quieres? La de Caperucita y el lobo bueno, me respondió. Es la historia más difícil que he tratado de contar.

Amanecimos abrazados. En Barcelona.

FÁBRICAS DE SUEÑOS

Cuando yo era niño —y a veces sigo siéndolo—, me iba a buscar unos rincones de El Líbano que me gustaban. Había uno que se llamaba La Tebaida, que quedaba —o queda, porque sigue allí— al lado y vivía rodeado de silencio y de niebla. A veces se alcanzaba a oír el pito del tren de la Sabana de Bogotá que llegaba fatigado desde Zipaquirá. Me gustaba oírlo y echar mis sueños a volar en el humo que botaba al aire su caldera. Viajaba a países que no existían, a países sin nombre que tenían reyes que iban a las guerras y que tenían caballos tordos, palomos, caballos alazanes, caballos saínos y alguno montaba el que más me gustaba, un moro pataconiado. También tenían princesas y quizá con alguna vestida de azul soñé.

Iba también a otro rincón de la hacienda, un matorral de arrayanes escondido en una loma donde hacía —no sé por qué— cierto calorcito. Lo sentía como un cariño y yo se lo devolvía también queriendo ese escondedero desde donde oía que me llamaban cuando eran las seis de la tarde y las mirlas comenzaban a cantar su canto triste y melancólico.

Cerca estaba lo que llamábamos la Cueva del Tigre, una pequeña mina abierta en una roca arenosa que tenía grabadas en las paredes las señas de arañazos del tigre. Las miraba encantado. Me imaginaba que el animal andaba por ahí ronroneando y yo sentía el escalofrío en mis espaldas. A veces también en las vetas veía brillar escamas de oro y soñaba con juntarlas como bolitas y venderlas para irme a viajar.

Pero la fábrica de sueños que más quería era la del verano, cuando el pasto se secaba y yo me echaba en él y olía sus olores distintos y

encantados. El viento pasaba por encima porque eran pastos altos, florecidos y maduros. Soltaban sus semillas y yo me iba con ellas para donde fueran. Unas caían cerca, en las fincas vecinas donde había niños campesinos con los que yo, vestido de general, organizaba ejércitos. Otras caían lejos. Unas a la casa de mi prima Tabita, que era para mí la mujer más linda del mundo después de mi tía Nana, la que cuando subía al Líbano a verme se acostaba en mi cama y yo le calentaba los pies, siempre "yertos", como ella me decía que los tenía.

Yo soñaba, botaba mis sueños a volar. No me los fabricaban como los fabrica ahora la televisión o la internet, las aplicaciones y los juegos de maquinitas. Ninguna deja soñar, están hechas para hacerme soñar lo que quieren y lo que quieren es que yo me parezca a la gente rica, bien vestida, con carros lujosos, piscinas transparentes, playas doradas. ¡Qué triste, amor mío, es no poder fabricar mis sueños!

No me olvides. Anoche no quisiste hablar por teléfono conmigo porque tu mamá no quiso dejarte chatear con una amiga. Sentí que no me querías.

EL REMORDIMIENTO

En el gran salón de El Líbano, la casa de la hacienda de tu bisabuelo, había muchas cosas que me gustaban, entre ellas una enorme chimenea, un ventanal desde donde se miraban El Chocolatero y el río Teusacá y, colgada en la puerta, una escopeta de dos cañones y culata labrada. Siempre estaba colgada y silenciosa. Mi papá —tu bisabuelo — decía que había sido de un tío de él llamado el Tigre Molano, de nombre Manuel como tu tatarabuelo, que era médico.

El Tigre Molano fue guerrillero liberal en la Guerra de los Mil Días y comandaba su tropa por la región de La Palma, Topaipí, en el occidente de Cundinamarca; una región que siempre ha conocido de guerras. En la violencia de los años cincuenta fue defendida por Saúl Fajardo de los conservadores mandados por Efraín González, alias Siete Colores. Después, en la violencia de los años ochenta, fue azotada por un paramilitar terrible llamado el Águila, a quien conocí. Era malencarado, hablaba poco y en sus ojos saltaba la chispa de la maldad. Un criminal que, entre otras cosas, fue alumno aventajado de la escuela paramilitar de Puerto Boyacá, donde Yaír Klein formó, con ayuda y financiación del Ejército, las Autodefensas del Magdalena Medio.

Volviendo a la escopeta que nos trajo hasta aquí, quiero contarte que esa arma me fascinaba. Cada vez que pasaba debajo de la puerta la miraba con respeto y mucha curiosidad. ¿Habían matado a alguien con ella? ¿Por qué? ¿A quién? Yo le insistía a mi papá en que me contara más de ese tío y lo único que me dijo una tarde recorriendo un barbecho fue lo que ahora te cuento.

Manuel había sido herido en una pierna en alguna de las batallas —quizá solo un encuentro— de la guerra y lo habían llevado a un hospital de campaña donde se curaban heridas, se cortaban piernas engangrenadas o simplemente se moría. Al hombre le habían salvado la pierna sacándole la bala y estaba convaleciente en un apartado del hospital, que, como podrás imaginar, era hecho de carpas. El vecino era un hombre viejo al que le habían cortado la pierna a palo seco, como era obligatorio en una época en que no se conocía la anestesia. Quizá se usaba la morfina, pero no tengo noticia de ello. Las operaciones quirúrgicas eran terriblemente dolorosas. Al paciente le daban unos tragos de aguardiente mezclado con pólvora, le ponían entre los dientes un palo de balso y con un serrucho cortaban, por ejemplo, la pierna. Yo conocí a uno de esos soldados de la guerra de los Mil Días que vivía cerca de la casa de mi abuela. Lo sacaban en una silla a asolearse al parque de Lourdes y la gente que pasaba lo saludaba con mucho respeto.

El vecino del Tigre, te contaba, adolorido por el corte de su pierna, se quejaba mucho; por la noche daba alaridos de dolor. Como tampoco existía la penicilina, la herida —el ñoco— se le infectó y el dolor y el miedo a morir no lo abandonaban. Tampoco a tu pariente lejano los alaridos del hombre. Una y otra vez pidió que ayudaran a su vecino que se estaba muriendo, pero nadie, ningún médico ni enfermera iba a aliviarle los dolores. Cada día estaba peor. Del grito pasó al quejido lastimero. Simplemente se estaba muriendo. Cuando el Tigre vio que le brillaba la punta de la nariz supo que la muerte estaba cerca y decidió ayudarlo a morir. Sacó su pistola, lo tapó con la almohada y le descargó un tiro en la cabeza. No fue —me aclaró mi papá— con la escopeta, fue con la pistola. Sin duda tu antepasado vivió muchos días —o años— con el remordimiento de conciencia de haberle dado muerte a aquel hombre, siendo además, como sin duda era, uno de sus compañeros de armas.

Esas armas estaban vivas cuando él, mi papá, nació, justamente en abril de 1899. La guerra comenzó en junio de ese año. Así que mis abuelos la sufrieron y mi papá creció oyendo cuentos de la guerra. Por eso la odiaba y por eso odiaba las armas. Cuando yo le pedía que

descolgara la escopeta y la disparara, me decía: Yo no quiero que a ti te gusten las armas, ni las guerras.

Mi insistencia en que la disparara para saber cómo sonaba —mi disculpa— tuvo efecto un día. Me dijo: Bueno, si quieres sufrir, vamos mañana. No dormí pensando en el disparo de la escopeta. Soñaba que subíamos y bajábamos montes. Yo le preguntaba a mi papá: ¿Qué hay detrás de ese monte?, señalando el Sarnoso, una cuchilla que queda a espaldas de El Líbano y que a su vez era, tanto como el de la hacienda, el límite de mi mundo. Me respondió: Hijo, otros montes.

Por fin llegó la madrugada. La luz entraba por los postigos de mi cuarto, sentía que la vida comenzaba a moverse de nuevo y una alegría como aquella que sentí en uno de mis cumpleaños cuando mi mamá me preguntó: ¿Qué quieres hacer mañana, el día de tu santo? Le contesté con seguridad: Quiero que Puno —el mayordomo— me traiga a Florián y me lo ensille temprano. Florián era mi caballo. Me lo habían regalado en una Nochebuena en que también me regalaron los aperos: una silla, unas riendas, estribos, gualdrapa. Recuerdo aún el olor del cuero y la felicidad de tener caballo propio y aperos nuevos. Yo no aprendí a montar en Florián; ni siquiera en Sultán, el caballo que me habían dado por manso, sino en la Vieja, una yegua isabelina, lenta y segura que montaba mi abuela Rafaela las pocas veces que subía a El Líbano. O mejor, la única vez que la recuerdo en la hacienda. No sé cómo había llegado al Rubí, la tienda donde nos dejaba el bus, pero sí recuerdo que mi mamá me mandó a encontrarla en El Sultán. Montaba de lado como las abuelas. Nunca entendí por qué no se iba de espaldas.

Florián era un caballo diferente. No cabeceaba. Agachaba la cabeza para que yo alcanzara a ponerle y a quitarle la jáquima; era brioso. Solo tocarle el ijar y corría o brincaba. Yo lo adoraba. También le tenía miedo cuando llovía y le alcanzaba a caer agua por las orejas. Entonces se encabritaba, trataba de sacarse el agua con los cascos de sus manos. Alguna vez estuvo a punto de tumbarme. Yo pocas veces me caí de los caballos. Me tumbó un burro llamado Junaico, que era el que se usaba para cargar leña, traer la leche por la mañana del ordeño

y cargar a Graciela, la muchacha de la casa y la que atendía mis llantos. Decía mi mamá que cuando yo hacía algún daño, ella me encerraba en su cuarto debajo de las cobijas para que no me encontraran.

Con Junaico nos divertimos. También en Junaico nos dio por montar al mismo tiempo mi primo, mi hermano y yo. Montó uno y el burro no se dio por enterado; montó otro y tampoco; monté yo, se encabritó y nos tiró al suelo a los tres juntos. Caímos uno detrás de otro.

Yo siempre estuve seguro de que Florián me quería. La prueba fue aquel día de mi santo, que yo quería montarlo. Puno, el mayordomo, se había ido a traerlo. Me trajo una perdiz que, según él, era el regalo que mi caballo me daba. La había "cazado" trotando loma abajo. Graciela me preparó con ella un caldo.

Digo que la alegría de aquel regalo fue la misma que sentí esa mañana en que salimos con mi papá a oír la escopeta. Y digo a "disparar" porque mi papá nunca dijo a matar. Nos fuimos después del desayuno. Él, claro está, llevaba el arma y a mí me dio una canana con la munición. Yo me sentía el "acompañante" de mi general. Caminamos por el camino a Santa Rosa que atravesaba potreros donde se sembraba papa y trigo. Los barbechos de papá me gustaban porque se veía a los peones trabajar hoyando para sembrar. Hacían concursos entre ellos para decidir quién hoyaba —hacía huecos— más rápido en su surco. También la sacanza me gustaba. Los hombres escarbaban y quitaban las ramas de la mata de la papa. Las mujeres la recogían y la escogían en cuatro canastos que ponían delante de ellas para seleccionar la papa gruesa, la semilla —la ordenaban por tamaño— y la cortada, o sea la que habían cortado los peones con sus azadones. Esta la echaban a los marranos y el riche se lo regalaban al asilo de San José, en Bogotá, de los padres capuchinos. A veces yo iba con mi papá a llevarla. En realidad, era un hospicio donde llevaban a los niños huérfanos. Los tusaban para evitar los piojos y tenían un uniforme azul de pantalones cortos. Me producían miedo. Temía que algún día me dejaran allá.

La cosecha de trigo era lo que más me gustaba. La siega era en verano,

en la época de Navidad. Cortaban con hoz el trigal que estaba ya amarillo y con las espigas llenas de grano hacían las gavillas con manojos amarrados con el mismo trigo. Había mujeres —era la costumbre— que repasaban arrancando las espigas que los trabajadores no habían cortado. Eran para ellas. El trigo acababa de madurar en las gavillas y luego en los "montones", que eran hechos encarrilando de abajo para arriba los manojos. Eran bellos, parecían ranchos. Pero ninguna felicidad en aquellos trabajos de la hacienda era comparable al día que llegaba la máquina de trillar. Desde muy temprano se veía desde lejos la máquina que venía tirada por bueyes. A medida que se acercaba se oía el chirrido del armazón al ser movido por esos animales lentos y pesados, el grito que Joaquín, el gañán, les daba a los peones para que arrastraran por las lomas un carruaje de un tamaño, para mí —y seguro para los animales— descomunal. Llegaba poco a poco. La ponían al lado de los "montes" de trigo y el dueño la hacía funcionar con un motor de gasolina y unas correas de transmisión. Por un lado, un encargado metía las gavillas; pasaban —sin saber cómo— por la barriga de la máquina de donde salía un chorro de grano que recibían en un costal de fique. Por el otro lado la máquina tenía una gran boca con dientes que eran unos colmillos de ballena por donde botaba el tamo. Oír aquel motor, el ruido de los engranajes y de las correas, la agitación de los peones y la satisfacción de mi papá y de mi mamá al ver los costales llenos era todo la misma cosa para mí.

Pasamos pues aquellos potreros donde se cultivaba papa y trigo. Había también cabras sueltas que cuidaba un muchacho pastor llamado Benjamín. El macho reproductor se llamaba Barrabás. Tenía unos cuernos encorvados, una chivera y unos ojos amarillos que me miraban en las noches de miedo. Todos los domingos mataban un chivo y lo cocían al horno. El almuerzo de ese día, al que llegaban mis tíos y mis primos, tenía para mí un momento culminante. Era cuando traían la cabeza del animal asada y yo, para ser admirado por todos, sacaba los ojos del bicho con un tenedor y me los comía. La verdad: no eran blanditos sino duros, o medio duros.

Atravesamos, digo, todos esos potreros hasta llegar a uno llamado Las

Enramadas. Alguna ha debido haber porque en mis recuerdos era una arboleda de eucaliptos donde un atardecer vi con mi mamá un lobo. En El Líbano no había lobos, pero lo vi y ella fue testigo. Era negro y seguramente una fiera, porque tenía dientes afilados. Miraba a lo lejos sin mirar nada, como cuando yo me subía a una loma, lejos de la casa, en un sitio que llamaban La Tebaida, donde me gustaba ir al atardecer porque desde ahí se oía el tren. No lo veía porque pasaba muy lejos, en la Sabana de Bogotá. Sin duda venía de Chiquinquirá, Ferrocarril del Nordeste. Era un sonido largo y dulce. Por mucho tiempo no supe de dónde salía hasta que mi mamá me mostró el tren en Bogotá. No podía creer ese día que una cosa negra y grande, que hacía tanto ruido, tocara un sonido tan bello.

Al medio día, sudando —balas y escopeta pesaban mucho—, alcancé a ver en un encenillo una mirla. A mí no me gustaban las mirlas porque al atardecer solían cantar con tristeza. Era la hora en que el sol se iba y mi mamá comenzaba a llamarme y a buscarme. Mi papá me advirtió que la mirla era un animal que seguramente tenía hijos. No me convenció: “Yo quiero oír disparar”. Mi papá apuntó, pero la mirla voló. Nada. No pude oír la escopeta. Seguimos camino. Al rato vi en un arrayán un cardenal. Los arrayanes me gustaban mucho. Eran mis árboles preferidos, sobre todo los negros —también hay rojos— porque además en las ramas de los arrayanes negros, grandes como uvas, las brujas ponían los pañuelos a secar. Las brujas vivían con gripa y usaban muchos pañuelos para sonarse y después los lavaban, los estiraban a secar sobre los arrayanes.

El cardenal es un pájaro pequeño, de alas negras azuladas y con el pecho rojo. Anda siempre con su mujer, vuelan acompañados. Las mirlas son sus enemigas porque también a ellas les gustan los arrayanes negros. Mi papá me miró como rogándome que no le pidiera disparar al cardenal. Pero yo no me moví. Quería oír la escopeta. Bien, pues mi papá apuntó y disparó. El trueno casi me tumba porque en el que le hizo a la mirla me había tapado los oídos. Este fue estruendoso. Yo miraba fijamente el cardenal hasta que cayó al suelo. Corrí a cogerlo. Tenía los ojos volteados, cerraba y abría la boca como pidiendo agua o auxilio, estaba caliente. Su pecho estaba pegajoso de

sangre que se confundía con el color de sus plumas. Lo llevé corriendo y llorando a mi papá. Él lo miró, me miró también y me dijo: “Has dejado a los pajaritos solos con la mamá”. En una rama ella miraba. Yo no pude contener el llanto. Lloré mucho. Abrí un hueco en el patio, debajo de un pino gigante en el que me subía a sentir el viento. Era un árbol gigantesco y yo me amarraba en su copa con un cinturón a mecerme. Debajo lo enterré. Le puse una cruz y durante muchos días fui a llorar.

Desde ese día, y hasta hoy que escribo, no me pasa mi remordimiento.

¿QUIÉN ES BARRABÁS?

Todos los días a las cinco de la tarde se oía pitar el tren que llegaba a la Sabana de Bogotá desde quién sabe dónde y que yo no podía ver desde El Líbano porque la montaña de Las Moyas no dejaba. A esa hora comenzaba también el frío. La niebla iba bajando poco a poco desde El Sarnoso hasta llegar a la casa. A veces se metía hasta el corredor. Otras veces el sol no la dejaba bajar y entonces a lo lejos nacían los arreboles.

Una tarde yo bajaba de la casa grande al rancho de Juaco, que era el peón de confianza de la hacienda, el que traía la leña, cuidaba la huerta —donde nunca se dio más que la cebolla— y desensillaba las bestias. Era un hombre callado y bondadoso. En una Nochebuena a la que había ido toda la familia —incluido mi tío Daniel, un médico muy conocido—, hubo un incendio en el cuarto de los aperos, donde se guardaba la gasolina. Encendiendo las lámparas para la noche, Juaco le dio una patada al tarro que echaba llamas y la gasolina se le prendió al pie y se quemó. Duró mucho tiempo con la pata en llaga.

Entre la casa y el rancho, debajo de un gran pino donde a veces me subía hasta la rama más alta para mirar desde allí y dejarme mecer por el viento, vivía Barrabás, un chivo de cuernos entornados, ojos amarillos y barba puntiaguda. Era muy bravo. Cuando oía que alguien se acercaba, se encabritaba y a veces tiraba a golpearlo con sus cuernos de diablo. Aquella tarde bajaba yo a buscar a Juaco porque me contaba cuentos que ya no recuerdo, pero que siempre tenían dos personajes: el Mirlo y el Ají. Eran los dos bueyes de la yunta con que hacía barbechos y jalaba la “rastra”, que eran dos palos cruzados que servían para llevar bultos y en los que, a veces, sin que él supiera, me

montaba. El Mirlo y el Ají eran para él dos animales muy sabidos que todo lo entendían al sentir sobre su anca o sus lomos la vara del gañán, que es el nombre de los que saben manejar yuntas.

Recuerdo que bajaba saltando cuando de golpe sentí que alguien detrás de mí se movía; volteé a mirar asustado y se me apareció Barrabás con los ojos ensangrentados y mugiendo como loco. No era el Barrabás amarrado a una estaca con un lazo como siempre, era un Barrabás con piernas y brazos y manos y con cuero y con los ojos blancos. Grité muy duro, todo lo que podía, pero mi voz no se oía; traté de correr, pero mis piernas no eran mías, estaban amarradas al piso. Oscurecía. La niebla comenzaba a llegar. Mi mamá no me había llamado como siempre cuando la noche caía, a una hora que llamábamos la "oscurana". Cuando sentí que Barrabás me iba a matar, Juaco se quitó la cabeza del chivo y apareció su cara, un poco ensangrentada. Me volvió el resuello y pude llorar y darle patadas a Juaco y gritar, por fin: ¡Mamaaá! Entonces corrí hasta la casa y me eché a llorar de miedo hasta que llegó Graciela, la muchacha que me cuidaba, a consolarme. Olía a jabón y a leña y esos olores me devolvieron el alma al cuerpo.

Sin duda, en muchas de mis pesadillas de niño estaban los ojos blancos de Barrabás mirándome desde la oscurana, esa penumbra en donde nada se distingue. Después de muerto mi papá, tuve una pesadilla igual. Yo dormía solo en mi cuarto y en la casa no había nadie. Oí que alguien estaba por ahí en el salón, cerca de la chimenea. Sentí correr un escalofrío, pero me levanté en silencio con mucho cuidado. Y caminé hacia la sala. El ruido se calló, pero la presencia de alguien seguía siendo clara. Yo avancé un poquito y otro poquito. Sentía ahogarme. Llegué a la sala y me paralicé en medio de los muebles porque sentía que esa sombra o ese personaje estaba ahí mirándome. De golpe saltó. Yo grité. Me desperté. Los ojos de Barrabás salieron corriendo.

No hace mucho estaba durmiendo en la casa de La Calera. Gladys no estaba. Me había acostado muy cansado. Tarde, mucho antes de que el gallo cantara, sentí que alguien había entrado a la casa. Gladys no

podía ser, pero podía ser Catire o Juan. Me levanté, bajé las escaleras con cuidado para no hacer ruido, pasé por mi biblioteca y la presencia de la sombra dentro de la casa seguía ahí, en algún lado. Caminé hacia la sala, vi que algo se movía en la oscurana, alcancé a ver por la ventana que una mujer con unas tijeras rojas en las manos venía hacia la puerta. La abrí con fuerza como para darle una sorpresa. Los ojos de Barrabás estaban frente a mí. Grité, la mujer con las tijeras corrió. Me desperté sudando y casi sin poder respirar.

Antonia, mi Barrabás son tus tsunamis, tus serpientes, tus terremotos. Si abres los ojos, aun cuando no estés despierta, ellos huirán.

SONIA, LA PERRITA

Cuando todavía era presidente el "monstruo" Laureano Gómez, uno de los mayores responsables de la Violencia, viajaron a Estados Unidos mi papá y mi mamá. Él iba a hacer un importante negocio de importaciones. Alfonsito y yo nos quedamos a vivir donde mi abuela, en Chapinero. Era una casa de tres patios, árboles de duraznos, brevas, un gran pimiento, un alcaparro y muchas pencas. Nana, mi tía, me llevó a "dar vuelta" a El Líbano y vi que los perros, un par de daneses, estaban flacos. Yo estaba aprendiendo a escribir y en una carta le decía a mi papá que "los perros están flaquíiiiisimooooos".

Pasaron los días. Rojas Pinilla dio el golpe militar contra Laureano. Mis papás (mira cómo se trataban y se tratan los géneros en esta frase) estaban en altamar viajando hacia Cartagena y el capitán reunió a los pasajeros y les comunicó la noticia. Mi papá era muy antilaureanista, pero no quería a los militares.

Llegaron a Cartagena y nos llamaron por teléfono. Era una comunicación llena de ruidos y de pitos; las voces se oían como si tuvieran que andar a pie. Me dijo que me traía un regalo. Por fin, llegaron. Los recibimos en el aeropuerto de Techo —donde hoy queda Ciudad Kennedy—. Los vi bajar del avión más moderno de la época, el Constelation, de cuatro motores y una cola con tres aletas verticales. Abrazos y besos. Y el regalo: un perro bóxer que venía por equipaje y al que oímos ladrar desde que las puertas del avión se abrieron. Le pusimos Mack porque era el símbolo de una marca de volquetas que bajaban arena de La Calera a Bogotá. Eran las "volquetas rojas", de los pocos vehículos que transitaban la carretera y que mi mamá saludaba cuando se cruzaban en la vía. Mi mamá manejaba la camioneta en que

nos llevaba al colegio, ya en el Liceo de Cervantes.

Mack fue para mí durante mucho tiempo un amigo con el que "luchaba" cuerpo a cuerpo en un amplio corral que le habían construido en la casa donde vivíamos. Era de un canadiense, Míster Hubbard, con quien mi papá tenía negocios. Nos habíamos trasladado de El Líbano a esta casa para que a nosotros los niños nos quedara más fácil ir al colegio. También compraron una camioneta nueva —Chevrolet, Bel Air— y "encargaron" a María Elvira.

El perro vivía solo y quizá triste porque no tenía compañera. Mi papá no lo dejaba suelto no solo para que no se perdiera, sino para que no tuviera perritos con cualquier perra. Por eso importaron una perrita, que era de una raza medio distinta a la de Mack. Era brintel, también bóxer pero atigrada: tenía unas rayas negras del lomo a la barriga y era un poco morena de piel. Fuimos a recibirla al mismo aeropuerto varias veces porque la detenían en la emigración de Estados Unidos a la salida. No sé por qué. Pero íbamos por ella llenos de ilusión y regresábamos tristes sin Sonia, como yo quise llamarla. Pero por fin un día llegó.

La consentí mucho, dormía con ella, le hice un saco con uno mío, le daba la comida, la bañaba y jugábamos mucho tiempo cuando yo llegaba del colegio a las cinco de la tarde. Era flaca y menudita, muy ágil, saltaba muy alto y hacía cabriolas en el aire. Yo no veía la hora en que tocaran la campana del colegio para llegar a jugar con ella. Como era muy ágil y entendida, escalaba no sé cómo la malla del corral donde la dejaban en el día y cuando yo llegaba la encontraba suelta. Entonces la mandé amarrar con una cadena a una estaca puesta en la mitad del corral, que, repito, era muy grande y ella se podía mover tranquila, pero no alcanzar la malla. Así la tenía. Mi papá me advirtió: "Si se suelta y trepa con la cadena puesta, vas a tener dolores". Yo no entendí, pero me daba mucho miedo que se perdiera.

Una tarde llegué del colegio a soltarla. Cuando llegué al corral pegué un grito que se oyó en toda la vereda: Sonia se había ahorcado. Yo quise echarle la culpa a alguien: al mayordomo, a la muchacha de la casa, a los vecinos. Lloraba desesperado tratando de revivirla,

acariciándola, mirándole los ojitos despidiéndose. Aún estaba tibia. Seguramente cuando me oyó llegar se alegró, se desesperó por verme, se soltó de la estaca con la cadena al cuello, trepó la malla y se tiró al otro lado para ir a recibirme, pero la cadena se enredó y así quedó muerta.

Lloré mucho. La enterré yo mismo en el patio, sembré flores en su tumba y le puse una cruz.

MI PRIMER DÍA DE COLEGIO

En El Líbano, los trabajadores y alguna de las muchachas me preguntaban que cuándo iba a entrar al colegio, porque ya estaba crecido. A mí me ofendía que me lo preguntaran, no solo por el tono un poco burlón, sino porque me recordaban que el día iba a llegar pronto. Lo más grave del colegio no era el edificio, ni los hermanos cristianos —que eran los profesores—, sino el abandono, así fuera por un tiempo, de El Líbano. Para mí entonces no había sino dos mundos: la hacienda y Bogotá. Y yo temía a la ciudad. La miraba desde lejos, desde un rincón cerca al páramo llamado La Tebaida, donde se oía todas las tardes el pito largo y melancólico del tren de La Sabana. Yo subía solo de vez en cuando a caballo en mi Florián a oírlo y gozar la distancia entre aquel cerro y la ciudad.

Pero el día llegó. Y muy madrugados, salimos a caballo de la hacienda hacia la carretera, mi papá, mi mamá y yo. Y llegamos a la entrada del colegio de La Salle en Chapinero. El otro, el del centro, había sido quemado apenas cuatro años atrás en el Bogotazo. Para llegar al portón de entrada, había que subir unas escalinatas de las que te mandé, Antonia, la foto hace unos días. Tenían muchos pasos. Mi abuelo las había inaugurado con un discurso que —decía mi abuela— había sido muy bien comentado. Mi abuelo había estudiado en ese colegio y sus hijos, mis tíos, también. Así que sobre mí recaía ese pasado porque unos y otros habían sido excelentes "lasallistas", muy apreciados por su aplicación en los estudios y buena conducta con sus compañeros. Además de ser muy piadosos.

Mi papá me cogió de su mano para darme fuerza. Yo iba de pantalón corto. Subía resistiéndome, aunque le había prometido a mi papá que

no iba a llorar. Subía y cada paso me acercaba más al portón donde me esperaba el hermano Emilio, el prefecto de disciplina del colegio. Alto, con gafas, vestido con un hábito negro que tenía un cuello blanco almidonado que le caía del pescuezo y que llamaba el babero. El hermano me saludó y me recordó que era nieto de mi abuelo y sobrino de mis tíos. Yo no me soltaba de mi papá. Mi mamá hablaba con el hermano sobre los útiles —libros y cuadernos— que necesitaría. Yo miraba el *hall* de entrada lleno de los mosaicos de las más recientes promociones de bachilleres. Yo no soltaba la mano de mi papá. Una vez ella se aflojara, quedaría sin protección. Como la sentí dos minutos después, cuando mi papá me miró y me dijo: "Tienes que ser valiente, ni una lágrima, camina para adelante". Y así fue.

En el enorme patio del colegio, donde no había ningún alumno porque nosotros habíamos llegado tarde, mi papá me soltó como cuando a una cometa se le rompe la cuerda y queda a merced del aire y del vacío. Me sentí amenazado, desprotegido, casi traicionado. Pero di el paso que hay que dar cuando se debe dar antes de un viaje lleno de miedos. Ese paso es decisivo para caminar para adelante, hacia lo que no se conoce. Y después otro. Y otro. Las lágrimas me revoloteaban como murciélagos a la caída de la tarde, pero yo había prometido no llorar, o por lo menos no llorar para afuera, porque para adentro no podía evitarlo.

El trayecto entre el portón y el salón de clases fue largo. Yo quise voltearme a mirar a mis papás, que me habían prometido no moverse hasta que yo llegara al salón, pero no miré. Y llegamos al salón: todos los niños uniformados con un vestido azul oscuro con corbata. Yo con pantalón corto jaspeado y camisa blanca. El profesor, que estaba enseñándoles una lección a coro, suspendió y les dijo a sus alumnos: "Saluden a su nuevo compañero, Alfredo Molano Bravo, nieto de don Juan de Dios". Y los niños se pararon y también a coro dijeron: "Buenos… días… Alfredo… bienvenido… al… colegio". Me sentaron en un pupitre de madera, como todos, pero cerca de la ventana. Saludé con la mano a mis papás, que esperaban ese saludo para irse.

Se fueron y yo me quedé solo recitando en coro, con los compañeros,

la primera lectura: “Patria, te quiero en mi silencio mudo…”.

EN LAS PUERTAS DEL COLEGIO

Ya nos habíamos mudado de El Líbano a la casa de Mr. Hubbard y de allí a la nueva casa de San Cayetano, donde nació María Elvira. Y ya estábamos en el Liceo de Cervantes en la avenida 82, muy cerca de donde desembocaba la carretera a La Calera. Fue una de las razones para que nos cambiaran de colegio. La otra fue la amistad muy íntima de mi abuelo Juan de Dios Bravo, poeta centenarista, con otro poeta, José Joaquín Casas, padre —o tío— del fundador del claustro. Don José Joaquín fue un patricio conservador, ministro de Guerra del señor Marroquín, de quien se dice mandó fusilar al general Uribe Uribe cuando este dio por perdida la guerra de los Mil Días y firmó el tratado de paz de Neerlandia. Era un hombre extremadamente godo y pésimo poeta, que escribió un soneto para celebrar el nacimiento del nieto de su amigo, y que copio:

Mansos los Molanos son,
envidiable condición
que admiro, venero, alabo:
pero era ya de cajón,
y esperaba la nación,
que hubiera un Molano Bravo.

Mayo 3 de 1944

El colegio era regido por curas agustinos españoles, fascistas, furiosamente franquistas. Un retrato de gran formato del Caudillo estaba entronizado, frente al Santísimo Corazón de Jesús, en la rectoría. Habían vivido la Guerra Civil y eran amargados y agresivos. Tenían como filosofía pedagógica aquel refrán tan español de que la letra con sangre entra. Muchas veces vi —aterrado— que les daban

cachetadas a los estudiantes, y sobre todo a uno de apellido Santamaría, cuyo padre era diplomático, vivía viajando fuera del país y había nombrado tutor del niño, que tendría mi edad, diez años, a un tal cura Herreros.

Un día le dio lo que se dice una "muenda" frente a todo el colegio como escarmiento. Ignorábamos qué falta había cometido, pero el cura dio rienda suelta a una violencia para nosotros desconocida. Éramos cuatro Molanos: dos hijos de mi tía Teresa y nosotros, dos hijos de Alfonso; una cuadrilla que usaba todos los medios de lucha. Los tres menores —uno de los cuales era yo— éramos bastante rústicos: niños criados en el campo, que montábamos a caballo desde que nacimos, pescábamos en el río y sabíamos ordeñar vacas. Creo que a ojos de nuestros condiscípulos éramos temibles y para los curas, insoportables.

Además del cura Herreros, que encestaba con tino jugando básquet, me producían miedo otros dos: Antolínez, que jugaba fútbol, envolvía la pelota entre los faldones del hábito, tenía un "cañón" y una velocidad admirables, y el padre Fuertes, rector, al que le faltaba el dedo meñique de un pie. Lo había descubierto en una excursión de cuarto elemental a La Esperanza, cuando se bañaba con nosotros en la piscina y apareció en pantalón de baño. Mi sorpresa fue enorme. Pero nunca tan grande como cuando descubrí que los curas tenían pantalón por debajo de la falda y entonces me preguntaba si eran hombres o mujeres.

Finalmente, dada la violencia con que nos trataban a algunos, decidí que eran hombres raros. Digo violentos con nosotros. Pero no con todos los alumnos. Había un grupo especialmente consentido y protegido por los curas: los judíos. Eran pocos, unos muy ricos y otros pobres, pero todos gozaban del privilegio de no asistir a misa, que era los viernes. Se quedaban en los patios jugando. Tampoco entraban a la aburridísima clase de religión. Nunca los castigaban ni les llamaban la atención. Se decía que los judíos le ayudaban con plata al colegio. Sin duda.

Por nosotros pasaban a las 4:30 p. m. mi mamá y mi papá. En general se demoraban un cuarto de hora, media hora. Y nosotros esperábamos

en la puerta del colegio, pero también algunas veces nos íbamos al patio de fútbol a jugar mientras nos llamaba el viejo Eudoro, el portero. Era también sobandero y los grandes de bachillerato lo querían mucho porque no solo los dejaba entrar tarde al colegio, sino que les sobaba los dedos que las pesadas pelotas de básquet les torcían. Total, era una institución. Le molestaba tener que ir hasta el patio a llamarnos y ya nos lo había dicho: esperen aquí en la portería. Pero en la portería nos aburríamos.

Una tarde llegó furioso a la cancha y me pegó un cocotazo reprendiéndome por no hacerle caso. Yo salí llorando donde mi papá, que estaba en la camioneta esperándonos. Mi papá era un hombre bravo, impulsivo. Regañó a Eudoro; el viejo seguramente le respondió también groseramente y mi papá lo agarró por las solapas y le pegó. El otro se defendió y se armó una pelea a puño limpio, delante de nosotros y de mi mamá. Todos gritábamos. El viejo sangraba y mi papá echaba humo de la rabia. Mi mamá logró calmarlo y nos metió a todos a la camioneta. La cosa no pasó de ahí ese día, pero al siguiente los grandes estaban esperando a mi papá para pegarle. Mi mamá se dio cuenta y siguió derecho en medio de los gritos y los golpes que los muchachos le daban a la camioneta. ¡Qué miedo! Y eso se repitió muchas veces. A nosotros nos daba pavor llegar al colegio.

Creo que ese hecho sembró un odio de clase contra esos niños mimados, muchos judíos y casi todos ricos, que vivían cerca del colegio, en un barrio de la clase alta. La respuesta de los curas no tardó en llegar.

Un cura de nombre Juan, criollo pero con ínfulas de español, daba la clase de religión. Aprendíamos de memoria el *Catecismo* del padre Astete, un breviario de preguntas y respuestas en que se compendiaba la doctrina de la Iglesia. En general eran preguntas cortas y respuestas también cortas.

> *PREGUNTA: ¿Sois christiano?*
> *RESPUESTA: Sí, por la gracia de Dios.*
> *P. ¿Ese nombre de christiano de quién le hubisteis?*
> *R. De Christo nuestro Señor.*

Pero había una pregunta larga y complicada, y sobre todo quedaba en la última parte de la cartilla, a la que ya yo no llegaba porque el sueño me rendía:

P: ¿Qué entendéis por el Infierno al que bajó Cristo nuestro Señor después de muerto?

R: No el lugar de los condenados, sino el limbo, donde estaban los Justos.

P: ¿Pues hay más de un Infierno?

R: Hay cuatro en el centro de la tierra y se llaman: Infierno de los Condenados, Purgatorio, Limbo de los Niños y Limbo de los Justos o Seno de Abraham.

P: ¿Y qué cosas son?

R: El Infierno de los Condenados es el lugar a donde van los que mueren en pecado mortal, para ser en él eternamente atormentados; el Purgatorio es el lugar a donde van las Almas de los que mueren en gracia, sin haber enteramente satisfecho por sus pecados, para ser allí purificadas con terribles tormentos; el Limbo de los Niños es el lugar adonde van las Almas de los que antes del uso de la razón mueren sin el Bautismo, y el de los Justos o seno de Abraham, el lugar a donde, hasta que se efectuó nuestra Redención, iban las Almas de los que morían en gracia de Dios, después de estar enteramente purgadas, y el mismo al que bajó Jesucristo real y verdaderamente.

Fue esta batería la que me tocó a mí, de una manera que sentí injusta, un adjetivo muy de moda en el colegio. Uno tenía que pararse, poner las manos atrás, mirar al frente y responder. Yo solo hice lo primero, porque no me sabía la respuesta. Dije en voz baja algo que el cura entendió como un insulto, quizá por la manera en que lo miraba. Ya el cura rector le había dicho a mi mamá: Dígale al niño que no mire así porque no deja dictar clase. De todas maneras, el cura se vino enfurecido hacia mí, me miró y me dio un cocotazo que sentí como un golpe a mi dignidad. Me empujó y me sacó de clase. Yo pataleé y seguramente algún puntapié lo tocó. Ya afuera me refugié en los baños porque el prefecto de disciplina solía pasearse por los corredores y castigaba a los que encontraba fuera del salón. En el baño escribí con un lápiz: “El cura Juan es un loco”.

No volví a recordar el hecho hasta el lunes, cuando, como cosa rara, en vez de matemáticas, la profesora de inglés nos dictó un párrafo en castellano. A mí se me hizo raro, pero nada podía hacer. Comenzaba el dictado: “A ojos de los profetas, se aseguró… que… Juan… loco… era”. Recuerdo que el texto no tenía sentido, pero finalmente lo escribí. Tenía en desorden las palabras que yo había escrito en el baño. Una técnica de los servicios de inteligencia, sin duda.

Al día siguiente, llamaron a mi mamá al colegio. Y hacia las once de la mañana un cura vino a la clase y me dijo: Te han expulsado del colegio. ¿No te da vergüenza? Yo salí muy asustado. Mi mamá y mi papá me estaban esperando. Me dijeron: Te acaban de expulsar. Es muy grave. Vas a quedarte tres días encerrado en la casa de la abuela.

Así fue, tres días encerrado en un cuarto sin luz. Ayita, la empleada de mi abuela que manejaba la casa, me llevaba comida y me consolaba.

CUANDO YO ERA NIÑO

Cuando yo era niño como tú y ya casi dejaba de serlo, mi abuela, que era muy callada, me dijo un día mirando que yo me robaba un cigarrillo de mi abuelo: No te madures biche, tiempo tendrás de ser mayor.

Creo, mi amor, que a todos nos pasa: queremos ser grandes, volvernos adultos en un dos por tres. Así, como se enciende un bombillo: ¡clic! Y uno por ir muy adelante no vive ni se goza la edad que tiene; no vive los juegos, ni los amigos, ni los miedos. Quiere salir de los años que se tienen para saltar por encima de ellos.

Y después, cuando ya seas grande, pensarás que todo ha pasado muy rápido y que no te diste cuenta de lo que tenías cuando niña y lo perdiste queriendo ser adulta: ya no podrás jugar golosa, ni jugar a escondidas, ni comerte un helado de fresa con tu abuelo, porque todo pasó.

Las frutas maduran poco a poco hasta que cuando el sol las ha hecho dulces, caen al suelo. Si las coges antes y las maduras biches, pierden sus sabores. No vivas más allá de lo que eres.

A TUS DIEZ AÑOS

Ayer te vi tan bella y tan grande cuando llegaste al restaurante donde almorzamos para celebrar tu cumpleaños, que me dije: Voy a escribirle sobre la belleza.

Eres bella y cada día lo serás más y más. Lo sabes, aunque a veces dudas no tanto por modestia, sino por temor.

Se nos da lo que necesitamos para hacer vivir nuestra alma. Los cristianos lo llaman la Cruz, así, con mayúscula. Otras religiones lo llaman Karma. Simplemente nacemos con una característica de la que no podemos desprendernos. Es nuestra. Unos nacen con defectos físicos notables: sin una mano, mudos, ciegos, tullidos. Otros llegan con talentos extraordinarios, como los pintores, los músicos, los poetas. Tú naciste bella y la belleza puede ser tu gran enemiga o tu gran aliada. Se volverá tu enemiga y no te dejará acercarte a la felicidad. Digo acercarte y no ser feliz, porque nadie lo es; nadie puede serlo del todo.

No hemos venido al mundo para ser felices como nos hacen pensar los vendedores de ilusiones, los mercaderes de ensueños; los que dicen que comprando cosas, que teniendo más dinero o más poder somos más felices. O los que creen, como los curas, que no somos, pero seremos felices si les obedecemos. No hay tal. La felicidad es un engaño para dominarnos. Pero existen momentos cortos en los que podemos saborear la alegría, la serenidad, la esperanza.

La naturaleza te dio una cara bella no para que goces con ella sino para que otros la gocen y la admiren. Pero no puedes vivir para ser bella y menos aún para ser admirada. No puedes usarla para alimentar

tu ego sino para dominarlo. Porque él querrá que siempre te admiren, te llenen de elogios, se postren a tus pies. Y tú sentirás la tentación de usar tu belleza para dominar a otros y a otras; de sentirte un ser superior, extraordinario. Esa tentación, ese goce del ego con tu belleza, podría ser tu derrota. Te volverías esclava de lo que te dieron para ser libre y soberana del aplauso. Porque es esa la lucha que debes comenzar ahora cuando todavía no te importa tanto ser admirada. No podrás esconderte de lo que eres, pero tampoco podrás depender de lo que te hagan sentir.

Debes saber que eres bella, pero tienes que emprender una lucha tenaz contra la vanidad porque ella te esclaviza, sería tu maldición. Debes aceptar que eres bella, pero no vivir para serlo. No puedes gozar con lo que te dieron sino penar por lo que no eres: un ser libre del elogio; una persona que no requiere ser admirada para gozar un paisaje, una canción, un amanecer. Solo si logras derrotar la vanidad podrás amar y ser amada. Tu belleza puede impedir el amor o puede abrirte la puerta hacia él y eso depende de que no vivas para ser admirada, de que renuncies a tu belleza siendo bella.

Tu belleza podrá seducir a otros, pero no dejes que ella te seduzca.

CUBA

Mi adorada Antonia:

Algún día vivirás en Cuba porque también eres cubana. Hoy están pasando cosas importantes aquí en esta que se ha llamado la "isla solitaria": Hace pocos días la Oficina de Negocios de Estados Unidos se volvió Embajada; los mismos marines que bajaron la bandera gringa en 1962 volvieron a izarla. Frente a ella, los cubanos tienen desde hace veintitantos años una bandera cubana. Tienen los mismos colores: blanco en las estrellas, rojo y azul. La gringa tiene 52 estrellas, la cubana, una. Los yanquis siempre quisieron meter esa estrella solitaria en su bandera. Cuba ha resistido. Ya no lo pretenden, pero han enfilado sus cañones de mercancías contra la patria de Martí, de Fidel y del Che, que no nació aquí pero que murió por ella. Quizás era menos peligrosa una invasión como la que trataron de hacer en 1962 con aviones y tanques, que la que ahora se viene encima. Estados Unidos bloqueó a Cuba por haber cometido el delito de volver cubanos los grandes ingenios azucareros, las centrales eléctricas, los teléfonos, y por haber clausurado los prostíbulos y los casinos. Cuba se defendió, pero cayó en manos de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), un país que ya no existe pero que fue el gran enemigo de Estados Unidos. No fue la mejor solución. La URSS amarró a Cuba a su sistema económico y le quitó también su autonomía. El bloqueo permitió que los cubanos aprendieran a vivir con lo necesario y hasta con menos de lo necesario. El Estado les dio a todos casa, salud, educación y empleo. La gente aprendió a reparar todo lo que se le dañaba: el carro, la estufa, el bombillo. Pero, a la larga, se le olvidó trabajar.

Sabía que fuera de la isla había un mundo donde se comían hamburguesas, se tomaba Coca-Cola y se estrenaba carro todos los años; un mundo que parecía el paraíso. Se soñaba con él y muchos cubanos se fueron a buscarlo prendidos de un neumático o montados en un par de troncos, y encontraron la libertad de trabajar lavando platos. La vida en Cuba fue sencilla durante unos años. Tus abuelos envejecieron mirando el mar —a veces tomándose un ron— y los niños jugando con juguetes hechos por ellos mismos. Comían chícharos —muchos, muchos—, pero también bailaban y se reían. La ciudad de La Habana, que fue la más bella de América, fue entrando en una lenta decadencia, no menos bella y quizá más noble. Al puerto llegaban los barcos soviéticos con petróleo y salían llenos de azúcar.

Un día se acabó el espejismo, porque la Unión Soviética se derrumbó bajo el peso de su corrupción. Cuba volvió a ser la isla solitaria. Fueron tiempos duros en que las colas para comerse un helado Copelia eran kilométricas, ni qué decir de las que se hacían para conseguir huevos o pan. La escasez era un cinturón apretado que hacía más deseada la hamburguesa. Pese a todo, Cuba mantenía su dignidad sin doblegarse.

Hoy esos días están lejos; el mundo ya no es el mismo: el capitalismo reina feroz y solo quedan los restos de la lucha. Con la muerte de Fidel todo será historia y en la esquina de la casa de tu abuela habrá un Starbucks a donde irán a tomar café los nietos de Alfonso Cano, mi amigo. Hoy, aquí en La Habana, los guerrilleros están tratando de entenderse con el gobierno de Santos. Llevan más de medio siglo peleando una guerra ya perdida. Difícil decirlo, me causa pena confesarlo, pero ya un fusil no puede tumbar un avión inteligente que dispara bombas a miles de metros de altura sin errar su blanco. Cosas de la ley de gravedad que se vuelve aquí ley de la historia.

Cuando pases por el Malecón, por La Habana Vieja, por la Quinta Avenida, recordarás que desde ellos te escribí una carta para decirte que el mundo por el que luchamos habrá muerto. No dejes de soñar.

VIAJE A SANTIAGO DE CUBA

Para los cubanos, Santiago, amor mío, es la cuna de la libertad, tierra de hombres valientes que se levantaron en armas contra la Corona española mucho después de que Bolívar los había echado de América. Era la colonia consentida, la "joya de la Corona". Producían en la isla ron, tabaco y azúcar. Cuba es una isla muy grande que tiene forma de caimán. Los ojos, que abren de vez en cuando, quedan donde es La Habana, y en la cola, que mueve de lado a lado, está Santiago. Es una isla bella, rodeada de un mar azul profundo y aguamarina; la tierra es colorada y los cultivos de azúcar, maíz, tabaco y arroz le agregan un verde generoso, por parches encendido cuando es tabaco, por parches oscuro cuando es caña.

Hubo esclavos, muchos esclavos. Los españoles los traían a la isla no solo para el trabajo de sus haciendas sino para venderlos. Cuba era un mercado de esclavos porque eran considerados cosas. Ellos, los esclavos, hacían todo y les pagaban con la comida que necesitaban para no morirse de hambre, o sea, para poder seguir trabajando. Un esclavo muerto no valía nada; una vaca muerta se podía vender por lo que pesara. Olvido contarte que los españoles y los negros mataron a todos los indígenas de la isla. O a casi todos. Quedaron muy poquitos que terminaron mezclándose con blancos y negros.

Había en esa Cuba de la que te hablo también grandes, muy grandes hacendados, con fincas de miles y miles de hectáreas porque son tierras muy buenas, y el azúcar valía mucho en el mercado internacional. España la necesitaba y en Cuba se cultivaba tabaco, y el tabaco también valía, pese a que los gringos también lo producían, pero más como cigarrillos que como habanos. Y producía ron. Un ron afamado en todo el mundo. El problema con el azúcar, el tabaco y el ron era que, aunque el trabajo lo ponían los campesinos, las ganancias las recogían los dueños de los ingenios, de las fábricas de tabaco y de las empresas de ron. Los demás cubanos, campesinos, no hacían sino trabajarles a los dueños de esas grandes empresas. Unos pocos trabajaban con el Estado, un Estado cada vez más corrompido porque era una monarquía donde mandaba un rey desde España. Mandó hasta el día en que los cubanos se cansaron de la tiranía y declararon la guerra de independencia de la Madre Patria. Fue una guerra a machete

y bala en la que murieron muchos patriotas como José Martí, y los más importantes revolucionarios de esa época fueron los mambises, que vivían en el oriente. Estados Unidos, que desde antes quería apoderarse de la isla, ayudó a los patriotas con la intención de convertir a Cuba en un estado más de la Unión Americana. Después de muchos muertos la isla se separó de España, pero cayó en manos de Estados Unidos con lo que se llamó la "Enmienda Platt" que, en pocas palabras, era el "derecho" de Estados Unidos a intervenir en Cuba cuando lo quisiera.

El viaje en bus entre La Habana y Santiago es muy largo porque entre esas dos ciudades hay mil kilómetros, que son tantos como los que hay entre Bogotá y Riohacha. La carretera fue construida en los años veinte por un presidente que fue más bien un dictador, Manuel Machado. Después los gringos la volvieron autopista de cuatro y hasta de seis carriles y en realidad es la continuación de otra gran autopista que va desde Alaska hasta Miami. Desde el bus, que dura 16 horas recorriendo el trayecto, se ven grandes cultivos de caña de azúcar, unos pocos de maíz y otros más chiquitos de arroz. Hay pocas vacas, pocas cabras, muchos puercos y muchas gallinas. Por todas partes hay palmas, por eso Martí, que también fue poeta, llamó a Cuba "la tierra donde nace la palma". A todo viajero en ese viaje lo coge la noche; los atardeceres en Cuba son largos, la noche planea antes de caer sobre una tierra que no tiene montes y casi ni lomas. La luz de la energía es débil, un poco, como decimos, mortecina. La gente conversa frente a sus casas con los vecinos. Algunos viejos —casi todos son flacos— bailan con sus mujeres —casi todas gordas— al son de la guaracha y el danzón, que fue una música para sentir. Los jóvenes, casi todos con un nido de gallina en la cabeza, bailan una cosa que llaman ¿reguetón será? y que más que música es un ruido desacompasado, hecho para no sentir. Otros, menos jóvenes, oyen rock en inglés, aunque no lo entiendan. Estados Unidos tiene su manera de entrar en la isla. Con la música llega algo que algún día sabrás qué es: la sociedad de consumo, que consiste en comprar y comprar sin parar hasta morirse de cosas.

En la mitad del camino el bus para en Santa Clara. Una ciudad pequeña y modesta donde el Che Guevara derrotó al ejército de

Batista, otro dictador de los tantos que hubo en Cuba, amigo y servidor de Estados Unidos. Allí el Che, que comandaba una de las columnas revolucionarias que venían de la Sierra Maestra —la montaña más grande que tiene la isla—, descarriló un tren del ejército de la dictadura y le quitó las armas y las municiones que llevaba. Fue su gran victoria militar y la de su jefe, Fidel Castro. Allí, en Santa Clara, está enterrado el Che, que fue asesinado en Bolivia tratando de hacer la revolución en América Latina para romper el bloqueo que Estados Unidos le puso a Cuba después de que Fidel entrara victorioso a La Habana y volviera socialista la isla.

De Santa Clara hacia Santiago se pasa por muchas pequeñas ciudades: Camagüey y Bayamo, por ejemplo. Santiago es la segunda ciudad. Bella, calmada, y, para decir verdad, hoy un poco en ruinas. Ha sido un pueblo muy revolucionario. Allí se alzó Fidel contra la dictadura de Batista en 1953, cuando tu abuelo tenía nueve años. Trató de tomarse el Cuartel Moncada, que era sede del Ejército, la Policía y los cuerpos secretos del Gobierno, una especie de paramilitares. Allí torturaban a los que se oponían a Batista arrancándoles las uñas, golpeándolos con masas de hierro, quemándoles los pies con planchas calientes y arrancándoles los ojos. En el Cuartel Moncada, que visité, vi los instrumentos de tortura que usaban los “secretos” del Gobierno. Fidel y sus compañeros trataron —te digo— de tomarse el cuartel, pero no pudieron. El Ejército mató a muchos de los revolucionarios que lucharon contra la dictadura. Fidel se salvó porque se rindió y no lo mataron porque era un hombre querido por la gente. Pero lo condenaron a prisión. Después lo perdonaron y se fue a México a preparar un nuevo intento para derrotar a Batista. Regresó en 1957 en un barco llamado Granma con el Che Guevara, su hermano Raúl y veinticinco revolucionarios que, derrotados al desembarcar en la isla, se subieron a la Sierra Maestra a organizarse.

En Santiago suena todavía el son cubano, pero los revolucionarios envejecieron bailando, haciendo colas, aguantando hambre y aplazando día a día el futuro. Cuando ellos mueran —y están muriendo—, creo, mi amor, que la Revolución cubana, la gloriosa, será enterrada con ellos y con nosotros.

NUEVA YORK

De ida a Nueva York el viaje no fue bueno. Al pasar sobre Cuba —que es también tu patria—, el capitán nos avisó que debíamos regresar a Cartagena porque a un pasajero le había dado un ataque al corazón. Regresamos. En Cartagena esperamos un par de horas y volvimos a volar. A Nueva York llegamos a las dos de la mañana, rendidos, con sueño. Aburridos.

Entrar a Estados Unidos ha sido para mí desde 2001, cuando Bin Laden estrelló dos aviones contra las Torres Gemelas, una pequeña tragedia. Los gringos creen que yo soy un peligro para su seguridad y entonces aparezco en los computadores de los puestos de inmigración por donde debe pasar todo el mundo. Esta vez, también el policía de aduanas miró su computador, me miró varias veces y me dijo: "Venga conmigo". Siempre lo hacen igual. Lo llevan a uno a un salón donde hay una docena de policías, todos gordos, todos blancos, todos groseros. Se hacen chistes entre ellos, comen hamburguesa y hablan con la boca llena. Me miraban —como siempre— sin decir nada. Miran a todo el que entra a esa sala con desprecio como si fuera un ladrón, un criminal. Todos los que estábamos éramos latinos o negros. No siempre es así, a veces hay también chinos, indígenas y algún blanco de sandalias y pelo largo. Los policías solo miran cuando uno no los mira, y cuando uno los mira, ellos bajan la mirada como haciéndose los que no miran. De tanto en tanto alguno grita el nombre de alguien y ese alguien recibe a veces con agradecimiento, y a veces con rabia, el pasaporte para poder ingresar a los Estados Unidos de América.

Esta vez, llamaron a todos, menos a mí. Yo tenía miedo de que me

acusaran de algo que no había cometido, o de que me confundieran con otro, por ejemplo, con un narcotraficante. A mucha gente le ha pasado. Tres horas después gritaron —siempre gritan, siempre dan órdenes, siempre maldicen—: *Mulouno*. Presumí que era yo. No me dieron ninguna explicación. Se limitaron a devolverme el pasaporte y decirme: *Go ahead.*

Mis amigos me esperaban, llevaban ocho horas en el aeropuerto. Me llevaron a un hotel y dormí en una buena cama unas pocas horas porque tenía entrevistas. Una en una emisora colombiana, otra en una emisora latina y otra para un canal de televisión. La pregunta fue la misma en todas partes: "¿Habrá paz en Colombia?". Cuando seas más grande y vuelvas a leer estas líneas, ya sabrás la respuesta.

Por la noche hablé en la Universidad de Nueva York a un grupo grande de estudiantes e intelectuales interesados en Colombia. Había gringos, puertorriqueños, venezolanos, muchos colombianos. ¿Qué decir? ¿Cómo explicar una guerra nunca declarada que quizá ya haya causado las muertes de un millón de colombianos durante los sesenta y cuatro años en que nos hemos estado matando? Porque las guerras nuestras no se declaran; los gobiernos nunca quieren aceptar que hay una guerra; no quieren que se sepa que hay miles de muertos al año por causa de la violencia. Desde cuando tenía cuatro años y vi asombrado en la noche del 9 de abril las nubes coloradas que reflejaban los incendios de Bogotá, nunca he dejado de oír que hay muertos y muertos. Todos campesinos. Traté de explicar eso a la gente que me oía. Los colombianos movían la cabeza, los gringos abrían cada vez más los ojos. Les expliqué que a los campesinos los matan para quitarles la tierra y que ellos terminaron por armarse un día para no dejar que se la quitaran. Pero se la quitan para sembrar arroz, para criar vacas, para sembrar palma, para sembrar café. En Colombia —les dije— la riqueza está en la tierra, en las minas, en el petróleo. Y es ahí donde está la guerra: donde hay tierras buenas, minas de carbón y de oro, pozos llenos de petróleo. Los ricos sacan a los campesinos de sus fincas para apoderarse de ellas, pero también para que esos campesinos se vean obligados a trabajar en las haciendas; los sacan también para que las empresas mineras puedan sacar el carbón y el

oro; los sacan para poder sacar el petróleo. Eso dije y la gente que me oía lo creyó.

Nueva York es una ciudad muy grande que crece hacia los lados, pero, sobre todo, hacia arriba. Hay muchos edificios —muchísimos— y muy altos: cien pisos, ciento cincuenta, doscientos. A mí me duele la nuca de mirar hacia arriba, de ir subiendo con la mirada piso por piso y nunca llegar al último. Son todos hechos en hierro. Son tan altos, que las calles —que son avenidas— se ven como pasadizos. Y están siempre repletas de gente que más que caminar corre. Corren a toda hora, corren para todos los lados. Nadie mira a nadie, nadie mira nada. Andan con sus pensamientos locos como películas que les dan vueltas en sus cabezas, que nada les dicen y que ni oyen ni entienden. No tienen tiempo de nada. Todo su tiempo lo han vendido, no les pertenece. Se los comen las oficinas, las fábricas, el tránsito. Regresan a sus casas exhaustos, agobiados, a mirar televisión; a mirar un mundo que no existe y a provocarse con las propagandas que les muestran carros, ropa, comida. Así viven y así se mueren. Y para ser así, hacen guerras lejos de su país. ¡Todo es tan loco!

Mi papá y mis tíos vivieron muchos años en Nueva York. Cuando quedaron huérfanos se vinieron uno a uno. Mi abuela, que tenía un lindo nombre, Elisa, murió de dolor de cabeza; y mi abuelo, que se llamaba Alfredo, se metió entre su cuarto de tristeza y no volvió a salir. En Nueva York los Molano trabajaron. Mi papá, en una tipografía, corregía pruebas y por eso hablaba y escribía inglés muy bien; otro tío, Gustavo, trabajaba en una gran empresa, la General Electric; otro, Daniel, estudió Medicina y fue médico de la Marina de guerra; otro, mi tío Bernardo, se graduó en cirugía de la boca. Mis tías, mientras tanto, bailaban el charleston y el foxtrot, bailes que estaban de moda.

En Nueva York, los edificios, las calles, la gente me hacen pensar en mis tíos y en el sufrimiento de los inmigrantes que llegaban en un barco sin saber hablar inglés y sin un centavo en el bolsillo a buscar trabajo, a vivir apiñados en un apartamento. Millones de personas han llegado así porque sus países son pobres. Muchos llegaron de Europa,

donde los perseguían por pensar distinto, porque no eran católicos y podían terminar quemados en la hoguera, rotos sus huesos en máquinas de tortura o simplemente muertos en una guerra. Ahora llegan de México, a pie, buscando trabajo en los cultivos enormes de fresa, de naranja, de repollo. Se meten por encima o por debajo de una muralla que han construido los gringos para no dejar entrar sino al que quieren. También llegan de Guatemala, de Colombia, de Ecuador. Llegan de India, de China, de Australia. Llegan de todas partes porque Estados Unidos es un país rico. Es rico porque sus tierras son fértiles y se dan muy bien el trigo y el algodón; es rico porque hay minas de oro y de hierro y porque tiene mucho petróleo. Pero es rico también porque han hecho y ganado muchas guerras, que son también buenos negocios, como el que hacen con la guerra en Colombia: nos venden las armas con que nos matamos. Todo eso les dije a los que oyeron. Algunos me creyeron.

Ahora estoy en el avión. Por la ventanilla miro un mar azul y agua marina que rodea islas e islotes. Una, la más grande y la más bella, Cuba, donde crece la palma y la gente es sincera.

LA TOMA

Como ya sabes, los españoles no solo derrotaron a los indios y les quitaron sus tierras, sino que trajeron negros de África para trabajar las minas de oro y plata que había en América, principalmente en Colombia. Hemos sido un país muy rico en oro. ¿Sabes de dónde viene el oro? Según dicen algunos científicos, viene del espacio. Hace millones de millones de años, muy lejos, muy lejos, estalló una estrella en pedazos. Se hizo añicos y esos pedacitos se fueron volviendo polvo y flotando en el espacio como un cardumen de sardinas en el mar. Hasta que nuestro sistema solar atrajo esa nube viajera y la estrelló contra la tierra donde se estaban formando las cordilleras y los mares. Ahí quedó escondido ese polvo vagabundo que tanto codiciamos los seres humanos.

Los españoles tenían minas de oro sobre todo en la cordillera Occidental, la que mira al mar Pacífico. Ahí siempre ha habido mucho oro, miles de toneladas de oro se han sacado de los ríos y quebradas que llevan el agua al océano. A los esclavos negros nunca se les pagaba por su trabajo, solo se les alimentaba para que no se murieran, y cada uno, según su fuerza y su salud, valía. Todos tenían precio. Para alimentarlos los españoles tenían grandes ganaderías y haciendas de caña para sacar panela. Les daban carne de res y panela para que pudieran trabajar en las minas y también en las haciendas.

El río Cauca, desde su nacimiento hasta que desemboca en el gran río de la Magdalena —el mismo que pasa por Honda—, tiene valles donde se cultivaba caña y cordilleras que lo encajonan, donde se explotaba el oro. Hoy el Valle del Cauca, que es un departamento, está sembrado de caña a lado y lado del río y hasta la falda de las cordilleras para

producir azúcar y con esa azúcar producir alcohol. En la cordillera Occidental, de donde se mira el mar, hay un pueblito que se llama Suárez. Se llama así porque un presidente de Colombia, Marco Fidel Suárez, que era mal poeta y peor presidente, vino a inaugurar el tren que iba de Cali y Buenaventura a Popayán. Es un pueblo muy, muy rico en oro. Los españoles explotaron sus minas y luego, cuando nos independizamos de España, los generales que hicieron la guerra se quedaron con las minas y con los esclavos que las trabajaban. Y siguieron haciendo guerras entre ellos, pero para hacerlas necesitaban oro y esclavos.

Cuando alimentar a un esclavo costaba más de lo que producía y cuando sus dueños vieron que era mejor negocio pagarles plata para que se alimentaran en vez de alimentarlos, declararon que en Colombia la esclavitud quedaba abolida, es decir, prohibida.

En Suárez los negros esclavos se quedaron con las minas porque no era mucho el oro que había y era muy costoso sacarlo del fondo de los ríos como el Cauca y el Ovejas, o de sus orillas. Pero como a los negros no les gustaba tanto el dinero, se dedicaron a sacar poquito a poquito el poquito oro que había y a sembrar maíz, plátano, yuca y caña panelera para comer. En los ríos pescaban bagre, bocachico y barbudo. Así, tenían un poco de oro que vendían para comprar ropa, sal, pólvora, fósforos y herramientas; tenían maíz, plátano y yuca para comer con pescado, y tenían caña para hacer aguardiente y ron y divertirse bailando en una fiesta de fin de año que llaman “Fuga”. Para los negros esclavos la fuga de la mina y de la esclavitud era la alegría. Como sabes, muchos se les escapaban a sus amos y hacían pueblitos escondidos en las selvas para vivir. Se llamaban palenques y a los negros escapados se les decía cimarrones.

Hasta hace unos años vivían tranquilos. Trabajaban, se divertían, se casaban unos con otros, aunque entre ellos había grandes familias diferentes, según del lugar de África donde los hubieran cazado. Hay familias de apellidos Lucumí, Carabalí, Balanta, Mina, Mandinga, Arará, Chará. Unos eran más cazadores, otros eran más agricultores, otros más mineros, pero todos cazaban, pescaban, sembraban y

mineaban. A las mujeres les gustaba más minear; a los hombres, cultivar. Todo lo trabajaban poquito, solo para sus necesidades. No había unos muy ricos y otros muy pobres porque no eran codiciosos, no trabajaban para enriquecerse sino para poder vivir y gozarse la vida bailando *fuga* y tomando viche.

Un día se bajaron del tren unos ingenieros con teodolitos, con mapas, con picas y palas. Llegaron a mirar si con el río Cauca se podía hacer una represa para que con la fuerza del agua se produjera electricidad. Las ciudades necesitaban electricidad para alumbrarse y las fábricas para mover sus máquinas. Vieron que el río Cauca corría entre montañas que lo apretaban, que hacían estrecho el cauce de las corrientes de agua y decidieron construir una enorme hidroeléctrica, es decir, una fábrica de electricidad, usando las aguas del Cauca. El agua represada tiene mucha fuerza y usan esa fuerza para mover grandes ruedas que producen energía eléctrica unas con otras. A los ingenieros no les importó que al hacer la represa inundarían parte de las tierras donde los negros cultivaban y parte de las minas de donde sacaban oro y les destruirían muchos de los caminos por donde andaban. Nada les importó. Los negros discutieron, pelearon, patalearon, pero el Gobierno tenía más fuerza con su policía y con su ejército. Hizo la represa que llamó Salvajina. Para evitar que hubiera enfrentamientos con sangre y escándalos, les ofreció comprarles parte de las tierras que se iban a perder por la inundación; los negros aceptaron llorando. Querían mucho sus tierras y sus minas. Les pagaron muy poquito, como para que no molestaran mucho. Y los negritos se fueron. Unos para Cali, otros para Santander de Quilichao y otros para Suárez. Algunos se metieron al río Ovejas, donde tenían parientes, y allá volvieron a trabajar la mina al lado del río, a pescar con barbacoas —una trampa donde quedan atrapados los peces— y a sembrar maíz y caña. Así vivían. Así pasaban la vida.

Hasta que otro día llegaron unos “paisas” a catear cuánto oro botaba el río Ovejas. Catear es explorar, investigar, saber. Llegaron a la conclusión de que era un río muy rico, muy rico en oro. Que el oro estaba en las orillas y que sacarlo y llevárselo con máquinas era fácil y barato. Los negros trabajaban las minas en las orillas del río y de las

quebraditas con herramientas muy simples. Mueven las piedras de las orillas para liberar la arena que tienen presa entre ellas. Echan esa arena, que llaman material, en una canal de madera que tiene en el fondo una malla de hierro sobre un costal. Entonces botan con agua el material en la canal —que llaman canalón— y forman una corriente que arrastra el cascajo y la arena. Quitan el cascajo con la mano y el material corre por el canalón; pero como el oro pesa más que la arena, queda metido, digamos escondido, entre las rejillas de la malla y pegado al costal que está debajo. De ahí lo sacan y lo separan de la arena fina que no ha querido irse en una batea cóncava. Dándole vuelta y vuelta a ese material, el oro se queda en el fondo de la batea y en las orillas de la arena fina.

En cambio, los blancos —paisas o vallunos o caucanos— traían grandes máquinas llamadas retroexcavadoras, que tienen un largo y fuerte brazo y una cuchara con uñas. Con esa máquina sacan el material por toneladas y lo echan en una tolva, que es como un gran cajón de madera. Ahí le echan mercurio, que es un veneno que sirve para que el oro que está en polvo o en pepitas se una y forme bolitas. Para sacarlas hacen lo mismo que los negros, pero en grande: construyen un enorme y largo canalón de madera que tiene en el fondo también malla y costal, ahí quedan esas bolitas de oro que el mercurio ha obligado a unirse. El oro es el único metal que no se mezcla con otro, pero el mercurio lo hace mezclar consigo mismo.

Así llegaron esas retroexcavadoras a destrozar el río Ovejas y a sacar a los negros que lo trabajaban. Pero los negros se negaron. Para ellos el río es como la teta para un bebé, de ahí sacan lo que necesitan para vivir. Y nunca sacan mucho, porque si sacan mucho, sus hijos y sus nietos se van a quedar sin él. Dicen que para que su gente negra pueda sobrevivir deben dejarle oro en los ríos y en las montañas porque el día que se les acabe o se lo dejen quitar, ese día se acaban los negros, *la familia*, como se llaman a sí mismos. Ellos, como el oro, no quieren mezclarse con los blancos ni con los indios. Tuvieron que pelear mucho para defender su trabajo, que es su vida y la de sus nietos.

El Gobierno se puso de parte de los paisas, o sea de las

retroexcavadoras, porque le pagaban impuestos; los negros nada le pagan al Estado, que considera que si bien la tierra es de ellos, lo que hay debajo de ella no les pertenece, porque es propiedad de la Nación. El Estado dice eso para poder vender a las compañías las minas de oro —o de carbón, o de níquel o de petróleo— que hay debajo de la tierra. Y ahí está la pelea casada. Como los negros se defendieron y peleaban contra las retroexcavadoras rodeándolas y no dejándolas robarse el oro, el Gobierno dejó que los dueños de las máquinas llevaran a los paramilitares.

Hubo muchos muertos, muchas masacres para que los negros dejaran explotar el oro. El Gobierno y los dueños de las retros querían que los negros se fueran corriendo al ver que mataban a unos y a otros. Y así pasó. Muchos negros se fueron o se escondieron y peleaban de vez en cuando y no dejaban a las retros trabajar tranquilas. Pero los dueños eran casi todos también narcotraficantes que traían dólares de la coca, compraban oro y decían que lo habían sacado con la retro del río Ovejas. El Gobierno prohibió las retros para que los paras no siguieran metiendo dólares de la coca y así los negritos pudieron volver poco a poco a sus minas y a su manera de trabajarlas.

El Gobierno aceptó prohibir las retros, no solo porque eran de narcotraficantes, sino porque tiene en mente darles a grandes empresas multinacionales las minas de oro de toda la región para que las exploten con maquinaria gigantesca, saquen el oro de todos los cerros y dejen los huecos para que se llenen de agua y se formen lagos donde los hijos de los ricos puedan ir a divertirse navegando en sus veleros.

NUQUÍ

Mi adorada Antonia:

Nuquí es un pueblito a la orilla del mar llamado por Balboa, su descubridor, el Océano Pacífico. Balboa era un conquistador español, de esos que andaban con perros para cazar indios, rendirlos y obligarlos a decir: "El rey de España es nuestro amo y señor". Era un bárbaro. Descubrió el Pacífico por casualidad, como se hacen casi siempre los descubrimientos. Pero fue el primero que se dio cuenta de que Colón no había llegado a China sino a un nuevo continente que se llamaría después América. Hasta ese día, todos creían que habían llegado a una gran isla, pero no a un continente.

Nuquí siempre fue habitado por negros. Tú sabes que en América no existían negros, los trajeron los españoles para que trabajaran en minas y haciendas como esclavos porque los indios no se dejaron esclavizar, preferían morirse. O matarse tirándose a los abismos antes de volverse esclavos de los conquistadores. Muchos negros se les volaron a sus amos y se escondieron en las selvas. Formaron sus propios pueblitos, que, como Nuquí, estuvieran lejos de los españoles. Hicieron amistad con los indígenas y aprendieron a vivir en esos montes del Pacífico, que eran muy parecidos a los de África, de donde los traían en barcos para venderlos a los blancos en Cartagena.

En esos pueblitos, que fueron muchos y que estaban —y están— a orillas del mar o de los ríos, vivían sin hacerle mal a nadie. Cultivaban maíz, arroz, papa china —que es como una papa morada y blanca—; pescaban y a veces cazaban guaguas, armadillos y dantas. No necesitaban nada más. No conocían los billetes y pasaban la vida sin

conocerlos. Tocaban su música con tambores hechos con cuero de venado, y con marimbas hechas con el palo de una palma llamada chonta. Los padres les enseñaban a los hijos y los hijos a los nietos. Tocaban y bailaban. Vivían. Se casaban entre ellos y miraban el mar. A veces veían pasar muy lejos los barcos y quizás alguno naufragó y los marineros que se salvaron de morir ahogados llegaron a la costa. Pero no se quedaron.

Después de muchos años, un día llegaron otros blancos; venían a vender cosas que los negros no tenían, como sal, azúcar, telas y pólvora. No las necesitaban, pero les gustaron. A cambio, los blancos les compraban pescado seco al sol, pieles de animales de monte y oro, donde había. Comenzó así otra historia tan dolorosa como la de la esclavitud. Ya no había cadenas, pero se fueron creando a través de la explotación de las necesidades y del despojo de los medios que los negros tenían para satisfacerlas. Ya entenderás cómo la televisión, por ejemplo, impone las necesidades y lo vuelve a uno esclavo de ellas. El tiempo pasó. Los negros trabajaban para alimentarse y se alimentaban para trabajar. Cosechaban plátano, arroz, maíz, pero ya no solo para comer, sino para llevar sus productos en goletas a Buenaventura. Allí los comerciantes se los compraban y los revendían en ciudades como Cali y Pereira.

De esas ciudades llegó a Nuquí un día una pareja de enamorados que se embarcaron en las goletas y vivieron sus amores y sus penas en el pequeño pueblito. Los visitaban amigos y así, poco a poco, se fueron conociendo estas playas solitarias y bellas. Los niños negros, que temían a los espíritus malignos, cuando vieron a los blancos creyeron que eran los mismos diablos. Olían feo, eran blanditos y colorados; no se les entendía lo que hablaban y caminaban como patos. Fueron llegando y trayendo a otros. Y esos otros a otros. Pagaban por dormir en las casas de los negros; compraban pescado y tocaban un instrumento muy raro, el radio: una caja que hablaba y que cantaba. Después pagaron muy barato una casa y construyeron un hotel. Cada día llegaban más y más. Los llaman “paisas”. Unos compraron lotes a la orilla del mar; otros abrieron tiendas para vender telas, ollas, cuchillos, mosquiteros, zapatos, perfumes. Los nativos quedaron

deslumbrados. Compraban cosas para parecerse a los blancos, para ser como ellos. Un día los blancos construyeron una pista de aterrizaje y los negros conocieron el avión. Más tarde llevaron una planta eléctrica para producir luz y luego una película sobre la guerra. La gente del pueblo quería más y más cosas y los blancos se las cambiaban por tierra, por playas, por agua, por trabajo. Los niños negros salían al aeropuerto a pedir dulces porque no los conocían y después monedas para comprar dulces.

Hoy todo el beso del mar es ajeno. Es de blancos, unos paisas, otros vallunos y algún bogotano. Los nativos no tienen ya nada qué vender y nada pueden comprar con su trabajo. Lo que antes cultivaban, ahora tienen que comprarlo. Muchos se han ido para las ciudades, para Buenaventura, para Cali, para Medellín, a buscar trabajo. Sus mujeres son sirvientas o putas. La mayoría no regresará a sus pueblos, que ya no son de los negros que crecieron comiendo cangrejo y mirando el mar.

Porque a los negros les gusta mirar el mar. Y soñar.

TUMACO

Mi adorada Antonia:

Tumaco es hoy un puerto a donde llega un oleoducto que nace en las selvas del Putumayo. Trae petróleo, mucho petróleo y de aquí, de esta ciudad nacida entre los manglares, lo llevan en barcos para Estados Unidos. Tumaco ha sido azotado también por el océano Pacífico. Lo azota con olas enormes que arrastran todo lo que se enfrenta a ellas: árboles, piedras, casas. Hace retroceder a los muchos ríos que desembocan en sus aguas casi siempre tranquilas hasta el día que se encrespan y enfurecen. Es también, como Buenaventura y Quibdó, y como casi todos los pueblitos de esta región, habitado por negros.

Tú ya sabes esa historia de cómo llegaron a estas zonas cuando eran selvas. Selvas de donde han sacado toda la madera fina las empresas madereras, toda la tagua —una pepa de palma que sirve para hacer botones— y todo el caucho. Ahora cortan la palma del naidí para meter su cogollo en tarros y venderlo en los supermercados. A ti te gustan esos cogollos, se llaman palmitos. Cada tarro es sacado de una pala entera que cortan y de la que solo aprovechan el puro cogollito. Hoy también en esas selvas hay coca, muchas matas de coca que los campesinos negros cultivan como solución a su pobreza y que beneficia a la guerrilla, a los paras, al Ejército, a la Policía, a los jueces, a los empresarios, a los comerciantes, a los políticos. Cada cual saca su tajada de esa bonanza.

En estas selvas sembraron también mucha palma africana, que es de donde se saca el aceite para freír papas y carne y pescado. La sembraron los empresarios en tierras de los negros. Los sacaron

comprándoles a bajos precios las fincas o amenazándolos o matándolos, pero los sacaron y hoy sus fincas son palmeras, y sus obreros, los campesinos negros que antes trabajaban sembrando plátano, cacao, papachina. Hoy al borde de la carretera pavimentada que el Gobierno les construyó para sacar las pepas de la palma africana hay pueblitos de negros. Los niños juegan sobre la vía, a veces un carro los atropella y algunos mueren.

Te quiero mucho, me haces mucha falta.

EL HATILLO

Mi adorada Antonia:

Este es un pueblo que tenía un río donde se pescaban bocachicos, dorados y moncholos; los niños aprendían a nadar chapoteando agua mientras sus mamás lavaban la ropa que sus maridos sudaban cazando conejos, saínos y venados en los montes. Tenían vacas de leche, burros para cargar la leña y carneros que pastaban en las sabanas comunales, unas tierras que eran del pueblo y que todos podían utilizar. Tenían también rozas, o sea, parcelas propias para cultivar un plátano que llaman en la costa "tresfilos"; yuca, malanga, maíz, arroz y frutas: mandarinas, mangos, patillas, piñas. Criaban cerdos para comer y para vender. Por las tardes regresaban a la casa cansados de cansancio honrado los mayores, tomaban agua de limón y descansaban en chinchorros mirando la tarde apagarse. Comenzaban a trabajar temprano, muy temprano, entre el oscuro de la noche y el claro del día. Tomaban tinto, llenaban de guarapo sus calabazos, echaban mano a la rula y salían mientras los niños dormían y sus mujeres soplaban la brasa para hacer las arepas. Los hombres regresaban a media mañana a desayunar.

Así pasaron muchos años, casi desde siempre. Las tierras que trabajaban se las había dado el rey de España a unos ricos, los Alzamorano Díaz-Granados, que se creían nobles y que seguramente le habían hecho favores a Su Majestad como matar indios chimilas, los más bravos que había en aquella región que hay entre el río Magdalena y la Serranía del Perijá. Era mucha tierra, 52.000 hectáreas, y por tanto la familia Alzamorano no podía manejarla y se la invadieron colonos ricos y colonos pobres. Los ricos hicieron

grandes ganaderías y los pobres, parcelas. Así nació El Hatillo, un pueblo pequeño de casas de bahareque y techo de palma donde viven hoy 150 familias, es decir, unas quinientas personas.

Un día a uno de los ganaderos grandes le dio por sembrar palma africana. Es un árbol cumplido: echa racimos y racimos de corozo —rojos y anaranjados— todo el año. De ellos se saca, al espicharlos, un jugo que al cocinar se vuelve aceite vegetal y que no es bueno para la salud por más vegetal que sea. Del corozo salen también alimentos para animales y cremas para la piel de las mujeres. Es una planta muy rica, pero muy dañina cuando se siembra en serie porque para eso hay que tumbar muchos montes.

Fue así como aquel día llegaron a la hacienda, llamada por lo demás Alamosa, varios tractores y entraron a romper la tierra para sembrar la palma; cinco años después, cuando comenzó a botar racimos de frutos, los dueños —unos señores descendientes de italianos— mandaron construir una fábrica para sacar aceite de palma. Como era muy buen negocio, dieron en comprar más y más tierra a los campesinos de los alrededores. Sin tierra un campesino es un desempleado, un vago o un jornalero. Muchos se volvieron, por tanto, jornaleros de la hacienda de palma. Otros se fueron a buscar trabajo a las ciudades con la poca plata que les dieron por sus fincas. Otros, los que hoy viven en El Hatillo, no se fueron. Pero tampoco les fue bien, porque otro día llegaron unos ingenieros con casco y taladros, pidieron permiso para hacer huecos profundos en la tierra para saber qué había adentro, y, sin decir nada, se fueron.

Una mañana, cuando los hombres del pueblo salían a cosechar maíz, vieron que los ingenieros regresaban, pero esta vez a contarles a los campesinos que habían sido bendecidos por Dios porque muy cerca, “allá, al otro lado”, dijo uno de los visitantes, se ha encontrado carbón. Un carbón muy fino porque prende fuego muy rápido y calienta mucho, “muchísimo más que otros”. Hay unas empresas —anunciaron — que van a sacar el carbón y ustedes los campesinos les van a ayudar a sacarlo y a cargarlo en camiones para transportarlo a los barcos que lo llevarán, a su vez, a Europa y a Estados Unidos, donde ese carbón

tiene muy buen precio y ustedes, afortunados, van a recibir mucho dinero. Mejorarán con él sus casas, podrán comprar carro y mandar a sus hijos a las universidades. En pocas palabras: “Ustedes serán muy felices”. Y se fueron.

Pocos días después llegaron unas enormes máquinas, las más grandes que jamás los campesinos hubieran visto. Más grandes que buses, que tractores, que casas. Y comenzaron a quitar la tierra donde antes había pastos para ganado en la hacienda de don Amín Marcun, un turco afortunado que criaba vacas. Quitaron la tierra, digo, y la arrumaron cerca al pueblito de El Hatillo. Cada mañana, al salir a trabajar, los campesinos veían que el montón de tierra arrumada crecía y crecía. Después de haber quitado la tierra, se dedicaron con otras máquinas, aún más grandes y poderosas, a sacar rocas y arena que también arrumaban. Y arrumaban y arrumaban. Sacaban el material de día y de noche; el ruido de las máquinas no dejaba dormir a los campesinos ni poner huevos a sus gallinas, ni dar leche a las vacas. Las máquinas trabajaban y trabajaban hasta que desaparecieron en el hueco que cavaban, pero se oía el ruido que hacían y se veía crecer el arrume de rocas y de arena hasta formar un monte, un monte que era cada día más y más alto.

Después las máquinas se fueron y llegaron otras más grandes todavía: el carbón comenzó a salir del gran hueco que las otras máquinas habían abierto. Se oían estruendos de dinamita que hacían temblar las casas y comenzó a caer al mismo tiempo sobre El Hatillo un polvo negro. Las casas se cubrieron de ese polvo que comenzaron a llamar carboncilla; la ropa se volvía gris, no había cómo curar a los niños y a los viejos de la tos y todos, hombres y mujeres, vivían con los ojos rojos y en la piel les salían nacidos y granos. Entonces los campesinos fueron a quejarse y los que manejaban las máquinas les contestaron: “Eso no es con nosotros, busquen a los dueños de las máquinas, que son los que saben”. “¿Y dónde están?” preguntaron los campesinos. “En Estados Unidos”, respondieron los maquinistas.

Fueron entonces a hablar con el gobernador del departamento porque el alcalde del municipio donde queda El Hatillo, llamado El Paso, no

sabía. El gobernador les dio una dirección y ellos le escribieron al dueño, un señor de apellido Drummond. Él les contestó diciéndoles que les mandaba un médico. Ellos le volvieron a escribir diciéndole que no le creían porque no les habían cumplido la promesa de darles trabajo para sacar el carbón. La respuesta no se hizo esperar: Les voy a dar dos puestos de trabajo. Uno para que ayude a sacar el carbón y otro para que ayude a arrumar las rocas, la greda y la arena. Fue cierto: enseñaron a dos campesinos jóvenes a manejar dos volquetas gigantescas, una para transportar el carbón al tren que habían construido para llevarlo a los barcos y otra para seguir haciendo crecer el monte de escombros.

El señor Drummond compró además toda la tierra de los alrededores de El Hatillo, la cercó con muchos alambres y puso grandes letreros que decían: Prohibido el paso, propiedad privada. Los campesinos sintieron que los trataban como si fueran chivos, que los encerraban cada vez más y que cada día más enfermos estaban de los pulmones, de la piel y de los ojos. Al tiempo, las enfermedades que producía la carboncilla atacaron también los mangos, los mandarinos, el arroz, el maíz. Ya no daban para comer como antes; en el río se morían los peces; los conejos y los venados huyeron a buscar otros montes. A los conductores de las grandes volquetas que el señor Drummond había empleado les dio una feroz enfermedad en la columna vertebral y no pudieron seguir trabajando.

El gobernador llegó un día al atardecer, reunió al pueblo y les dijo: “Bueno, ustedes se están enfermando, tienen que irse de aquí para curarse”. La gente gritó, pataleó, pero el gobernador había dejado a la entrada de El Hatillo al Ejército y a la Policía por si acaso los campesinos se rebotaban. Y se rebotaron.

Una mujer ya abuela gritó: Ustedes no quieren sacarnos porque estemos enfermos, sino porque debajo de este, nuestro pueblo, hay carbón.

SIMITÍ

Simití es un pueblo pequeño, bordeado por una ciénaga con mucho pescado que se comunica con el río Magdalena por un bracito de agua. El río es el mismo que pasa por Honda, pero acá es más grande. Hay muchas ciénagas, que son lagos donde el río guarda el agua que trae de las cordilleras para que allí lleguen nadando los pececitos recién nacidos que sus papás y mamás han botado en huevos cuando suben por el Magdalena. Todos los peces suben a botar los huevos, se llama la Subienda, pasa por Honda y tú la conoces. De los huevos salen pececitos y vuelven a la misma ciénaga de donde salieron sus papás sin conocerla. ¡Qué bello!

Bueno, pues las ciénagas sirven para eso, para criar pececitos y mantener el río con agua siempre, porque ella va saliendo poco a poco y así la vida se conserva: las playas se llenan de garzas que comen pescado; los pescados, de lombrices y gusanitos y yerbas de la orilla. En las ciénagas nace la tarulla, una planta que flota y vive del agua, y con sus raíces alimenta a los pececitos que llegan a crecer en esas lagunas.

La gente, los indios, los negros, los mestizos, vive de la pesca; como sus papás y sus abuelos, siembran un poco de maíz y un poco de arroz y un poco de yuca y otro poquito de malanga. El sol sale y se va; a veces llueve a cántaros. Todos viven entre el agua del río que les da el pescado y los playones de las orillas donde siembran. Viven del agua y de la tierra, pasan la mitad de su vida en el río y en las ciénagas y la otra mitad en la tierra. Como los caimanes, que viven un poco aquí y un poco allá. Ya no hay caimanes, los han cazado para hacerles carteras y zapatos con sus pieles a las señoras de París y Nueva York.

Mi papá cuando era joven compró cueros de caimán para venderlos en Europa.

Así, digo, vivían los campesinos desde mucho tiempo atrás. No eran ni ricos ni pobres. Unos habían nacido ahí, otros habían llegado desde otras regiones de donde los sacaban los ganaderos grandes. Venían de Córdoba, venían de Bolívar, venían de Santander —nombres, como verás, de héroes de las guerras de Independencia—; llegaban porque en otra guerra, la de los chulavitas, los sacaban de sus casas y de sus pueblos y se vinieron a trabajar aquí a este río y a estas ciénagas.

Pero aquí también llegó la guerra, nació la guerrilla para defenderse de los ganaderos que les quitaban la tierra, de los petroleros que entraban sin permiso a sus fincas y se las dañaban, del Ejército y la Policía que llegaron a perseguir a los campesinos que ya eran guerrilleros. Así se fue formando el problema. Un día llegaron de afuera a sembrar una mata que no se conocía y que valía mucho: la marihuana. Valían tanto sus hojas porque se vendía muy bien en Estados Unidos, un país que hace guerras y guerras por todo el mundo, y les daba valor a sus soldados embrujándolos con la marihuana, que es como fumarse un sueño con pesadilla. Esa mata era muy costosa, valía mucho y les dejaba mucha plata a los campesinos; por eso dejaron de cultivar arroz, maíz yuca y con la plata ganada compraron televisor, radio, moto.

La marihuana se fue para Estados Unidos, donde la comenzaron a cultivar mejor. Y aquí llegó la coca, porque era buen negocio para los que la sembraban y para los que de sus hojas sabían sacar la cocaína y para los que sabían llevarla a Estados Unidos y venderla muy, muy cara. Con la plata de la coca los campesinos hicieron casas buenas, abrieron trocha para llegar a sus casas y compraron canoas y motores para sus canoas.

Pero de la coca también vivieron el alcalde, el cura, el policía, el soldado, los ganaderos… todos vivían de la coca y también la guerrilla, que compró motores y mejores armas y peleó más por todos lados. Cuando ya le estaban ganando la pelea al Ejército, el Ejército sacó a los paramilitares y llenó el país; eran sus propios soldados con

orden de matar a todo el que no les obedeciera y así se volvieron los que mandaban y mandaban para vivir de las hojas de coca que trabajaba la gente, y manejaban todo para sacar a la guerrilla, para acabarla.

Y entonces todo se volvió guerra y guerra. Todos se vieron metidos en la guerra. Horrible, mi amor. Una historia terrible.

MARQUETALIA

En estos días en que no nos hemos visto he estado viajando por sitios muy lejanos en el tiempo y que, sin embargo, están a pocos kilómetros de Bogotá. El primero se llama El Pato. No tengo ni idea de por qué le pusieron ese nombre tan raro. Si le hubieran puesto danta o tigre o lapa, todavía lo entendería, pero los patos son muy raros en las zonas de colonización, que son lugares de la selva a donde llegan los campesinos a tumbar la selva y a hacer una finca. Tumbar selva es una cosa muy difícil. Piensa que en ellas hay árboles gigantescos que miden, como si dijéramos, tres pisos y tienen troncos que cincuenta personas no alcanzan a abrazar. Pero además hay otros árboles más pequeños y otros todavía más y más chiquitos. Todo hay que tumbarlo con un hacha y un machete. Duran meses tumbando la selva para que se seque y cuando se seca, le prenden candela y queman toda esa madera. Quedan cenizas y en las cenizas siembran maíz, siembran fríjol, siembran yuca y con eso se alimentan.

Los campesinos de El Pato no son simples colonos. Son campesinos que el Ejército y el Gobierno vienen persiguiendo desde hace cincuenta años. Medio siglo. Son muchos años. ¿Y por qué los persiguen? Porque resolvieron en ese tiempo defenderse. Defender su vida de sus enemigos, que hace cincuenta años eran otros campesinos que el Gobierno pagaba para perseguirlos porque no eran de las mismas ideas que los gobiernos de esa época. Te parecerá raro, pero esa es la verdad. El Gobierno era del Partido Conservador y esos campesinos eran liberales. Pensaban distinto, pero el Gobierno les tenía miedo porque podían ganar las elecciones y mandó quemarles los ranchos, sacarlos de sus tierras, expulsarlos para otras zonas y si oponían resistencia, matarlos. Eso sucedió en el sur del departamento de

Tolima. Pero también en otras partes: en Boyacá, allá en Ráquira a donde vas de campamento con tu colegio; en el Valle; en Antioquia, donde nació (por casualidad) tu mamá, y en muchas otras partes.

En el sur de Tolima, además de que el Gobierno quería ganar las elecciones sacando a los campesinos de su región, asustándolos o matándolos, los terratenientes querían sus tierras. Tierras donde se da muy bonito el café. Y entonces era un buen negocio sacarlos, porque unos, los terratenientes, se quedaban con sus tierras. Y otros, los políticos, o sea el Gobierno, les ganaban las elecciones. Hubo unos campesinos liberales y otros campesinos comunistas que dijeron: No vamos a dejarnos matar ni a dejarnos sacar, y se pusieron a buscar armas para defenderse. Solo tenían unas pocas escopetas y machetes hechos por ellos mismos, y se metieron al monte con sus familias, con sus hijos, sus papás y toda su gente. Se escondieron para que cuando llegaran los campesinos que el Gobierno había armado y convertido en policías no los encontraran. Y en los caminos, esperándolos, estaban los otros campesinos, liberales y comunistas, armados con sus escopetas y cuando pasaron, los atacaron y les quitaron las armas que el Gobierno les había dado, que eran fusiles buenos que podían disparar cinco balas casi seguidas, que podían atravesar un riel de ferrocarril y que quien los disparara podía hacerlo desde muy lejos, a un kilómetro (como desde la casa hasta el peaje).

Ya con esas armas pudieron comenzar a defenderse. Sus familias pudieron poco a poco salir de los montes, unirse y reunirse en las cordilleras, donde los ríos son muy corrientosos y donde las cuencas son muy estrechas. Se llaman “cañones” de río. Son escondites muy buenos y difíciles de atacar. Uno de esos se llamó El Davis y queda entre dos ríos, el Amoyá y el Cambrín. Ahí se guarecieron. Ahí vivían unidos y defendidos por las pocas armas, eso sí, muy buenas, que les quitaban a la Policía y al Ejército. Pero el Gobierno descubrió que podía ganarles la pelea con aviones que tiraban bombas. Unas bombas que abrían huecos enormes donde los campesinos cabían de pie. Al mismo tiempo, les mandó tropas del Ejército por tierra, es decir, caminando. Los campesinos sabían pelear de igual a igual, podían pelear uno contra diez, pero ya un campesino contra un avión y quince

soldados no podía, por eso resolvieron irse de El Davis, con todas sus familias, con todo lo que tenían: ollas, perros, gallinas, cobijas, y se fueron unos detrás de otros de noche, sin dejar verse y sin poder hacer una hoguera para cocinar, porque el humo les decía a los militares dónde estaban. Poco a poco, comiendo maíz crudo y panela, todo poquito porque pesaba y cargar mucho peso es trabajoso. Y casi todo lo tenían que cargar las mujeres y los niños porque los hombres salían a pelear con sus fusiles y sus escopetas contra el Ejército y la Policía. Así, subiendo lomas muy altas, pasando ríos muy corrientosos, con hambre, con frío, fueron llegando a un escondite muy cerca del Nevado del Huila, un sitio que le pusieron Marquetalia.

Ahí tumbaron monte, sembraron fríjol y maíz, y cosecharon. Tenían jefes, porque los necesitaban para poder defenderse; se llamaban Pedro Antonio Marín, que se cambió de nombre y se puso Manuel Marulanda, aunque sus enemigos le decían "Tirofijo" porque tenía mucha puntería. Otro, Jacobo Prías Alape, la gente le puso "Charro Negro" porque le gustaba cantar canciones mexicanas; y, uno más que se llamaba Isauro Yosa y se puso "Mayor Líster". Se cambiaban de nombre para que el Ejército no pudiera acusarlos y porque querían ser otros, distintos a los que sufrían. Querían hacer una vida distinta, sin tantas desigualdades, donde hubiera justicia y no los persiguieran. Pero los persiguieron y el Gobierno volvió a atacarlos y mandó aviones y miles de soldados y tanques de guerra, aunque estos poco le servían porque las cordilleras son muy paradas y los tanques se volcaban tratando de trepar. Entonces, disparaban sus cañones desde lejos.

TRAS LA FIRMA DEL ACUERDO DE PAZ

Mi amor:

Mi primer recuerdo de Bogotá —porque sabes que nací detrás de ella — fue un cielo rojo que no era de atardecer sino de llamas. El centro de la ciudad había sido destruido e incendiado por el pueblo furioso contra el Gobierno, al que culpaba del asesinato de su jefe, Jorge Eliécer Gaitán. Yo no había cumplido cuatro años. En La Calera, el alcalde civil y militar, general Amadeo Rodríguez, fusiló en el cerro de las Tres Cruces a unos campesinos que acusó de rojos. Días después, me llevaron a ver el humo que aún salía de las ruinas de casas y edificios en la carrera Séptima. No sentí mi propio miedo, pero sentí el de la gente que miraba. Después, un poco más grande, frente a la Alcaldía de Chicoral —un pueblo de Tolima donde veraneábamos—, vi tirar de una mula el cadáver de un campesino. Fue como oír caer un bulto de ojos quietos y cuerpo ensangrentado. Tarde mi mamá me tapó los ojos.

¡Y desde esos días he visto tanta sangre y tanta violencia! En las carreteras había soldados que a gritos hacían bajar de los buses a los pasajeros para esculcarlos. A mí me daba rabia que no me esculcaran y me trataran como a las mujeres, a las que tampoco hacían bajar. Un día que íbamos hacia Santandercito, en el salto del Tequendama, un camión del Ejército golpeó la camioneta en que paseábamos a mi abuela. Rompió la puerta, el espejo, los vidrios. Mi papá, furioso, se bajó a revirarles a los soldados y estos lo golpearon con las chapas de sus cinturones. En Ibagué, donde teníamos familiares, mis tíos comentaban lo que sucedía en un pueblo cercano llamado Rovira: les cortaban la cabeza a los rojos y los rojos se estaban armando contra el

gobierno azul. Tendría entonces tu edad. En San Martín, Meta, que conoces, el mayordomo de unas tierras que mi familia tenía contaba cómo ametrallaban los hatos desde aviones del Gobierno y mataban gente, reses, perros, gallinas… Lo que se moviera. No lo vi, pero vi temblar de rabia al hombre que lo contaba.

En la iglesia de La Porciúncula, donde me llevaban a oír misa mientras yo miraba los zapatos de los fieles, un día, la Policía tiró bombas lacrimógenas adentro. La estampida de la gente, sus caídas corriendo, me hicieron oler por primera vez el terror. Después, también, el júbilo del pueblo con banderas por las calles cuando Rojas Pinilla cayó. Mi papá hablaba de los estudiantes como si fueran héroes de la patria.

En la universidad quise serlo. Queríamos bajar a piedra el cielo a la tierra. Y entonces apareció Camilo… Y desapareció, lo mataron y siguieron otras muertes y otras. Muertes de compañeros de cafetería, conocidos que murieron para que nosotros no muriéramos. Pero muchos lo hicieron con el morral al hombro y el fusil en las manos. Muchachos tan generosos como los que después me encontré en las costas del Guayabero, que no les temían ni a la noche oscura ni a los ríos crecidos. Fue cuando comencé a escribir sobre ellos y sobre su gente. Escribí deslumbrado, alucinado. No paraba de escribir sobre un país que no se conocía, y de conocerlo, por supuesto.

No eran venidos de otro mundo, no habían caído en paracaídas. Habían llegado huyendo, comiendo mico, tumbando selva. Se defendían y defendían a sus viejos y a sus críos. Por eso me dio tanta alegría ver a esos muchachos —hoy ya no tanto— enterrando la guerra, derrotándola. Dejando el poder de las armas en manos del Estado, confiando en que no volverá a ser usado contra ellos, contra el pueblo —el pueblo existe, Antonia, y así hay que llamarlo—, ni para defender a unos pocos bolsillos de por sí llenos.

Te confieso que he sentido esa alegría plena —esa que llena el pecho y eriza el cuero— tres veces: cuando los guerrilleros del M-19 salieron en avión para Cuba después de haberse tomado la Embajada de República Dominicana, cuando se firmó la Constitución de 1991 y el jueves pasado, cuando las Farc y el Gobierno le dijeron al mundo: Es el

último día de guerra en Colombia.

Tú eres el puente entre mi nieto mayor y los menores. Cuéntales a todos lo que ustedes nunca vivirán.

SANTURBÁN

Mi adorada Antonia:

Recuerdo ahora, mirando el río Vichada, lento, silencioso, que anda recogiendo otras aguas, nuestro viaje a Santurbán, tus saltos, tu alegría. Y la mía viéndote como si no me vieras. Fue un viaje que desde el comienzo quería hacer recuerdos.

Llegamos al aeropuerto temprano, con anticipación. A mí me da miedo que me deje el avión. Teníamos todos los papeles: tu registro civil y mi cédula, pero no habíamos hecho el "checkin", un término en inglés al que debes acostumbrarte porque las invasiones siempre comienzan por los idiomas, y el castellano, el más rico del mundo, está siendo avasallado —como tantas otras cosas— por los "ingleses" de Norteamérica. La empleada del "desk" —ya ves, otra palabreja inglesa — nos dijo al recibir nuestras identificaciones que las sillas quedarían separadas. Gran desilusión, porque yo quería ir mostrándote algunas regiones como la de Barichara, de tierra roja, o las juntas del río Chicamocha con el río Suárez para formar el Sogamoso, en donde están haciendo una gran represa. Alegamos y la empleada, al vernos tristes, nos consiguió sillas seguidas y en primera clase. Sillas grandes. Nos sentimos como el rey y la reina en sus tronos. Casi dormiste. Viajábamos ya entrando la noche y las ventanillas no servían para mirar porque a oscuras nada se ve, aunque a veces desde el avión, y si hay luna, las noches son bellas. Se siente el silencio del universo.

En el aeropuerto de Bucaramanga nos esperaban los amigos que nos iban a acompañar al páramo de Santurbán y a conocer las minas donde se explota el oro desde cuando llegaron los españoles. Traté de

explicarte que en aquel sitio donde hoy está el aeropuerto de Bucaramanga había habido una gran batalla a fines del siglo XIX, la batalla de Palonegro. Peleaban los liberales contra los conservadores. Habían peleado durante casi todo ese siglo, pero en Palonegro la cosa era definitiva. Se mataron durante quince días y murieron 3.000 soldados. La batalla se acabó porque el olor a muerto asfixiaba a los combatientes. Primero pelearon con cañones, después con fusiles y cuando las balas se les acabaron, a machete pelado, a cuchillo, a piedra. Mi abuela me contó que vio una pirámide de cráneos en un camino. Los liberales perdieron porque tenían tres generales. Uno muy viejo, Vargas Santos, que movían en guando, es decir, acostado en una hamaca y cubierto con un parasol. Los otros dos eran Uribe Uribe, un ambicioso empresario antioqueño, aristocrático y —según mi abuela, de quien era primo segundo por lo Uribe— buen mozo y buen escritor. El otro general era Benjamín Herrera, puro pueblo; decían que nunca pudo quitarse la pecueca que le dejaron las guerras, porque estuvo en varias. También estuvo a punto de ser presidente de Colombia. Era, según tu abuelo, que lo conoció, un "mandacallar", palabra que significa algo así como muy fuerte, muy valiente, muy valeroso. Herrera sabía de guerras. Uribe no; sabía hacer discursos, quería ser héroe y no le permitió a Herrera dirigir la batalla. La perdieron, como te digo. Fue la última gran guerra grande: tres años peleando. En Palonegro los conservadores mandados por el general Próspero Pinzón eran 18.000 y los liberales, apenas la mitad. Las guerras, lo sabrás algún día, se pierden por el honor de los militares.

El hotel al que llegamos era como los puestos del avión, de primera, *cinco estrellas*: una cama enorme, sala, escritorio y una gran pantalla de TV donde trataste de ver algunas de esas horribles películas que pasan en los hoteles de primera. Pero te gustó la alcoba y sobre todo, la cama, gigantesca.

Al día siguiente madrugamos. Salimos felices a ver el oro y el páramo. Te dormiste hasta que llegamos al Almorzadero a casi 4.000 metros de altura. Es parecido a una *puna* como las que existen en Bolivia y en los altos Andes del sur. En una de ellas, Junín, se dio otra gran batalla entre Bolívar y el general Canterac, jefe de los españoles. Allí, en lo

alto de Los Andes, se encontraron los dos ejércitos, de 15.000 hombres cada uno. Se llamó la Batalla de Junín. La amante de Bolívar, Manuelita, peleó allí y la ascendieron a coronel de caballería en el campo de batalla. Pelear a esa altura era fatigante; los hombres se ahogaban por falta de oxígeno y por falta de aire se quedaban dormidos. Bolívar tenía una gran ventaja, tenía lanceros del Llano, hombres a caballo que montaban de dos en dos. Uno manejaba las riendas y el otro, en la grupa, la lanza. Derrotaron a los españoles. No lo bastante, porque los que alcanzaron a huir dieron otra gran batalla cerca, en Ayacucho, donde los españoles fueron derrotados para siempre y tuvieron que regresar a su reino.

Pero te hablaba del páramo del Almorzadero, una estepa, una puna donde los campesinos cosechan cebolla larga —llamada junca—, que sirve para hacer caldo y huele a plaza de mercado. Ahí desayunamos mientras tu miqueabas y saltabas. No quisiste comer sino un poco de caldo con almojábana y quizá queso. El Almorzadero es un páramo hermano gemelo del de Santurbán. Están espalda con espalda, son el mismo gran páramo, una gran fábrica de agua. Ahí nacen ríos que van para el Magdalena y para el Orinoco, y, para completar, corren también hacia el lago de Maracaibo. Eso se llama una *estrella de ríos* porque en lo alto de la cordillera —que ahí es un nudo— cada uno echa para un lado y aquí son tres grandes ríos que por caminos distintos van todos a desembocar al océano Atlántico. En estos páramos se explota —mejor, se saca y se lleva— el oro, desde la llegada de los españoles. Por eso dice el verso de Quevedo, burlándose: “Nace en las Indias honrado, donde el mundo lo acompaña, viene a morir en España, y es en Génova enterrado”.

Un conquistador muy famoso, Ambrosio de Alfinger —alemán, cruel y codicioso—, estaba al servicio de los ricos banqueros germanos que tenían amarrado de pies y manos al rey de España. Llegó desde Venezuela buscando oro y lo encontró en Santurbán. Mucho oro, muchísimo y muy fácil de sacar; en las montañas se veían las vetas de metal sin buscarlas, brillaban al sol. Estaban a flor de ojo, digamos. Tanto había, que herraban los caballos con herraduras de oro y se llevaron costalados de oro, costalados: 12.000 castellanos de oro puro.

Pero los indios mataron de un flechazo a Alfinger y los soldados terminaron matándose unos a otros por el tesoro que llevaban.

Cerca de esas minas fundaron la ciudad de Pamplona, llamada la "Loca" por las locuras que sus habitantes hacían con el oro. El oro produce locura. Después de que los españoles fueron derrotados por Bolívar, esas minas de oro terminaron en manos de los ingleses porque los ingleses habían ayudado a Bolívar con armas y oficiales a pelear contra España. Inglaterra era la gran rival de España, su enemiga principal. Los ingleses sacaron también mucho oro porque esas montañas son de oro. Trajeron máquinas para abrir los socavones y máquinas para machacar las rocas porque es en las rocas donde está el oro, y no en pepita sino en escamas diminutas, tan chiquitas o menos que los granitos de arena que lo esconden. Los ingleses sacaron y sacaron hasta que la guerra de los Mil Días, esa que te conté, los arruinó y tuvieron que irse.

Cuando esa guerra terminó, los ingleses volvieron. Necesitaban mucho oro, más que siempre porque se habían metido en una guerra en Europa, una de las guerras más terribles, la Primera Guerra Mundial. Y fue por minas, no de oro sino de hierro y de carbón, entre Francia y Alemania. Esas dos naciones siempre han peleado y se han matado por esas mismas minas llamadas de Alsacia y Lorena, que quedan en la frontera entre los dos países. Inglaterra entró en la pelea porque eran más amigos de los franceses que de los alemanes.

Las de Santurbán terminaron vendidas a otra empresa no inglesa, sino norteamericana, que es la que ahora las explota. Mientras nos contaban estas historias, llegamos a un pueblo que se llama Vetas, que montaron en un escalón en un bolsillo de la cordillera. Por ahí paramos. La gente nos miraba con rabia porque creía que nosotros los periodistas, o simplemente los viajeros, queremos que las minas se cierren y que los mineros se vayan. Eso lo sé porque las compañías les han hecho creer que a eso venimos. Porque ahí hay una gran discusión. El páramo produce agua, mucha agua, pero tiene escondido oro, mucho oro. Unos quieren y necesitan el agua. Los habitantes de Bucaramanga y de muchos pueblos, dos millones de habitantes, viven

del agua de ese páramo. Unos pocos quieren el oro. El oro vale mucho y por eso todos lo buscan, lo codician, lo adoran.

De Vetas cogimos camino hacia el páramo. Nuestros amigos nos dijeron que toda la gente, campesinos, mineros, comerciantes, estaba en contra de los que defendían el agua y no el oro. Que si nos preguntaban quiénes éramos, dijéramos que una familia que quería conocer las lagunas que hay arriba, a 3.500 metros. Tres lagunas.

El papá se llamaría Federico, la amiga se llamaría Alicia y tú te llamarías Violeta, un nombre que me pareció horrible y que no entendí por qué escogiste, en lugar de, por ejemplo, Elisa, como tu bisabuela, una mujer que se murió de dolor de cabeza. La tristeza del marido, tu bisabuelo, fue tal que se escondió en su habitación y no volvió a salir de ella, no para no enterrar a tu parienta, sino para que a él lo enterraran cinco años después. A mí no me pusieron nombre. Estabas tan feliz jugando a la familia que solo mucho tiempo después descubriste que entonces yo tenía que ser el papá de Federico, puesto que tú me llamabas abuelo. Subimos una hora en carro, o más, hasta llegar al puro páramo.

Había mucho sol, derretía la niebla que subía desde abajo, de la tierra cálida. El cielo era azul, el páramo estaba esplendoroso. La laguna del Príncipe, que yo llamé de la Princesa refiriéndome a ti, se veía un poco más abajo rodeada de un cinturón de juncos y de cojines de musgo. Echamos a caminar por un camino estrecho solo para ir a pie. El bosque no tiene árboles gigantescos y sin embargo, hay que llamarlo bosque, así no nos cuadre la imagen porque hemos aprendido con Caperucita Roja que los bosques tienen que ser de pinos. No en nuestros páramos; en ellos falta oxígeno y los árboles son más bien pequeños, pero son muchos, se apiñan unos contra otros. Unos viven de los otros y los otros de uno, como en *Los tres mosqueteros*, “uno para todos, todos para uno”. Hay todos los verdes que en el mundo existen, desde los más claros, color lagarto, de algunos musgos, hasta los más oscuros, casi grises, casi negros, como los de los arrayanes. Hay también orquídeas amarillas, ocres, carmelitas. Hay pega-pega roja, muy roja y muy pegajosa y, claro está, frailejones oreja de burro,

peludos, felpados; dan ganas de consentirlos y de hacer nido con sus hojas. De las peñas baja agua por poquitos y forma chorros de agua transparente como el aire limpio. De verdad, suenan al correr.

Una de las cosas más bellas del Páramo es el silencio. Largo y ancho, majestuoso, solemne como un *Te Deum*. Está encerrado en un gran círculo de peñas altas cortadas a pico por algún terremoto. Están, para nuestra sorpresa, llenas de agua. Como los musgos, que son esponjas que van soltando el agua de sus entrañas cuando deja de llover. Es un agua muy fría. Subimos pues. Tú saltando y yo buscando con resignación el oxígeno que el cigarrillo me quitó. Pero subimos y llegamos a la laguna. Está como en un nicho del páramo, como si la montaña hubiera hecho para guardarla un hueco en una de sus manos. Es agua pura y helada, el viento la mueve con cuidado y los riscos la rodean de un silencio apacible que contrastaba con tu alegría, tus gritos de felicidad porque estabas viviendo un paisaje maravilloso y no sabías cómo decir que estabas feliz y por eso saltabas de piedra en piedra, de risco en risco, como una cabra loca. Te veías bella, pero me dio miedo que te resbalaras en la laguna, te cayeras y fueras a dar al agua. Me dio miedo. Todavía lo siento. Nada habría podido yo hacer porque estaba muy lejos de ti, de esa cresta de roca gigantesca donde bailabas y te llamabas Violeta. Yo no sabía por qué te llamabas Violeta, una florecita morada, modesta, que huele muy rico. Como gritabas de lo puro contenta, tu voz se quedaba pegada de los altos riscos de roca que enmarcaban la laguna. Era el eco. Allá debe estar resonando.

Me costó mucho trabajo hacerte entender que ya era hora de regresar porque seguías desafiando el peligro y jugando con tus miedos. Fue difícil y además bajaste de mal genio, peleándome. Decías que estabas muy cansada y que no podías caminar más, aunque yo pienso que no querías bajar porque estabas feliz como un pájaro. Pero bajamos y nos encontramos en la carretera. Cuando ya la noche comenzaba a ocultar al páramo, vimos un ciclista subiendo con mucho esfuerzo hacia la laguna. Venía de estar en otros páramos, Chinganea, Cocuy, Sumapaz, porque le gusta el aire fino de las alturas, fino por difícil de respirar porque tiene poco oxígeno. Pero el hombre subía en su bicicleta y en

ella llevaba todo lo que necesitaba, ropa, cobija, reverbero, linterna, mapa, machete, olla, linterna. Al día siguiente bajaría para seguir a otro páramo, donde nace el río Chicamocha…

Una hora después llegamos a California, un pueblo donde la mina manda y los mineros son la ley, todo el mundo tiene que cumplir esa ley, que es la codicia de oro.

CALIFORNIA

Mi adorada:

No es un pueblo, es un escampadero de oro. Desde hace muchos años lo explotan, lo saquean compañías extranjeras. Nuestros gobiernos no confían en los empresarios nacionales, que son más inclinados por el trabajo blandito, suave, especulativo; no tienen la voluntad de trabajar esos grandes depósitos. De todas maneras, lo que hoy sucede en estas minas llamadas de Angostura es fácil de entender. El Gobierno de Uribe le dio permiso a una empresa canadiense especializada en sacar oro de los montes y en cambiarse su nombre cuando las cosas se les dificultan. Sucede, por ejemplo, cuando no le dan licencia para explorar, se cambian el nombre; los obreros crean un sindicato, se cambian de nombre. Son, en verdad, unos piratas y los gobiernos hacen lo que ellos mandan. Deben tener vínculos políticos muy fuertes para que nuestros gobiernos se les arrodillen, tienen pues, autorizados por el Gobierno, una montaña entera para explotar.

Ahora dice la compañía que está explorando oro y otros metales porque, aunque no se ligue con ellos, al oro tampoco le gusta vivir solo. Es muy caprichoso y sobre todo ¿cuánto oro, cuánto metal de otros hay en esa montaña? Para saberlo, hacen huecos enormes en la roca, cuatrocientos metros adentro, y van sacando lo que haya adentro con un tubo; miran y examinan y avisan y dicen ahí hay tal y tal cosa, tales metales en tal cantidad. Lo grave es que el Gobierno no sabe qué sacan y la compañía puede decir que hay menos metales y en mucha menos cantidad porque son estos estudios los que le permiten al Gobierno decir cuánto valen las minas, cuánto por tanto le deben pagar al Gobierno. Son las trampas que siempre han hecho.

Así que aquí se les ha complicado la cosa porque hay mucha gente que está en contra de esas explotaciones, pues necesitan el agua que las mineras ensucian y contaminan con dos venenos mortales: el mercurio y el cianuro. El cianuro se usa para matar perros bravos. El mercurio, aunque se usa para medir temperatura en los termómetros, es también mortal, mata. Las empresas necesitan del mercurio y del cianuro para sacar el oro de la arenilla que queda al triturar las rocas que tienen oro. Pero también necesitan el agua para lavar el oro, para ayudar a quitarle la arenilla. Ahora sacan esa agua de los ríos que las montañas guardan en sus adentros y que se llaman acuíferos. Tú ves una montaña y crees que los ríos van por fuera porque los ves, pero no ves que por dentro van otros, otros muchos. Usan esa agua para el lavado y luego, ya contaminada de mercurio, de cianuro, de bentonita, de dinamita, de gasolina y quién sabe de qué venenos más, la botan a los ríos de la cuenca que, como Teherán, son los que hacen los acueductos de Bucaramanga, una gran ciudad del millón de habitantes, y de otras poblaciones. Así que la gente que necesita el agua para vivir —que somos todos los seres humanos— se opone a que les envenenen el agua que toman y con la que cocinan y se bañan. Esa es la pelea.

Pero hay otras, hay muchas, no solo en la región de Bucaramanga sino también en la de Cúcuta y de todos los pueblos. Y gente de Bogotá y de Cartagena y de Popayán, es decir, de todo el país, que ha salido a protestar contra esas minas y ese robo de agua. Federico y Alicia, tus padres de Santurbán, son de ese movimiento y todos juntos le han pedido al Gobierno que defienda el páramo, que impida que en los páramos, que son las fábricas de agua, se explote oro, pero también carbón, níquel, cualquier explotación, y también la ganadería, los cultivos de toda clase, para que aquellos que viven en las ciudades tengamos agua; ese es el problema que fuimos a mirar, que en tu colegio podrías explicarles a tus compañeras.

DE EL PATO AL CABO[1]

Con Antonia, mi nieta, cambié de mundo en unas pocas horas. De El Pato, Caquetá, en el costillar de la cordillera Oriental, al Cabo de la Vela, La Guajira, por donde el alma de los wayú viaja al paraíso. De una de las regiones más criminalizadas y bombardeadas del país, donde cae un aguacero cada hora, a otra lejana e ignorada por el Estado donde llueve una vez al año. "Nuestro lindo país…", como diría Samper Ortega, uno los pocos Samper que no han sido perseguidos y estigmatizados.

Hace medio siglo los campesinos organizados por el presidente Lleras Restrepo en la famosa Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC) se le salieron de las manos al Gobierno y se lanzaron a "desalambrar" las haciendas al grito de "La tierra es para el que la trabaja". Los insultaron primero, los atacaron luego y les echaron bala después. Se fueron a descuajar montaña y no pocos terminaron en Caquetá. De la ruina los salvó el cultivo de coca.

La guerrilla se dio cuenta rápidamente de que había que controlar la proliferación de cultivos para mantener el precio de la "mercancía" y reguló la extensión de las zonas cocaleras. Más aún, no se podía tumbar monte de cualquier manera: solo para hacer finca, apoyándose sí en la coca. Estas limitaciones salvaron la Amazonia de volverse una gran ganadería. Ahora cuando la guerrilla de las Farc se fue, el grito es: ¡A descumbrar, a tumbar monte!

Por el Guaviare abajo, por el Orteguaza, por el Caquetá, las motosierras están avanzando de una manera criminal y sin control. Se tumba, se quema, se siembra coca y se sigue selva adentro. La madera

y la coca financian la apertura de fincas y la fundación de haciendas. La fumigación, señor embajador de Estados Unidos, acelerará este proceso. Los colonos quieren tener dos o tres fincas; los ganaderos, dos o tres haciendas; los vivos, todo lo que puedan tumbar y coger. El Gobierno mira impasible; el ministro de Medio Ambiente se dedica principalmente a comprar corbatas de seda para estar bien presentado en los mil cocteles a los que lo invitan las compañías mineras, palmeras, cañeras. Cada hora se hace una finca de veinte hectáreas, en un día se abre una ganadería. Es lo que llaman libertad de empresa frente a un Estado perplejo.

En el Cabo de la Vela —el más allá de Colombia— comienza otra invasión, igual a la que acabó con La Boquilla en Cartagena. Los primeros pasos los dan los viajeros que escriben y elogian el horizonte abierto, la brisa, la soledad, la generosidad de la gente que ha nacido y se ha criado comiendo pescado. Después llegan los primeros turistas de carpa y morral: modestos, se echan un cacho y escriben poemas delirantes. Más tarde, arriman los turistas de arrastraderas, paseadores paisas, tenderos paisas y pequeñas empresas de turismo. Suena el vallenato. Hoy al Cabo de la Vela y a Punta Gallinas están llegando extranjeros, ¡bienvenidos! Suenan brutalmente el rock y la música electrónica. Suenan por toda la playa. Suenan desaforadamente hasta la madrugada en parlantes más grandes que casas. Las rancherías de itojoro —corazón duro de la tuna— van poco a poco siendo reemplazadas por casas de material, es decir, cemento. Llevan dinero y dejan cientos de toneladas de basura. Falta poco para que se construyan residencias y luego hoteles y más tarde hoteles VIP, ahora cuando no hay guerrillas que asusten al turismo.

Los wayú serán empujados, invadidos y algunos pocos serán disfrazados con taparrabos y plumas en las puertas de los grandes hoteles con casino —niñas incluidas—. ¡Ahhhh… el progreso, la civilización! Hoy todavía hablan y saludan altivos en wayunaiqui, pero mañana quién sabe en qué y dónde terminarán.

1 Publicada por primera vez en el diario *El Espectador* el 5 de agosto de 2017.

LA GUAJIRA

Estoy en La Guajira, una tierra donde lo que no se lleva el viento, se lo lleva el tiempo. El mar es un ser que nunca se conoce. Ni de lejos ni de cerca. A veces es azul profundo; otras veces, verde; otras, blanco, y aquí, en Riohacha, pardo porque el río trae arena gruesa que saca de su cintura. Nace en la Sierra Nevada; es pequeñito, limpio y frío; después lo cogen preso y lo meten en un embalse. Ahí lo mantienen en el invierno, que es cuando llueve mucho. Pasa por una tierra maldita hoy que fue rica y bella no hace mucho tiempo: había caña de azúcar para hacer ron, había maíz y arroz y algodón. Hoy ya casi no hay campesinos, los han vuelto obreros y obreros de uniforme, casco y botas. Trabajan en una mina de carbón gigantesca.

Hay máquinas para sacarlo, para cargarlo en un tren y llevarlo a un puerto, unos barcos para transportarlo a Estados Unidos, Europa o China. Allá lo convierten en electricidad y luz y calor. Pero para sacarlo de aquí, rompen todo. Rompen la tierra que lo esconde, cambian de sitio los ríos, sacan a los indígenas. Los indios viven del carbón, pero de un carbón distinto al que se llevan. Es hecho de palo y sirve para hacer hogueras y prender estufas. Cortan palos, los apilan, los tapan con tierra y por debajo le prenden candela. Pero las ramas no se queman, se vuelven carbón.

Viven también de los chivos, miles y miles de chivos. Por todas partes hay chivos. Yo nací entre chivos, pero en El Líbano, donde, tú sabes, hacía mucho frío. Los conozco por el olor, porque todo lo mastican con rapidez, porque miran con unos ojos amarillos que parecen bolas de cristal.

En las tierras de los indios van a desviar el río, que se llama Ranchería, porque pasa por encima de una gran mina de carbón de piedra, el que se llevan en tren y en barco. Van a cambiarle el camino al río y a la gente que vive a su lado, que siempre ha vivido del río porque ahí pescan, porque de él sacan agua y riegan el fríjol y el maíz y se la toman cuando les da sed. Es un agua limpia. En verano se esconde, el sol la seca, pero ella pasa por debajo, por donde el sol no entra y carga arenas y se las lleva al mar para que el mar alimente unos árboles en cuyas raíces crecen los peces, los camarones, los cangrejos. Se llaman manglares.

Cuando cambien el río, no traerá arena, los manglares se morirán y la gente se irá de sus tierras donde tiene sus muertos y tiene sus abuelos que abuelan a las nietas noche y día.

BARCELONA

Mi amor:

He vuelto a pasar por Barcelona, donde viví tres años; he pasado también por Pisa, donde hay una torre alta inclinada para un lado como si fuera a caerse; he regresado a París, donde estudié y creció tu mamá, donde aprendió francés, conoció la nieve y donde todas las tardes visitábamos la estatua de una loba que amamantó a dos bebés.

A tu mamá y a mí nos gustaba pasear por el Jardín de Luxemburgo. Allí no dejaban jugar a los niños sobre los prados. En un estanque grande, que para ella era como el mar, echábamos barquitos de papel. El viento los empujaba. Éramos felices. A Juan, tu tío, le gustaba jugar pelota con sus amigos. Tu abuela estudiaba y yo estudiaba también. Estudiábamos cómo hacer la revolución en Colombia. No fuimos capaces de hacerla; quizás habría sido terrible vernos derrotados por nosotros mismos si hubiéramos hecho realidades nuestros sueños.

Ahora, solo podemos recordar esas tardes, esos días y esas noches. Unos alegres, como cuando salíamos de vacaciones y nos íbamos todos de viaje; otros tristes, como aquellos en que llegaba el invierno y la plata era poca. Ya vendrás tú a recorrer los mismos caminos porque, creo, no hay otros. Hoy te compré un corazón rojo con un cascabel adentro. Suena cuando lo muevo, como el mío cuando me besas; y te compré una cajita de música que toca “La Internacional”, una canción que cantábamos cuando teníamos esperanza en que el mañana fuera azul como el cielo. Hoy te buscaré un vestido de florecitas.

Escríbeme una cartica. Necesito tu voz.

QUERÉTARO

Bueno, amor mío:

Te decía que la corrida fue en Juriquilla, que hace parte de Querétaro. Fue hace tiempo una hacienda muy, muy grande donde los campesinos pagaban al patrón la "obligación", que era un contrato entre los dos: el patrón les permitía sembrar maíz, pero la cosecha era toda del propietario de la hacienda y, a cambio del trabajo, el señor les daba unas pocas arrobas.

En esa hacienda hay hoy un gran hotel donde la Saga y otros amigos brindaron por mi cumpleaños, y de donde salimos a la plaza de toros. Te mando la foto del brindis por aparte y otras fotos de José Tomás, el torero.

Es una plaza pequeña. Nadie sabe por qué José Tomás, el más grande torero del mundo, aceptó torear ahí hace tres años. Casi lo mata un toro en un pueblo cercano llamado Aguascalientes; estuvo muerto. Se salvó y cuando se curó —un milagro—, se fue a Francia, a Nimes, a torear él solo seis toros, como para decir: "Estoy vivo". Cortó once orejas a sus seis toros, una cola e indultó uno de ellos. ¡Quizás es una de las más grandes corridas que se hayan visto! Allá estuvimos con Gladys.

Ayer fue la primera vez que volvió a torear en México. ¡¡¡Y cómo toreó!!! Como debe torear un ángel: con suavidad, con dulzura, con lentitud, con sentimiento, con peligro. Es un hombre humilde y la gente lo adora como a un dios vivo porque le hace sentir la vida y la muerte en cada pase. Torear es eso, amor mío, hacer sentir que la muerte está viva, que anda a nuestro lado y a nuestro paso. Por eso

cuando un torero como José Tomás se le arrima tanto a un toro, uno tiene la sensación de que le hizo un pase a la muerte, de que salió vencedor, pero ella sigue ahí. Y en el siguiente pase, cuando el toro le deja en la pierna el viento de sus cuernos o en el pecho el ruido del cacho rasgándole los hilos de la camisa, uno vuelve a entender que el torero es un héroe que sabe vencer a la muerte. Pero que sabe también aguantarla, pararse frente a ella, provocarla, invitarla y al fin, torearla. José Tomás lo hace con dulzura, con cariño por el toro: lo llama, lo aconseja, lo elogia —"toro, toro bonito, pasa, pasa"—. Y el toro va. Y él lo lleva por el camino de la gloria.

El toro quiere matar al torero y el torero sale a matar al toro. Pero no de cualquier manera. El torero lleva un trapo y una espada; el toro es un enemigo poderosísimo, pesa media tonelada, tiene un par de cuernos filudos más peligrosos que cien espadas. Son casi iguales en el ruedo. La diferencia es que el torero sabe lo que hace, mientras el toro solo hace las cosas, es decir, embiste, sin saberlo. Esa es la diferencia: el uno comprende, el otro no. En el fondo es un modo de mostrar que el ser humano, tal como Dios lo creó, es superior al animal y no solo porque el hombre comprende, sino porque siente y es capaz, como los buenos toreros, de transmitir su sentimiento al toro, de hacer sentir el miedo y el valor al mismo tiempo. Un torero es capaz de hacernos sentir a quienes lo vemos desafiando con belleza la suerte, que tenemos alma.

Sabrás que era mi cumpleaños. Setenta años son muchos años y también son tan pocos. Uno pasa por la misma vida que han pasado miles de millones de hombres y mujeres, y seguirán pasando. ¿Por qué? ¿Qué hacemos tantos y tantos pasando y pasando? ¿Vamos para algún lado? ¿De dónde venimos?

Para darte un ejemplo, Juriquilla hoy es una ciudad llena de zonas industriales donde se fabrican desde aviones hasta café con leche. Salvo el centro, Querétaro es feo y hasta aburrido. Pero el centro es antiguo, construido en piedra, tiene iglesias, una catedral y un viaducto, que es un puente muy alto por donde pasaba el agua para la ciudad en la época de los españoles. Porque esta región, llamada El

Bajío, es muy seca y traen el agua de muy lejos. Es la región donde nacieron los charros, esos vaqueros mexicanos con sombrero grande y que cantan. Todo México canta. Aquí se canta todo.

A Querétaro mandaron a gobernar, o mejor a ser emperador, a un noble austríaco que se llamaba Maximiliano; lo mandaron con su esposa. No sabían a dónde iban, no hablaban castellano y nunca pudieron entender a dónde habían llegado. Los mandó otro emperador, Napoleón III de Francia, con un ejército entero a invadir a México. Querían el oro, la plata y las riquezas que tenía México. Pero los mexicanos los rechazaron, les hicieron la guerra y los derrotaron y agarraron al tal Maximiliano de Austria y lo fusilaron.

NIMES

Mi adorada Antonia:

En París paseamos y paseamos por las calles y por las avenidas, que allá se llaman *rues* y *boulevards*. Pero para poder pasear hay que coger metro, un tren que, como sabes, va por debajo de la tierra. Es cansón y huele a gasolina quemada y a francés, porque ellos poco se bañan. Huelen a vino y a ajo. Uno sale a la calle a respirar.

Y a respirar también nos vinimos a Nimes. En un tren muy rápido gastamos tres horas. Uno no puede dormir bien porque pasan trenes para el otro lado, por una carrilera aparte, y el aire que empujan golpea el tren en que uno va y suena como si le hubiera pegado. Suena muy duro, como un trueno chiquito.

Llegamos a Nimes, que fue una gran ciudad de un imperio —el Imperio romano— hace muchos años. Dos mil años. Tenían emperador y tenían leyes y se robaban todo lo que no fuera de ellos: tierras, vacas, caballos, minas de oro y plata, barcos. Los más ricos tenían esclavos, es decir, personas que les pertenecían como si fueran animales. Eran los que trabajaban y hacían templos, teatros, caminos, acueductos y coliseos.

Los coliseos eran como las plazas de toros, pero hechos en piedra blanca. No eran redondos sino como letras "O" alargadas. No hacían corridas sino peleas entre gladiadores. Eran hombres muy fuertes que peleaban para no dejarse matar por el otro y para que los admirara el público que los miraba. Como los boxeadores hoy.

En Nimes, te decía, hay un coliseo de esos, llamado hoy Arènes de

Nîmes. Es muy bello, muy alto y las piedras con que fue construido, muy grandes. Es ahora una de las plazas de toros más importantes del mundo. Ahí torean solo los grandes toreros, como José Tomás, a quien vimos un medio día —se torea a esa hora— entrar al ruedo con un traje gris y oro. Fue a torear seis toros, él solo. No al tiempo, claro, sino uno cada vez. Toros negros unos, castaños otros, alguno negro y blanco, otro color de arena, con cuernos grandes y muy afilados, con cabezas altas y fuertes, con pezuñas brillantes y colas paradas. Entraron todos a buscar con quién pelear. A eso entran a las plazas o están en los potreros. Para ellos todo pedazo de mundo es suyo. Los toreros salen a torearlos con sus capotes rojos y amarillos, con sus monteras puestas y dispuestos a jugarse la vida. Porque los toros pueden matar si el torero no sabe torear. A veces no matan cuando cogen, pero con sus cachos abren heridas en las piernas de los toreros. O en la barriga. O en el pecho y les rompen el corazón. Le pasó a Pepe Cáceres, un torero colombiano. El toro le destrozó el pecho y le partió el corazón. También hace dos años a José Tomás lo cogió un toro en México, en una ciudad grande pero fea llamada Aguascalientes. El toro se llamaba *Navegante* y le metió el cuerno en la pierna por donde pasan venas y arterias que llevan y traen sangre. Se las rompió y José Tomás estuvo casi muerto. Medio muerto, alucinando, le preguntó al toro: ¿Por qué me corneaste así de feo? Y el toro le respondió: Porque tenías que pagar tus triunfos.

Te decía, salió José Tomás en Nîmes a torear toros bravos. La capa con que toreó era de seda y brillaba al sol. No era roja y amarilla como las de los otros toreros, era fucsia y amarillo quemado. Toreó como si fuera un ángel, parecía volando. Y el toro parecía otro ángel —¿no serán toro y torero ángeles disfrazados? Pasaba con sus cuernos como cuchillos quitándole hilos al vestido del torero, lo rozaba. Cada vez que pasaba sin cogerlo, la gente aplaudía y aplaudía, porque muchas veces pasaba como pasa la muerte al lado de todos quién sabe cuántas veces en un día, en una hora. Lo que el torero hace es hacernos sentir vivos porque él sale de la muerte cuando hace pasar al toro sin tocarlo. Cada vez que el torero torea, torea la muerte que va en los cachos del toro. Se burla de la muerte, pasa por ella. Por eso la gente cree que los toreros son como dioses pequeños que saben sobrevivir y que

parecería que fueran eternos.

Toreó todos los toros. Seis. A cada cual le hacía los pases que merecía: siempre poniéndoles la cadera y la pierna detrás del capote o de la muleta. Hay toreros que torean con el capote o con la muleta, pero no con el cuerpo, por eso nada les pasa, aunque la gente los aplauda. Pero José Tomás le pone el cuerpo al toro, se mete entre sus cuernos y saca al toro de ahí con la capa o con la muleta. Mira a los ojos del animal, no deja de mirarlo porque el toro dice lo que va a hacer mirando al torero, y si el torero sabe leer en los ojos del toro, no se deja cornear y lo deja pasar de largo. Y lo vuelve a traer, y lo vuelve a pasar, siempre mirándolo.

Los toros quieren coger al torero, quieren matarlo o herirlo de muerte, pero se enamoran de él y de su capote y de su vestido de luces. Y cuando están así, hay toreo de verdad porque el torero solo vive para el toro y el toro solo ve por el torero. Nadie más importa, y a los que miramos cómo se mueven nos pasa lo mismo: nos olvidamos del mundo. Todo eso pasa en una corrida. Y casi nunca sabe uno lo que pasa.

También hemos ido a ver castillos de príncipes y de princesas. Son —como los coliseos donde se torean toros bravos— hechos con piedras grandísimas. Tienen foso y tienen torres donde los reyes encerraban a las princesas cuando se enamoraban para que con ningún príncipe pudieran irse. Allá las tenían vestidas de seda y comiendo uvas y manzanas. Las visitaba solo el ama de llaves, que tenía que subir doscientos, trescientos, quinientos escalones para llevarle un pañuelo que se le había quedado, o un zapatico que le gustaba, o un par de prendedores regalados por el abuelo.

Los castillos son fríos hasta en verano cuando hace mucho calor y por dentro son oscuros, porque a los reyes no les gustaba la luz. Tienen patios y patios y salones grandes donde comían y se reían y se emborrachaban, y donde las princesas coqueteaban con un duque o un conde que había sido invitado al baile. Los castillos siempre tienen un río cerca y están rodeados de potreros donde los siervos sembraban trigo y uvas para el rey. También cerezas y ciruelas y duraznos para

las princesas, porque todas tenían hermanitas y con ellas jugaban a las escondidas en las mil habitaciones que tienen los palacios; el rey nunca las dejaba salir a jugar afuera de ellos. El sol les llegaba cuando iban a los jardines a cortar rosas y unas flores lindas que huelen más rico que todas, la lavanda, que te llevo encerrada en un paquetico.

De Barcelona te escribiré si encuentro una cartica tuya en mi buzón.

ECUADOR

QUITO

Mi amor, aquí en Quito, una ciudad muy bonita, estoy mirando las estrellas. Hay muchas, muchas, muchas y todas, toditas son distintas. Como las hojas de los árboles. De lejos parecen iguales, pero si las miras de cerquita, verás que todas son distintas. Así son las montañas, todas distintas. Tu mamá, tu papá, tu hermanita, tú y yo, todos somos distintos. En tu clase del colegio también. Cada niña, cada niño es distinto al otro; cada uno vino con su cara, sus ojos, sus manos distintas a las de otra niña y otro niño. Así nos han hecho.

Mañana voy a una hacienda donde hay toros bravos y caballos; dicen que se ven los nevados, unos muy altos y otros chiquitos, y todos tienen nieve y en todos llueve y a todos les llega el sol. Desde allá te escribiré. Me haces mucha falta. Te pienso cada ratico. Te quiero mucho.

DOMINGO

Estoy en una casa bella y muy, muy vieja. Tiene unos muros de piedras grises, cortadas nadie sabe cómo, porque son muy grandes y pesadas. Fueron puestas unas encima de otras en hileras, bien alineadas. Fue un palacio de los incas que vivían aquí en el valle verde por donde pasan ríos que nacen en el nevado Cotopaxi, que es también un volcán. Es un monte muy alto, siempre cubierto de nieve. A veces las nubes lo dejan ver y él sale como un gigante poco a poco y entonces el cielo es azul. Mañana iremos allá a verlo más de cerca.

El valle, llamado de Latacunga, se lo quitaron los españoles a los indios. Los mataron para poder quitarles sus tierras. Y sobre el palacio

de piedras construyeron una iglesia y una casa de hacienda. Pusieron a los indios a trabajar cultivando trigo y papa y cuidando ovejas y vacas. Los españoles tenían escopetas y caballos; los indígenas, lanzas y macanas. Los derrotaron. Los hombres trabajaban, las mujeres les servían y los niños aprendían cosas de la religión. Así, los unos se volvieron ricos y los otros, muy pobres.

Pero entonces llegó Bolívar a pelear con lanzas, escopetas, caballos fuertes y valor a sacar a los españoles y devolverles la tierra a los indios. Lo hizo en una de las más grandes ciudades que los incas habían construido, Cuzco. Bolívar tenía unos generales grandes y caballos también muy grandes y briosos, de pelea, y los sacó a perderse. Pero Bolívar, el Libertador, era chiquito, más chiquito que sus generales y más chiquito que sus soldados. Para subirse al caballo tenían que ponerle una banquita. Y así, chiquito de tamaño, peleaba, y así ganó.

LUNES

Hoy amaneció nublado el día; había muchas nubes. Hacía mucho frío. Desde mi ventana se ve una huerta con repollos y zanahoria; más lejos, unos pinos y unas vacas; más lejos todavía, la cordillera. Pero la niebla no dejaba verla hasta que el sol, que aquí es más brillante, fue sacando a las nubes poco a poco y dejando ver primero la falda de la cordillera —lo que en el Llano llamamos el "piedemonte"— y luego, poco a poco también, se fue descubriendo hasta que se vio la nieve de un volcán, el Cotopaxi. Bello, grande, majestuoso, imponente. Como es nevado y también volcán, adentro en su barriga hay lava, que es la piedra fundida por el fuego que está en el centro de la tierra. A veces bota esa lava, a veces tiembla. Pero la gente no le tiene miedo. Se ha hecho amiga de él.

Por la tarde fuimos a una laguna que nació en el cráter de otro volcán. Queda en otra cordillera, frente a donde está la casa de la hacienda donde estoy durmiendo. Esa hacienda, llamada San Agustín, se la quitó un general y presidente de Ecuador a los curas y puso a trabajar en ella a los indios a los que se les llamaba *huasipungos*. Los dejaban trabajar en las tierras de la hacienda a cambio de la mitad o más de la

cosecha. Si era maíz, por ejemplo, el huasipungo trabajaba con toda su familia y después le daba la mitad del maíz al patrón.

Hoy los huasipungos ya no trabajan con los hacendados. Muchos se han ido a vivir a las ciudades como Quito; otros se han ido a trabajar a España. Y otros, muchos, siguen trabajando en las cordilleras. La carretera por la que fuimos lleva hacia la costa, al mar. Va subiendo poco a poco y van saliendo de las montañas los verdes oscuros, los verdes claros, los ocres, los amarillos quemados, los amarillos brillantes de los lotes o parcelas que trabajan los huasipungos. Siembran haba, que es verde oscuro; siembran maíz, que es verde claro; siembran trigo, que es dorado. Las parcelas son cuadradas o rectangulares o son como una cometa pegada a la tierra. Tienen muchas formas y tienen diferentes cultivos. Tienen también ovejas que andan sueltas y, a veces, una vaca amarrada con un lazo a una estaca. El cielo es azul y la cordillera formada por lomas redonditas y suaves donde están los barbechos de los huasipungos. Las casas eran de paja, muy pegadas a la tierra; adentro cocinaban, dormían y, la verdad, poco se bañaban porque hace mucho frío.

La carretera va dando curvas y curvas hasta llegar a la laguna. Ayer estaba nublado el sitio. Es muy alto, queda muy arriba, a 4.000 metros sobre el nivel del mar. Hace mucho más frío que en La Calera, más que en El Líbano. Mucho. La laguna es verde también y queda en el fondo del cráter de un volcán que estalló hace doscientos años y cubrió todo de lava y de cenizas. Quedó el hueco que fue llenándose de agua que no tiene por donde salir y, por tanto, es un agua muerta. No hay peces ni ranas, ni siquiera renacuajos. No hay vida. Pero es muy impresionante ver el hueco de un volcán lleno de agua. Te pensé mucho y te compré un regalito hecho por los huasipungos.

Mañana voy a montar a caballo y a mirar los toros bravos que tienen en la hacienda. Te contaré el cuento.

MARTES

Así fue, monté un caballo alazán claro, igual a Ícaro, pero un poco más alto —en los caballos esto se llama alzada—. Lo vi en la pesebrera y

me gustó sin saber por qué. Pasa con los caballos: no hay razones para que a uno le guste más uno que otro. Salí acompañado de un muchacho, que en las grandes haciendas se llama *peón de estribo* porque es quien ensilla los caballos, los conoce y le ayuda al jinete —su patrón— a montar. Es el que abre las puertas en el camino, el que lleva las alforjas con comida, en fin, el que hace todo lo aburrido en una cabalgata o en un viaje.

Esta hacienda que te dije se llama San Agustín de los Callos y fue muy grande, tenía muchos indios que trabajaban en ella. Hace cuarenta años, un presidente militar —el general Rodríguez Lara— hizo una reforma agraria. Tengo que decirte que en Ecuador cambian de presidente como cambiar de zapatos. Y este fue uno de los muchos que subieron a la Presidencia con un golpe militar, es decir, diciendo: Ahora yo soy el presidente porque yo tengo el poder de las armas y si no me dejan pasar, los mato. Ha habido muchos golpes militares aquí en este país; inclusive el primer dueño de esta gran hacienda fue un general presidente que se tomó el poder. Pero después Rodríguez Lara obligó a los hacendados a darles unos potreros a los indios para que vivieran ahí, construyeran sus casas y fueran los trabajadores de las haciendas. Pero los hacendados les dijeron a sus indios —o huasipungueros— que les regalaban esas parcelitas porque ellos, los hacendados, eran muy buenas personas y los querían mucho. Al otro día los volvieron a poner a trabajar pagándoles muy poquito. Quedaron hasta peor que antes.

La hacienda se llama San Agustín por los curas, que eran agustinos —de la misma comunidad que trató de educarme en Bogotá en el Liceo Cervantes— a los que el viejo don Leonidas Plaza les quitó la tierra. Dicen que se la pagó, pero yo creo que los expropió. Se llama además *de los Callos* por un cerro que hay en la mitad de lo que fue la hacienda completa. Un cerro pequeño, redondo y no muy alto.

Salimos, pues, con el peón y mi caballo, que se llama Bandolero, seguramente porque es rebelde y brioso. Tiene la crin y la cola largas, es un caballo de galope. Distinto a Ícaro, que es un trochero. La diferencia es que el nuestro tiene el paso corto y Bandolero lo tiene

largo. Salimos despacio. Hay que saber en qué va uno montado. Hay que conocer el animal. Hacerse amigo acariciándolo y hablándole. Anduvimos por un camino amplio, sin piedras y plano. Al rato, galopamos. Es rico galopar, se siente el aire en la cara, el caballo te transmite su fuerza y uno se cree otro Simón Bolívar. Se galopa un rato y se deja descansar el caballo trotándolo, otro rato. En los potreros hay vacas de leche. Cien vacas, dan mucha leche. Las ordeñan dos veces al día. Los pastos son verdes y hay mucha agua que viene del Cotopaxi, limpia y fría.

La hacienda era muy grande, pero cuando el general Plaza se murió, sus hijos la repartieron, una parte para cada hijo. El papá de mi amiga, don Leonidas Segundo, se quedó con la gran casa de la hacienda, donde es hoy el hotel. Este era, además de hacendado, torero, y buen torero. Tenía toros de lidia, sembraba trigo y tuvo tres hijos. El hermano de don Leonidas Segundo fue también presidente de Ecuador, pero no era torero.

Cuando murieron, las tierras les quedaron a los hijos y ahí fue el lío. Unos querían un pedazo más grande que el otro, o un pedazo más bonito, y se armó entre ellos una guerra, es decir, una pelea por la tierra. Cada uno cercó su finca y dejó de saludar y de hablarle al otro. Son como enemigos. La tierra, mi adorada Antonia, siempre es la causa de las guerras, inclusive —es triste— entre hermanos y entre padres e hijos.

Galopamos, te digo, por los camellones que hoy son los límites de las haciendas y que se llaman caminos de servidumbre porque no se puede prohibir el paso por ellos a nadie. Galopamos hasta el cerro Callo, hoy sembrado con eucaliptos, un árbol que limpia el aire pero que también limpia la tierra, es decir, no deja que debajo de ellos nazca hierba o crezcan otras matas. Desde arriba se ve todo el valle. Hay pinos, hay eucaliptos, hay pastos y hay pueblitos pequeños y una carretera grande, ancha, pavimentada que atraviesa toda América, desde Argentina, hasta Estados Unidos. Pero en Colombia se interrumpe en el llamado Tapón del Darién, una zona que tiene un río muy grande, el Atrato, y una gran ciénaga, la de Tumaradó. Cuesta

mucho hacer una carretera por ahí, pero eso ha salvado un pedazo de Chocó de convertirse en una hacienda de palma de aceite. Sabrás que ha sido una zona de paramilitares donde han matado mucha gente negra para quitarle la tierra.

Así, mirando y mirando, volvimos a bajar del cerro por otro camino y en la pata del cerro hay ganado de lidia, toros bravos, vacas bravas y terneros que van a ser toros para llevar a las plazas para ser toreados. Son bellos, son mansos en su potrero. Crecen junto a sus madres hasta que tienen un año y medio, y después los llevan a otro potrero para que sigan creciendo y se vuelvan toros de verdad. A veces pelean entre ellos porque son toros bravos. Siempre tienen pasto verde y agua limpia. Pasean y comen. Viven felices. Hay unos negros y otros castaños. Nos miraron con curiosidad y sin miedo, alguno se *encampanó*, es decir, levantó los cuernos y la cabeza preguntando quiénes éramos y qué veníamos a hacer. Bellos.

Cerca de ese potrero y ya por la tarde, cuando volví a salir a dar otra vuelta a caballo, esta vez con unos gringos, se cayó uno de su bestia y casi se mata. Es un hombre grande y muy pesado. Al tratar de montar se fue de bruces por el otro lado de su caballo, que se asustó y salió corriendo con el gringo cayéndose y prendido de un estribo. Casi lo mata. Quedó herido en la cara y con un par de costillas rotas.

Fue un día que no olvidaré. Volví a sentirme libre galopando, galopando, como en la canción que no nos sabemos.

TERCERA DE MANIZALES[2]

Toldada de niebla y frío estuvo la plaza de toros de Manizales ayer, toda la tarde. Manizales es así, Antonia. Hace frío porque queda cerca de un nevado, pero hay niebla porque hay café; las lomas están sembradas de café, hay guadua en las cañadas, y en algunos cerros, todavía manchas de lo que fue selva.

En Manizales hay ferias y hay corridas de toros desde hace cincuenta y ocho años. Cuando yo tenía tu edad, Antonia, comenzaron las ferias. Había —y hay— reinados de belleza. Hubo una mujer muy bella, Luz Marina Zuluaga, enamorada de un torero, o el torero de ella. Se llamaba Pepe Cáceres y lo mató un toro de una cornada en el corazón. Hay toreros que mueren así. Para Manizales su feria es una gran fiesta en la que todo el pueblo se divierte y sale a la calle y va a los toros. El café les deja platica para gastar, pero —lo que es mucho más importante— los hace ser iguales y por eso todos participan en la fiesta.

Ayer torearon dos colombianos y un español unos toros de Mondoñedo, que es la ganadería más antigua de Colombia. Cuando tu bisabuela nació, las vacas de Mondoñedo ya parían toritos que los toreros toreaban en la plaza de La Santamaría, que tú conoces y donde, por ahora, el alcalde Petro los prohibió porque no le gustan los toros, o no los entiende o quizá porque a su mujer le gustan más los perros. Los prohibió, prohibidos, sin más, como si él fuera el rey del gusto de todos nosotros los que sabemos ver en los toros algo más que una turista japonesa tapándose los ojos cuando un torero arriesga la vida. Que es lo que de verdad —y no como en la televisión— hacen los toreros, así haya unos que saben torear y otros que no saben tanto.

Pero en la plaza y en el miedo, todos son iguales. Ayer salieron después de que la reina de belleza de Manizales recorriera la arena montando un caballo negro, brillante, alto. Y lo montaba, quiero decir: no estaba sentada encima del animal. Además, era una muchacha linda, morena, muy de la tierra.

Los toreros salen a la arena llenos de ilusiones. Todos quieren triunfar, salir en hombros de la plaza. Por eso entran a paso firme. Tienen miedo tanto de no ser aplaudidos como de que los mate un toro. Porque, te repito, de la muerte es de lo que se trata en una plaza de toros. Como en la vida de todos los días. Siempre tenemos a la muerte dándonos vueltas. Se esconde en las calles, en los caminos, en los almacenes, en las iglesias, en las cárceles. Siempre anda por ahí. Los toreros nos la recuerdan y nos la muestran cara a cara, pero, a diferencia de los curas, lo hacen con valor y con belleza.

No a todos los toreros de ayer les salieron las cosas bien, aunque todos pasaron sus miedos. Porque, tengo que aclararte, tanto los toros como los toreros como los que miramos desde los tendidos, todos, todos, Antonia, tenemos miedo. Tú lo sabes porque has estado conmigo en varias corridas. El miedo en la plaza anda suelto. Es eso lo que permite que haya belleza y verdad en la fiesta. Un programa de vampiros o de guerra en la televisión nos puede dar miedo, pero no hay verdad. Y, sin embargo, esas mentiras son las que les gustan a los ingleses y al alcalde Petro.

El primer torero de ayer fue un colombiano: Paco Perlaza. Su abuelo fue torero y su papá y sus tíos también. Creció viendo torear. Como todos los toreros —a los que también se les llama matadores o diestros —, ha tenido triunfos y fracasos, sabores de la vida que todos conocemos. Su primer toro se llamó Esparrajero. Los toros tienen nombres propios —también números— porque los ganaderos o los mayorales los quieren como a personas de la familia. Los ven nacer, crecer, enfermarse, saltar, comer; los quieren. El nombre de este es de un cristo que hay en Córdoba a quien le rezan los campesinos que cultivan espárragos. Fue un toro que tenía alrededor de sus ojos una verdadera máscara de piel negra como si tuviera anteojos, pero el

resto de su piel era algo colorada o, mejor, castaña. Pesaba casi media tonelada, es decir, como diez terneros al nacer.

Imagínate que pueden correr como un caballo, pero, además, llevan cuernos que, a esa velocidad y con ese peso, se vuelven dos bayonetas que rasgan lo que tocan. Los toros de lidia tienen un algo que llaman casta, es lo que se dice que tenemos los seres humanos y a lo que llamamos “alma”. No todas las almas son iguales, tampoco las castas; más aún, no todos tenemos las almas iguales: unos las tienen más blancas, o más rojas, o más azules, digamos, como los vestidos de los toreros.

El de Paco Perlaza era color espuma de mar. Esparrajero tenía casta, pero no mucha, y los que saben de toros lo ven cuando sale a la arena porque no busca al torero, le huye, mira para todos lados. Después, cuando Paco lo citó, es decir, lo invitó a pelear, el toro no sabía qué hacer y cuando lo hacía, lo hacía feo, con la cabeza alta. Un toro bueno mira hacia abajo, persigue el capote y la muleta por donde ellos hacen camino sobre la arena: humilla, que no es una humillación. Ningún torero humilla a un toro; por el contrario, sea bueno o malo, siempre lo respeta, porque, te lo digo aunque no lo comprendas todavía: el toro para los toreros y para los que vamos a verlos en las plazas es un animal sagrado. Y por eso también se le teme. Los buenos toreros toreando el toro logran sacar del animal el alma que lleva, y entonces pueden torearlo bien. Le sacan esa sustancia medio divina dándole confianza, poniéndole la cadera, la pierna, la mano cerca, donde el toro huele y recobra seguridad. Casi te podría decir: ahí, en ese sitio, el animal se siente igual al hombre. Así hizo Paco Perlaza: lo toreó. Lo aplaudimos. Pero no mató bien. La espada se encontró con el hueso y no con un caminito que tienen para llegarles al corazón y llevarlos al otro mundo. Al mismo mundo que tocan los toreros cuando triunfan.

No te cuento nada del segundo toro de Paco Perlaza porque nada pudo hacer con él, salvo una cosa: el toro, llamado Tocayito, que era negro, le huyó al torero, pero peleó con fuerza, con ganas, con bravura, con el caballo. El picador lo paró con la vara, que, como sabes, tiene una

puya en la punta, y el toro se sostuvo peleando a pesar del dolor que sentía. Porque los toros, como todo animal, sienten el dolor, pero a diferencia del hombre, no lo sufren. Esa es la diferencia real entre los seres humanos y los animales. Un toro no se siente víctima de un torero. Pero un torero sí puede sentirse víctima de un toro y quejarse de que, por ejemplo, no se deje torear.

El otro torero colombiano, Andrés de los Ríos, pudo hacer menos que Paco. Hay toreros a los que a veces les pasa lo que me pasa a mí cuando hablo en público, que me preocupo más de las caras de los que me oyen que de lo que estoy diciendo. A De los Ríos, me parece, le pasó lo mismo: estaba más pendiente de lo que la gente dijera o pensara que de lo que hacía, y por eso todo lo hacía regular, con desgano. Para torear con ganas, el torero debe sentir apetito por ir más allá de lo que el toro le da, y él renunció a dar ese paso, que a veces puede ser un paso al más allá. Pero si el torero no se expone, el toro no sabe lo que tiene que hacer, y entonces nada se puede hacer y la faena se vuelve aburridora y eterna.

El torero español se llama Juan del Álamo. Es muy joven y no muy alto. Tenía un vestido blanco, lo que suelen usar los toreros cuando debutan en una plaza, como Juan en Manizales. Toreó sus dos toros como un ángel. El primero, llamado Bambuquero, parecía como si hubiera tenido un acuerdo con el torero para hacer lo que hicieron. Con la capa, que —recordarás— tiene dos colores y es grande y suena, hizo con Bambuquero siete verónicas, que son lances con que el torero trata de saber cómo es el toro, pero, además, para enseñarle quién lo torea. Con la verónica al pasar el toro, el torero parece enjuagarle la cara. Juan lo hizo bajando las manos y por tanto dejándole sentir al toro su cuerpo, provocándolo para que al animal abriera el deseo de llevarse en sus cuernos a quien quiere y no quiere ver. El torito, lance a lance, bajó la cabeza. Después de la pica, lo probó con tres chicuelinas, que son pases para que el torero mire más al toro y para que el público mire al torero. La atención de los tendidos cae sobre el torero y la del torero, sobre el toro. Con las chicuelinas el cuerno guía al torero hacia la cintura con el capote, para luego hacerle el quite, que es una manera de burlar la muerte. Después Juan del Álamo toreó

con la muleta, muy cerca del toro, a su lado; parecían uno solo, porque el torero enrollaba a Bambuquero en su cuerpo por un lado y después por el otro. Tomando la muleta con una mano y después con la otra. Hacerlo con la mano izquierda es más difícil porque el torero no alarga la muleta con la espada y así el toro pasa rayándole el vestido con el cacho si el torero es valiente, es decir, si demuestra que no le teme a morir, aunque le tema a la muerte.

Con su segundo toro, llamado Hortelano, hizo cosas muy parecidas. La diferencia estuvo en que el torero no dejaba que el toro huyera, y por donde quería huir, allí estaba Juan esperándolo. Para un buen torero no hay mal toro. En el primer toro, la presidencia —en las plazas hay presidencias— le dio una oreja; pero como en las plazas hay democracia, el público pidió otra y la presidencia lo aceptó. Qué gran diferencia con muchos gobiernos y con la Alcaldía de Bogotá hoy por hoy.

2 Publicada por primera vez en el diario *El Espectador* el 8 de enero de 2014.

VIAJE A PERÚ CON ANTONIA

El viaje que habíamos fijado para el 13 de febrero comenzó mucho antes, con los sueños. El sueño de estar solamente juntos; el sueño de ver un pedazo de historia a través del Amazonas y de los misteriosos trazos de Nazca; el descubrimiento de un río que parecía un mar y que no tenía reversa, como el destino, y de unos gigantescos dibujos en la arena que el viento, como el dolor, no puede borrar.

Aquel día pasé por Antonia temprano porque teníamos que resolver el tema de las vacunas contra la fiebre amarilla, que suponíamos debían pedir a la entrada a Perú. Antonia no quería saber nada del pinchazo, que vive como una tragedia, pero el fantasma de la exigencia de la aduana nos empujó a un laberinto. El viaje no podía comenzar con lágrimas. Nos sacó del hueco Juan Luis, el pediatra: "Venga a ver, hermano, le resuelvo ese problema". Y lo resolvió: nos extendió los carnés amarillos de vacunación contra la fiebre amarilla. Se abrió la puerta del viaje. Y salimos, ella con su morral rosado —todavía de niña de muñecas— y yo con mi maleta de arrastrar porque ya no puedo echarme un morral a la espalda.

En el recibidor de Avianca, la empleada descubrió con sorpresa que yo tenía dos tiquetes de vuelo con el mismo destino y para la misma fecha. Antonia me lo había dicho: ¡Abuelo, tú tienes dos pasajes! Pero yo no le creí. Finalmente era una tarifa flexible que me permite comprar el regreso a Cuzco. En el trajín de pasaportes, permisos, enredos, se le cayó a Antonia mi teléfono y la pantalla se rajó como si un meteorito le hubiera caído. Ella se angustió, pero yo no.

Viajamos en primera clase. Antonia estaba feliz de sentarse en un

sillón mullido, con atención especial, tal como viajan las artistas del jet-set. Pero se durmió pronto. Sentí que su noche no había sido tranquila, lo que también me pasa a mí antes de un viaje. Toda la noche rondan imágenes que mezclan lo que se teme con lo que se quiere sin que alguna logre imponerse sobre la otra.

La cordillera, la selva destruida de Caquetá y la selva entera del Amazonas pasaron por detrás, hasta que apareció el gran río, lleno de todas las aguas que bota la cuenca alta. Estábamos en aguas altas.

Aterrizaje sin novedad, maletas en la mano y… bono de turismo: 30.000 pesos para contribuir a sostener los parásitos del municipio. Sin mucho trámite, fuimos directamente a las oficinas de Golfinho, la empresa que nos llevaría a Iquitos. Atravesamos Leticia en un taxi destartalado que nos llevó hasta una avenida comercial de Tabatinga. A diferencia de Leticia, que es una ciudad hecha y derecha, Tabatinga es un pueblo grande de frontera. Pagamos los boletos del trayecto por el río y buscamos un restaurante que en una época fue famoso: Tres Fronteras. Ahora ya la comida no tiene la misma calidad que yo le había probado hace tres o cuatro años, cuando estuve con Martina.

Regresamos al aeropuerto para pedir el permiso de salida del país. Un funcionario atento nos pidió pasaportes y el permiso de los padres de Antonia para pasar a Perú. Nos selló el pasaporte y se quedó con el permiso. Resolvimos pasar a Santa Rosa, el puerto peruano, atravesando el Amazonas. La intención era quedarnos a dormir allí, para estar listos a las tres de la mañana, hora de embarque. El río es en ese punto, de verdad, majestuoso. Arrastra millones de toneladas de agua y sedimentos donde viven miles de peces. Antonia miraba sorprendida la anchura del gigante.

Santa Rosa es un caserío a lo largo del río que comenzó a formarse apenas en los setenta. Fritangas de pescado y asado de arepas de choclo. Olor a gasolina. Pobreza. Presentamos los papeles a la autoridad: una mujer despertándose, arrastrando chanclas, despeinada y sudorosa. Gracias, dijo, y estampó el sello de entrada a Perú. No pidió las tales vacunas contra la fiebre amarilla ni el permiso de los padres.

Vimos desde lejos los dos hoteles. Construcciones oscuras, en madera. Miré los ojos de Antonia y, sin más, regresamos a buscar hotel a Leticia, con la condición de levantarnos a la una de la madrugada e ir a tomar la lancha a Tabatinga porque a esas horas el tránsito con Colombia está cerrado.

Al desembarcar en Leticia entró sorpresivamente una llamada de Martín para sugerirnos ir a un hotel. Él sabía que estábamos en Leticia, pero no que estuviéramos, precisamente en ese instante, preguntándonos a qué hotel iríamos. Fuimos, después de un esguince, a un hotel amable, pero lejos de los que a Antonia le gustan. Me conocían sus dueños, nos dieron una habitación a la que se llegaba después de atravesar un pequeño patio. Y salió el miedo a las culebras. ¡Las culebras! Antonia se pone nerviosa. Pero al fin, cogidita de la mano atravesamos aquel espacio negro y espeso de miedo.

En un instante, mientras me bañaba, Antonia localizó el programa *Yo me llamo*…Y se quedó pegada del desfile de crueldad donde un jurado castiga los sueños enfermizos de la fama. Ella se durmió pronto, pero yo no. Tenía que despertarme antes de la una para salir hacia Tabatinga. No teníamos despertador.

Salió radiante con su morral rosado y una sonrisa franca y libre.

SEGUNDO DÍA. MARTES 14

Nos levantamos con sueño, habíamos dormido poco y yo sobresaltado por el miedo a quedarme dormido. El taxi nos esperaba muy cumplido en la puerta del hotel. Atravesamos Leticia y llegamos a las dos de la mañana a Tabatinga. El panorama del puerto no era tranquilizador. Algunos amanecidos deambulando por ahí, algún borracho más allá. Fuimos los primeros en embarcamos en la lancha. Se mecía con el ritmo del gran río. Hacía frío. Antonia estaba con nervios, pero ella sabe mantenerlos a raya cuando no se trata de serpientes —como llama a las culebras— o de tsunamis.

Santa Rosa tenía el mismo aspecto desolado y triste de Tabatinga. El barco Golfinho es largo y parece una vaina de fríjol gigantesca. Teníamos frío. Pero por fortuna sí estábamos en la lista de los sesenta

y tres pasajeros que viajarían. Nos sentamos cerca de la entrada, quizá porque nos dio miedo esa especie de subterráneo oscuro que vimos al entrar. Lamentablemente los asientos son muy bajos y no se puede mirar el paisaje sino levantándose un poco, una posición incómoda. Apenas se ven los copos de los árboles. Antonia se acomodó y terminó de dormir sobre mis rodillas. Parecía un camaroncito. Los poderosos motores —Volvo de setecientos caballos— hacen un ruido entre miedoso y emocionante al arrancar. En pocos minutos estábamos ya en mitad del Amazonas, sin poder aún verlo. Eran las cuatro y media de la mañana y hacía frío.

Media hora después, el "camarero" nos pasó un sánduche de carne de pescado —seguramente de pirarucú— y un café con leche que no era ni de café ni de leche. Era un hombre mestizo. El piloto, un hombre blanco. La velocidad promedio del barco es de sesenta kilómetros por hora y, por tanto, se nos informó que llegaríamos a las cuatro de la tarde "si no hay obstáculos", nos advirtió como curándose en salud. Google Maps funcionó: con los primeros rayos de luz, dejábamos atrás la punta occidental del trapecio amazónico. Antonia se despertó, conversamos un ratico y luego quise contarle algo de la llamada Guerra con Perú de 1933.

Cuando todo lo que hoy es Colombia, Perú, Ecuador, Venezuela —y muchos otros países— era de España y teníamos rey, había tres grandes virreinatos: México, Perú y Santa Fe o Nueva Granada. Colombia, Venezuela y una parte de Ecuador pertenecían a este último. Pero los límites entre uno y otro país dentro de los virreinatos eran muy inexactos y sobre todo en la Amazonia, que era una tierra desconocida. Después de que nos independizamos de España en 1810, los países aceptaron que los nuevos límites entre unos y otros serían los mismos de antes. Es decir, muy pocos.

Un siglo después, en 1922, Colombia y Perú resolvieron definir sus límites. Colombia llegaba hasta un río que nace en Ecuador y bota sus aguas al Amazonas, llamado Napo. Un río importante, grande. Los que definieron la nueva frontera, unos señores muy elegantes y ricos de Bogotá y Lima, no tenían ni idea de estas regiones amazónicas, pero al

final se pusieron de acuerdo en que Colombia debía tener acceso al río Amazonas por algún lado. Tomaron regla y compás y trazaron los límites desde sus oficinas. De allí salió lo que se ha llamado el "Trapecio Amazónico colombiano". Los colombianos fundaron una ciudad en una de las puntas, que da contra Brasil, que hoy es Tabatinga. La llamaron Leticia, que era el nombre de la hija del cónsul británico en Iquitos. Inglaterra influyó mucho al trazar ese límite. Pero a los peruanos nunca les gustó ese trazado, querían que Perú llegara hasta el río Caquetá, mucho más al norte del Putumayo, que fue el límite acordado entre los dos países; de ese río se desprende el trapecio del que te hablé. (Tienes que buscar un mapa para entender dónde quedan esos ríos y esas fronteras.)

Bueno, una noche los peruanos decidieron tomarse Leticia a bala. Los tres policías colombianos huyeron muertos de susto y se refugiaron en Tabatinga. El presidente de Perú, el general Sánchez Cerro, reconoció la invasión a Leticia y el presidente de Colombia, Enrique Olaya Herrera, le declaró la guerra a Perú. El Ejército colombiano era débil, tenía pocos aviones y ningún barco de guerra. El embajador colombiano en París, el general Vásquez Cobo, compró un pequeño acorazado en Francia y se vino hasta Cartagena, donde reclutó un poco de marineros y se fue por mar hasta la gran boca del Amazonas, subió por el río, tomó luego el Putumayo y entró a la pelea en Tarapacá, en Putumayo, límite con Brasil, de donde sacó a los peruanos.

Mientras tanto, el Gobierno colombiano mandó el Ejército dividido en dos: una parte llegó a Tumaco por mar y echó a pata por la cordillera hasta Mocoa y luego hasta Puerto Asís para detener a los peruanos que avanzaban por el río Putumayo (mapa, Antonia, mapa). Al otro pedazo lo llevaron en tren hasta Neiva y de allí a pata hasta Florencia y de ahí trochando selva hasta Putumayo o, más exactamente, el pueblito de Güepí, donde fue la pelea. Pero en Colombia había una compañía de aviación llamada Sociedad Colombiana de Transporte Aéreo (Scadta), creada por pilotos alemanes de la Primera Guerra Mundial (1914-1918). El Gobierno nacionalizó la empresa, compró otros muchos aviones, puso a los pilotos a manejarlos y atacó a Perú en Güepí por aire.

Fueron esos pilotos y esos aviones los que detuvieron a Perú y lo obligaron a negociar cuando, por casualidad y sin tener nada que ver Colombia, mataron al presidente Sánchez Cerro. Entonces los diplomáticos arreglaron el problema. Para hacer la guerra, el presidente Olaya puso en todas las ciudades y pueblos de Colombia unas cajas de hierro con un hueco por donde la gente echaba sus joyas para comprar el barco, los aviones y armar la tropa. Mis abuelos echaron a la caja sus argollas de matrimonio.

EL YOPAL

Antonia mía:

Me temo que el Llano se está acabando como tantas otras cosas que hemos querido. Como los koguis con su silencio, como los negros con su alegría, como los ríos, como las selvas. Hoy estoy en El Yopal o, como se llamaba antes, El Morro, porque queda a la pata del cerro, una sierra de la cordillera Oriental. Pasamos por el lado cuando íbamos para donde el Cholo Valderrama. Cuando yo conocí este pueblo se llegaba desde Sogamoso por una carretera embarrada y peligrosa. Creo que gastábamos todo el día en un jeep; yo trabajaba en el Incora, tratando de hacer reforma agraria. Los vaqueros amarraban sus caballos en el parque. Iban de pata al suelo, se tomaban sus aguardientes y volvían al hato.

Ahora estoy en un hotel de la cadena Hilton, cinco estrellas, es decir: con alfombra roja en la entrada, tarjetas de crédito, paredes con paisajes y meseros uniformados que dicen OK cuando se les habla. Desde el octavo piso, donde estoy, se ven condominios, conjuntos en cemento y aluminio, avenidas, centros comerciales. Han invadido todo. Las palabras que antes tenían sentido —bastimento, morrocoy, hallacas, chimú, coleo, cuatro, capachos, criollo, pariente— se usan ahora para bautizar barrios, restaurantes, heladerías, cafés, almacenes. Las cotizas desaparecieron, ahora solo hay zapatos de tacón.

Y el Llano allá en el horizonte por donde llegan los atardeceres. Y yo aquí, preparando una conferencia sobre la paz, la que no quieren. Me consuela escribirte y saber que tú también, algún día añorarás lo que alcanzaste a conocer, a vivir y a querer. Quizá solo eso me consuela.

CHAQUEVÁ

2017

Voy a intentar hacer una crónica del último viaje a Chaquevá, con la ilusión de que mi texto sea una invitación para que todos los que fuimos lo complementemos.

Yo había regresado de la "concentración" del equipo de la Comisión de la Verdad con cierto malestar en la garganta, que por la noche de ese sábado 23 de diciembre era ya una gripa hecha y derecha. La voz me fallaba, pero, aunque nunca había tenido este síntoma, asumí que era un catarro común y corriente. El día de Navidad la voz se fue. Era cómodo no tener que hablar. Pasé la noche algo abatido y, naturalmente, silencioso. El Catire andaba peor: enrollado encima de Gladys sin musitar palabra. El 25, los síntomas ya eran crónicos: dolor de cuerpo, garganta y cabeza; mocos, fiebre, estornudos. No había, claro está, ni el asomo de una renuncia a un viaje tan preparado y cargado de ilusiones, y menos postergarlo. El 25 habían estado los muchachos —y también las muchachas— empacando y cargando la camioneta. La otra parte de trasteo la llevaba un Aro Carpati, campero famoso en las zonas de colonización por su fuerza y resistencia. Fue un carro producido por los soviéticos en su guerra contra Afganistán. Habíamos recibido fotos del trasteo.

Así que el 26 a las tres de la mañana volví a pitar con el estridente aparatico que nos ha acompañado en varios viajes y que sin duda representa el principio del orden. Todos estábamos felices. Un estado febril casi alucinado nos poseía a todos. La noche, las risas, los comentarios y esa sensación de provocadora incertidumbre que nace antes de un viaje dominaban el ánimo de todos. Un pitazo largo y

comenzó la aventura del Llano. Una sensación que María Elvira y yo vivimos desde niños y que nos hace sentir vivos a todos los viejos que nos enseñaron a viajar de madrugada en un horizonte lleno de promesas y dificultades. En la camioneta negra, con Frank al timón, íbamos María E., Antonia y yo; en el carro verde, Juan, Ema, la Gorda, Goyo y Pablito; en el de Jero, Mateo, Mónica, Ilé e Ilona; en la camioneta roja, Catire, Natalia, Sofía, Adrianita, Juan Carlos y Dani; en el gris de Gladys, Marcelo, Ale, Felipe y el gran Damián. Salimos al cuarto para las cuatro.

En Ventaquemada nos alcanzó el día. Tomamos un tinto chirle con aguapanela, alguien una arepa boyacense, dulzona y pastosa, y hubo un reacomodo en los carros: Antonia y yo nos pasamos a la camioneta roja porque la negra me fastidió, no solo por los vidrios oscuros que me impiden saber dónde estoy, sino porque no se puede abrir las ventanas y el aire acondicionado habría agravado mi gripa que, por lo demás, estaba cada vez más avanzada y molesta.

El paisaje entre Tunja y Duitama es bello: colinas suaves, tierra trabajada y un aire limpio. En la mitad del trayecto, en una vereda llamada Maguncia, se construyó en los años sesenta un embalse para nutrir el distrito de riego de Firavitoba y Tibasosa, proyecto en que participé como empleado del Incora. Hoy la represa está totalmente colmatada y las vacas pastan en lo que fue el fondo. En esa época, conocí y trabajé con los campesinos de esos valles —incluido el de San Rafael, situado entre Duitama y Sogamoso—, porque el distrito de riego se había hecho antes que el estudio de salinidad de los suelos, lo que implicaba que el agua podía sacar más a flor de tierra la sal y arruinar la agricultura. De todas maneras, yo hice mi tesis de licenciatura en esa región con una metodología funcionalista tan clásica, que tuve que hacerle un prólogo criticándola.

Nos detuvimos a desayunar un poco arriba de Sogamoso, en un punto que domina el valle y las estribaciones de la loma que hace orilla a la gran laguna de Tota, un humedal natural rico en una época en trucha, y hoy envenenadas sus aguas por los venenos con que se cultiva la cebolla junca. La rentabilidad del cultivo es tan alta que la tierra se

arrienda por surco. El paisaje es apacible y amable —y muy “hermoso” para aquellos que gustan de las lagunas cristalinas rodeadas de verdes pinos—. Muy rápido se llega al páramo de Toquilla: extenso, plagado de humedales y de pequeñas corrientes de agua, y poblado de frailejones, pajonales y de una vegetación pequeña y caprichosa que hace soñar con mundos diminutos. Nacen los ríos Cusiana y Upía. Al salir del páramo en la Roca del Gallo —un formidable cañón— se cae pronto en la región de Pajarito, una colonización campesina de boyacenses que linda con Labranzagrande, muy inestable geológicamente, por lo cual la construcción de la carretera ha sido un viacrucis. Llegando a la pata del cerro comencé a sentirme peor.

Juan proponía que nos bañáramos en el Cusiana como una especie de homenaje al terrible susto que tuvimos hace treinta y cinco años en el río Unete, donde casi se ahogan Adrianita, María Clara y Santiago. Nos habíamos metido al río en un pozo de aguas aparentemente pandas sin presentir que, de golpe, se caería en una laguna corrientosa que nos arrastraba hacia aguas mayores. No hacíamos pie, los niños medio sabían chapotear y los grandes no dábamos abasto, empujando hacia la orilla a uno y a otro niño para que la corriente nos los devolviera. Mientras rescatábamos a uno, los otros dos se ahogaban. Juan logró ganar la playa y ayudó con uno de los niños, y así pudimos sacar a los tres pequeños de esas aguas que terminamos odiando y que nos obligaron a buscar un lugar más tranquilo.

A Aguazul llegamos con hambre. Es un pueblo que fue muy llanero, gran productor de arroz y donde las corridas de toros de lidia son muy famosas. Vienen a torear figuras españolas y colombianas. Es además la sede del DAS Rural. Un grupo creado en los años cincuenta por el Mocho Romas, excoronel del Ejército, con el fin de liquidar a los excomandantes de las guerrillas del Llano. Muchos muertos se deben guardar en sus archivos. Pasamos de largo para llegar con tiempo a instalarnos en el hotel de El Yopal donde habíamos reservado habitaciones para todos. Pero tan pronto vimos el edificio y la cara de Alejandra que salía de mirar los cuartos, supimos que teníamos que cambiarnos. Alejandra, Adriana y Felipe se quedaron buscando un nuevo alojamiento mientras el resto comíamos una carne dura y rejuda

en un asadero. Pero consiguieron un hotel encantador: con un corredor interno lleno de matas, lo que le da una gran frescura.

En ese momento, la gripa, digo, ya era bronquitis. Una tos abigarrada me quitaba el aire y sentía accesos de asfixia muy angustiosos. Estaba desganado, tristón y con un poco de miedo. Me acosté temprano, pese a saber que un gran amigo, el Cachis, venía a visitarme. Pero la debilidad era manifiesta. Dormí bien, pese a todo, pero cuando amaneció, Antonia no había llegado. Más tarde llegó la médica, una mujer bonita y amable que me examinó y me dio una nebulización. Dijo que sería preferible que no viajara ese día, pero viajé. Todo el paseo dependía de mí y a pesar de que los niños podían seguir felices en la piscina y las señoras no menos felices haciendo compras, a las 10 a. m. salimos rumbo a Orocué.

Del viejo Llano, del que conocí en San Martín en el año 1954, en Colombia solo existen dos regiones: una es lo que llaman Centro de Llano, que queda en las costas del bajo río Casanare y fue el Llano que vimos ese día por la carretera hacia Orocué: sabanas, sabanas con madrinas de ganado, partidas de caballos —tal cual vaquero de poncho—, viento y esa raya lejana e infinita que marca el lindero de las nubes con los pajonales. La mitad de la carretera está pavimentada y la otra mitad destapada. Da cierta nostalgia que todavía existan esas trochas de paso lento que terminan por mecer y adormilar a los viajeros mientras el sol estalla en la sabana. Llegamos hacia las siete de la noche a Orocué. Un pueblo que a nosotros, los Molanos viejos, nos recuerda la muerte de nuestro primo Francisco González, el hijo y sobrino predilecto de nuestros mayores, el estudiante que se ganaba todas las becas, que había salido de Los Andes para el MIT y que representaba el éxito asegurado hecho de esfuerzo personal.

Había llegado de Holanda lleno de honores antes de Navidad y justamente el 24 de diciembre habíamos estado hablando de Camilo Torres, mi profesor y amigo en esa época. Me sorprendió su apertura hacia los planteamientos del cura y yo le perdoné, digámoslo así, ese pasado de muchacho lambón de colegio donde siempre era el primero y el ejemplo que tanto los curas como la familia nos ponían a los tres

vándalos que éramos con Alfonsito y Juan Manuel, hermano de Francisco. El 26 de diciembre de 1963 viajó a Orocué con otros compañeros de Los Andes, entre los cuales estaban los Pardo Koppel. Alfredo era compañero de Francisco en el Cervantes y luego en la Universidad, y sobre ellos se hablaban bellezas en la familia: eran muy ricos, muy encopetados y claro, muy clasistas. A mí me caía muy mal Guillermo, el menor, que iba en el curso de Alfonsito y que la muchacha del servicio, vestida de blanco, llevaba de la mano al colegio.

El 28 de diciembre llamaron a mi papá de Orocué a decirle que Francisco había tenido un accidente y había muerto. Fue justamente mi papá quien tuvo que darles la noticia a mis tíos, que desde ese día no volvieron a vivir. Después de tres días su cuerpo llegó a Bogotá en un cajón de madera hecho de afán. Tenía destrozado el abdomen y en la cara muchos perdigones. La explicación de los Pardo era que Francisco se había resbalado, se apoyó en la escopeta y el arma se disparó. Nadie creyó, pero al fin, pienso ahora, nadie estaba tampoco dispuesto a un pleito con los Pardo Koppel. La cosa queda sí, viva. Años después, pasé por Orocué y me contaron que Francisco había muerto pasando el Meta y que uno de los niños Pardo Koppel —quizá Guillermito— fue a quien se le disparó la escopeta.

Orocué fue fundado con el nombre de San Miguel de Macuco por los jesuitas en 1730 como un punto de avanzada y vigilancia contra el expansionismo portugués hacia el Orinoco y es famoso por tres cosas al menos: fue lugar de extrañamiento de un grupo de opositores radicales al gobierno de Reyes —llamado El Quinquenio— a principio del siglo XX y estuvieron allí presos, entre otros, Miguel Abadía Méndez y Carlos Martínez Silva. Segundo, se dice que José Eustasio Rivera escribió en Orocué apartes de *La Vorágine* cuando fue miembro de la Comisión de Límites con Venezuela en la década de 1920, amparada por la reina de España María Cristina de Habsburgo; tercero, de Orocué salieron las guerrillas de Guadalupe Salcedo en 1952 a dar el gran golpe de El Turpial, cerca de Puerto Gaitán, donde los llaneros liquidaron un destacamento del Ejército, casi todo con arma blanca, que se constituyó en un golpe decisivo contra Laureano

Gómez y facilitó, además, el golpe de Rojas Pinilla.

Hacia las ocho de la noche nos estábamos acomodando en el hotel La Alejandra, en las afueras del pueblo. Un lugar en pleno llano, vía Remolinos. Comimos bien atendidos por la administradora y todos estaban felices y alegres. El aguardiente había abierto caminos. Los niños brincaban, los jóvenes se mamaban gallo y los viejos conversábamos sobre nada. Yo andaba, sin embargo, mal. No solo eran los bronquios tapados y la tos seca lo que me molestaba, era sobre todo una debilidad que me obligaba a buscar asiento. Cada día es más patético el hecho de que la cabeza de los viejos funciona sin darse cuenta de la edad del cuerpo. O se da cuenta cuando el cuerpo se lo recuerda de manera bastante brusca, por lo demás. Mi cabeza se sorprende y se irrita porque mi cuerpo necesita sentarse en un poyo mientras camina veinte metros.

La noche fue plácida, pero el amanecer triste porque sentía el pulmón demasiado congestionado de flemas. Debí pensar que esta condición era la causa de mi extrema debilidad. Recuerdo haber desayunado muy poco. Los “paisas”, como llamábamos a la familia de José Omar, habían llegado en la noche. Algunos teníamos que cambiarnos de habitación porque decidimos quedarnos otro día, una decisión que se tomó a mis espaldas y en mi favor. La agradecí porque me sentía acorralado. Las niñas —Adriana y Alejandra—, convertidas en ejecutivas, redistribuyeron los espacios para la noche. Para mí fue un día plano, compensado por sentir el Llano. Aunque no se esté viendo, la impresión del horizonte abierto modifica la sensación con uno mismo porque cambia la luz, cambia el viento, pierdo hasta cierto punto mi identidad geográfica y los límites desaparecen y me dejan libre. Sensación que no siempre es bien recibida.

Traté de leer, de ocuparme, de descansar en un chinchorro, pero todo estaba subordinado por la debilidad. Por eso les comenté a la Gorda y a Antonia que, de seguir así, yo debía pensar en devolverme. A lo que ambas opinaron que, de ser así, se acabaría el paseo. Almorcé muy poco. Era un sancocho espeso de gallina que no me pasó, pero que la mayoría gozó y hasta repitió. Los “paisas” hicieron mesa aparte. Muy

discretos habían mandado cocinar espaguetis con salsa de arveja verdiseca. Pero la integración intercultural fue suave. Cuando la gente se deja mamar gallo y, a su vez, mama gallo, todo está hecho.

Esa noche no hubo comida, pero hubo presentación en vivo de un grupo criollo de joropo contratado por Jerónimo. El conjunto tenía unas cuerdas que cumplieron, un cantante que usó la mayoría del tiempo en "complacencias" y demás recursos distractivos para aumentar la demanda de actuación musical y tratar de alargar el contrato. Cantaban una niña de doce años, con futuro, y un "capachero" al que se le caían los capachos de tanto en tanto. El cantante, mal coplero, tenía una voz alta y metálica que se rindió al micrófono. Usualmente los grupos criollos se niegan a los parlantes, lo que da a la fiesta un tono auténtico que obliga al auditorio al silencio para poder oír. Parecería otra buena costumbre arrollada por el progreso. La gente se animó a bailar poco a poco y el cantante dio clases de baile y pescó en balde. Hay que reconocer que bailar un joropo no es fácil por más buena voluntad y recia personalidad que se tenga. La libertad de interpretación fue la nota dominante: a unos el golpe les sabía a salsa; a otros, a tango; a no pocos, a bambuco, y al resto a valsecito criollo. A Mateo se le pidió que tocara un cuatro nuevo que compramos por acciones para oír al "cuñao". Pero Mateo, enfurecido por la calidad del aparatejo, dijo que no era un instrumento musical sino una artesanía para vender en los aeropuertos con las tortugas de balso. Total, ni modo. La noche estaba limpia y fresca, soplaba ese viento de sabana que viene de lejos.

Presumo que los jóvenes se quedaron bebiendo. Estaban descansados y quedaron ensayados con el joropo. Yo dormí entre ataques de tos y desvelos. Y no amanecí bien. La gente empacó rápido, se le sentía la gana de atravesar el Meta y de medírsele a la trocha. Orocué ha sido un puerto ganadero que recoge el ganado desde Trinidad y Nunchía hasta Maní y Santa Helena. Se embarca para subir hasta Puerto López o para bajar de contrabando hacia Venezuela. Con la ampliación de las carreteras, los barcos ganaderos se balancean ociosos en el río, y las "posadas ganaderas" se acabaron.

Al paso del Meta llegamos aclarando. El planchón era grande y seguro. La brisa de madrugada corría, el sol se abría paso con cierta timidez, las aguas corrían con la solemnidad que adquieren cuando son profundas. Todos estábamos alegres. Quizá ninguno sabía que una de las cabeceras del Meta se forma con aguas del río Blanco, nacido a espaldas del pueblo de La Calera, que en La Unión —donde murió Abadía Méndez— forma con el Negro, el río Negro, y que cuando entra al llano se llama Guayuriba y en Puerto López se llama Meta, juntando las aguas del Humea, del Guatiquía, del Metica y del Humadea para formar una estrella fluvial que quiso ser el puerto de Bogotá sobre el Atlántico.

Los cultivos de pino maderable y caucho enmarcan la trocha desde el Meta hasta la carretera que une Puerto Gaitán con Puerto Carreño. Miles de hectáreas que se prolongan hasta La Primavera. Desayunamos cualquier cosa en la primera tienda, cerca de El Viento, y continuamos. Yo me sentía bien, e inclusive manejé la camioneta roja. Íbamos alegres y, como siempre, de tanto en tanto parábamos y nos tomábamos un trago, frecuencia que aumentaba a medida que calentaba el sol. La trocha estaba seca, pero sigue siendo un camino en pésimo estado, transitable solo en tiempo seco. A medio día Catire se enterró. Manejaba la camioneta y trató de pasar por una franja muy estrecha entre dos charcos, uno evidentemente hondo. El carro se le resbaló y quedó hundido en el agua más gredosa. Quedó, pues, pegado. El Paisa se puso al frente del equipo de salvamento. Daba órdenes en una voz con tonos uribistas, gutural-nasal. Se montaron en el estribo para darle peso a la camioneta, pero la solución ayudaba a enterrarla más y más. Frank trajo la camioneta negra, le amarró la roja y la sacó sin mucha dificultad. El Catire tuvo que pagar su ingenua y pretenciosa osadía con burlas y sátiras.

Hacia las dos llegamos a Tres Matas, pueblo empujado por la coca que ahora quieren volver municipio. Comimos galletas, gaseosa y cerveza, y rematamos con unos aguardientes. A las cuatro de la tarde llegamos al sitio donde el Guaz se había varado. Gran alegría porque ahí iba gran parte del mercado para el Paisa y corotos para nosotros, incluida la bomba de agua. Volvimos a destapar gaseosa, cerveza y enlatados.

Fue entonces cuando me dio el primer dolor serio en el pecho. Un dolor que se anunciaba en los antebrazos y que se concentraba en el pecho para luego subir contra las muelas de abajo. Dolían las muelas, dolía el pecho, dolían los antebrazos. Dolores rodeados de angustia y de dificultad en la respiración. Desde hacía tiempo, yo había aceptado el diagnóstico —hecho por mí— de que esos dolores eran efectos de un gas encajonado en el diafragma originado en una hernia hiatal, que en realidad tengo. De tanto en tanto sentía esas molestias con diversa intensidad, pero —real también— solían pasarme con un eructo fuerte que yo facilitaba dándome golpecitos en el pecho como a un bebé. Ese día también usé el método y alguien me aconsejó que me tomara una gaseosa entera para que los gases salieran más fácilmente y en tropel. Que los que metía con la gaseosa sacaran los encerrados. Se agregó también golpes en la espalda para ayudar a la salida de los gases. La terapia no dio resultado. Los dolores se intensificaban por momentos; yo sentía la necesidad urgente y perentoria de un auxilio. De la ayuda inmediata de alguien o de algo: un médico, un brujo, un dios. Recuerdo sentir no solo angustia sino desesperación y, sobre todo, intolerancia hacia las fórmulas o ayudas que todos trataban de darme. En esos momentos todos sacan de sus miedos fórmulas que yo no estaba en condición de atender porque toda mi atención estaba puesta sobre el dolor en el pecho. Poco a poco el dolor fue desapareciendo. Yo me había sentado y trataba de quitarle importancia al episodio.

Comimos unos sánduches, nos tomamos unos aguardientes y seguimos porque ya se estaba haciendo tarde y todavía nos quedaba el paso del río Muco en planchón. Una hora después, cuando la tarde estaba cayendo, llegamos al Muco. El planchón estaba amarrado a la orilla, pero no estaba el motorista. Comenzamos a llamarlo a grito herido, a lo que agregamos pitos y la sirena de la camioneta negra. Nada. La noche entró, las chicharras y las ranas se alborotaban, un coro tropical ensordecedor. La luna hizo su lenta y solemne aparición. Fue entonces cuando me dio el segundo ataque, esta vez más fuerte.

El diagnóstico fue el mismo: un gas encajonado, el tratamiento, idéntico: golpes en la espalda que fueron aumentando en fuerza a medida en que la gente se angustiaba. El que pasaba a mi lado y me

miraba agachado, tosiendo y babeando, adolorido y desesperado, se calmaba soltándome en las espaldas un golpe. En mi desesperación toda iniciativa me parecía fastidiosa e inoportuna. Yo quería solo que alguien o algo me quitara el dolor. Trataba de vomitar, de respirar profundo, de abrir el pecho, pero el dolor estaba ranchado y sin dar tregua. El médico resolvió darme un alka-seltzer con unas goticas homeopáticas. Nada. El dolor y la desesperación no hacían concesiones. Recuerdo la mirada de Goyo, angustiado, como esperando lo peor. Yo también mirándolo pensé lo mismo. "Esto se puede acabar aquí". María E. me frotaba las sienes con tres hojitas de tres maticas distintas; Adri trataba de calmarme acariciándome la frente; Juan miraba con una angustia contenida que yo traducía como si estuviera descubriendo que yo estaba en las últimas. Y en las últimas me sentía: impotente, adolorido, tratando de expulsar por la boca el animal que tenía adentro. Sudaba frío, empapé la camiseta. Las piernas se me aflojaban. Caminaba de un lado para otro como si cambiando de sitio unos metros el dolor se quedaría en alguno.

La luna se había ya descarado y alumbraba a plenitud. De golpe alguien gritó: ¡Llegó el pasero! Todos nos tranquilizamos porque la perspectiva era negra: quedarnos a dormir entre los carros. El dolor seguía apretándome el pecho; sentía, además, la angustia en la mirada de todos. Se comenzó a pasar los carros. El primero, Marcelo. Había que entrar al planchón —muy estrecho por lo demás— en reversa. Flotaba cierto escepticismo en la maniobra. Marce, muy dispuesto y sereno, soltó el yip lentamente, lo ubicó frente al planchón y con ayuda de varios —el médico, los hijos del médico, Juan y Catire— logró "embocholar" bien, y todos respiramos tranquilos. Después fueron pasando todos los carros, no sin peligro y dificultad en la salida del planchón a la trocha que, en realidad, era casi un salto. El Catire y Juan, por el nerviosismo que acechaba, estuvieron a punto de caerse al río en el último paso. El dolor en mi pecho se atenuó, pero se quedó a vivir una gran inseguridad que por momentos se convertía en miedo.

Pasado el Muco —el Rubicón del momento—, la reversa era más difícil y la perspectiva de que el ataque repitiera en Chaquevá era grande. Mientras esperábamos a que todos atravesaran el río, volví a sentirme

mal. El dolor no era agudo, pero amenazaba. El médico insistió en sus glóbulos homeopáticos que golpeaba dentro del frasco diez veces antes de dármelos. Como no me aliviaban, optó por sacarme el dolor con sus manos por encima de mi camisa, agitándolas de abajo para arriba, desde el ombligo hasta el cuello, haciendo al mismo tiempo una vibración con los labios. María E. recogía tres hojitas del bosque, las machacaba y me las pasaba por encima del pecho. Desde lejos la situación debería parecer entre cómica y dramática. La noche ya había entrado toda entera y la mata de monte no dejaba entrar la luz de la luna. Yo pensaba en llegar a Chaquevá esa noche y después de dormir y descansar, y si el dolor continuaba, regresar a Bogotá solo. Era muy difícil romper el plan que habíamos hecho durante tanto tiempo. Llegar a Chaquevá, así fuera por una sola noche, dejaba al menos el consuelo de no haber sido derrotados.

No sabíamos con certeza a qué distancia estábamos de la finca. Estábamos llenos de dudas porque otra solución era seguir esa noche para La Cristalina sin torcer a Chaquevá. Esa era por lo menos mi idea. Fue cuando Juan llegó agitado al carro donde yo descansaba, elucubraba y esperaba un nuevo golpe. Me dijo: Devolvámonos y salimos por Tres Matas a Gaitán. El médico lo apoyó. Yo vislumbré una conspiración entre los dos. De la oscuridad salieron los ojos de todos apoyando en silencio la idea de Juan. Yo no quería desprenderme de mi plan: llegar a Chaquevá. María E. dijo: Yo lo acompaño y regresemos ya. Antonia dijo: Yo me voy con mi abuelo. Pasaron unos instantes largos. Apreté a Antonia sobre mi pecho, le di un beso y dije, me devuelvo. María E. insistió: Yo lo acompaño.

Y comenzó una de las despedidas más tristes entre todas las despedidas tristes que yo he vivido. Cada uno de los viajeros se me acercaba, me daba un abrazo y rompiéndolo —así lo sentía yo— se retiraba unos pasos sin dejar de mirarme mientras otro pasaba, me daba un beso y daba pie atrás. Fue un rompimiento en cadena de la cadena que nos había unido en el viaje. Sin que nadie lo dijera, todos temíamos que podía ser una despedida mayor porque a esas alturas ya nadie creía que era un gas atravesado sino un infarto, o por lo menos algo muy parecido. La despedida de Antonia en el puerto, ya con la

camioneta enmarcada, fue para mí terrible y dolorosa. Sentía que contenía las lágrimas mientras me apretaba la mano. Recordé vivamente la despedida de mi papá de María E. en la clínica la noche en que murió. Fue una despedida que ella y él sabían que era la despedida y, sin embargo, no hubo escenas. En el Muco, el desprendimiento de Antonia, cuando Adrianita le dijo “echa la pata pa lante”, tal como yo le había enseñado a despedirnos sin mirar al otro y sin detenerse en sensibilidades baratas, tuvo algo de mutilación, y en la distancia que comenzó a separarnos nació un lazo de amor solitario.

El paso del Muco, con la luna llena; el sonido del motor y del agua contra los bordes del planchón; el silencio de María E., y el montón de sombras que se quedaron con un adiós amarrado en la garganta hicieron de ese viaje un viaje eterno.

POSESIÓN DE DUQUE

Niña mía:

Ayer te conté que hoy, 7 de agosto, en Colombia es fiesta y que se posesionaba como presidente Iván Duque. Me preguntaste si siempre que los nuevos presidentes se posesionan se decreta fiesta. Te contesté que no, que es fiesta porque se conmemora la Batalla de Boyacá. Quedaste medio asombrada. ¿Ha habido una batalla en Boyacá? ¿Cuántos muertos hubo? ¿Acaso la guerra no se acabó y se firmó la paz? ¡Es triste! Estamos tan acostumbrados a los muertos, que nuestra historia no tiene fechas; sucede como en el plano de una sola guerra. Guerra que no se sabe cuándo comenzó y menos, cuándo puede terminar.

Pues bien, te cuento que el 7 de agosto es fiesta nacional —se izan banderas— para celebrar y recordar el triunfo de Bolívar sobre el ejército español en el año 1819 en el Puente de Boyacá, un puente que permitía el paso sobre el río Teatinos, que queda entre Tunja y Bogotá, pero más cerca de Tunja. Hoy es un río flaco de aguas, pero en aquel entonces —cuando todavía había bosques— debió de ser más río que quebrada. La batalla enfrentó a las tropas de Bolívar —unos 2.300 hombres— contra un ejército no mucho mayor mandado por el general español José María Barreiro. La pelea comenzó cerca de las dos de la tarde cuando Bolívar alcanzó a Barreiro, que trataba de cerrarle el paso al ejército patriota en ese sitio, y lo venció. A las cuatro de la tarde, los españoles habían sido derrotados. Unos alcanzaron a huir por la cordillera para llegar a Honda y poder escapar por el río hacia el sur, donde los españoles eran fuertes, o hacia Cartagena, donde podían embarcarse para España.

Bolívar y Barreiro ya se habían enfrentado unos días antes en otro sitio llamado el Pantano de Vargas, pero la batalla había quedado indecisa, es decir, ninguno había ganado. Las tropas de Bolívar venían muy cansadas porque habían trepado la cordillera Oriental, desde los Llanos que tanto queremos. En cambio, los españoles estaban frescos, esperándolos, bien comidos y bien armados. En un momento Bolívar vio perdida la batalla y, desesperado, gritó al jefe de unos cuarenta llaneros desnudos y solo armados con lanzas: ¡Coronel Rondón, salve usted la patria! Y estos llaneros se lanzaron al galope y desconcertaron a las tropas españolas, que terminaron por huir. No ganó Bolívar porque en el campo de batalla habían quedado muchos muertos y heridos de su gente, pero tampoco había sido derrotado y por eso pudo perseguir a los españoles.

Lo heroico no fue haber derrotado a los españoles, sino haberlo hecho después de subir la cordillera desde los Llanos por el camino más empinado y estrecho que había hacia Bogotá. Y para más: en pleno invierno. Tú sabes que aquí, en La Calera, y en los Llanos llueve siempre entre fines de mayo y mediados de agosto. Los llaneros llaman a ese período el de Aguas Grandes. Llueve día y noche, y los Llanos se inundan porque el agua no tiene por dónde correr y se aposenta. Venían pues Bolívar y su ejército de atravesar los llanos de Casanare, que, como te digo, estaban inundados. Los llaneros no tenían mucho problema con eso, porque sabían pasar los ríos nadando, incluso con el ganado y los caballos; sabían “descabecear” los esteros, o sea, pasar los “rebalses” por lo más pandito. Pero la cordillera les era desconocida. La mayoría de los llaneros no la habían visto porque desde el “centro del llano” no se ve, queda muy lejos. Tampoco les gusta: dicen que la mirada se les estrella. Tienen razón: en el llano se mira lejos.

El ejército patriota fue creado por dos hombres importantes: Francisco de Paula Santander y José Antonio Páez; el primero nacido en Villa del Rosario, cerca de Cúcuta, y el segundo puro llanero, de la región del Apure, en Venezuela. En esos días no había dos países. Lo que hoy es Venezuela era parte del Virreinato de la Nueva Granada, del que Bogotá era la capital. En los llanos se creó, pues, el ejército patriota. Te he hablado de patriotas, pero sé que no sabes quiénes eran. Sabes

sí, que España había conquistado a sangre y fuego a América. Por allá a fines del siglo XVII, los españoles que se habían enriquecido se aburrieron de que el rey de España, que vivía muy lejos —a 10.000 kilómetros— los mandara sin darles nada a cambio. Esos españoletes se llamaron "criollos" o "patriotas", porque habían nacido en América y no querían al rey. Los otros españoles, que eran los más ricos y los que mandaban, se llamaron "chapetones"; eran fieles al rey y al virrey, y, por tanto, enemigos de Bolívar.

Pero déjame contarte lo que me parece más heroico de esa gente que iba a la guerra con Bolívar: la gran mayoría eran llaneros, acostumbrados a comer solo carne y mañoco; usaban un pantalón recortado abajito de la rodilla, que llaman "tuco", o sea, recortado. Vivían del ganado y por eso andaban a caballo. Santander y Páez los reclutaron, y Bolívar los organizó para subir la cordillera. Lo hicieron por el sitio más difícil para que no los detectaran y poder así darle la sorpresa a Barreiro. A los españoles les gustaban más las tierras frías porque no había tantos bichos y se enfermaban menos.

Los soldados de Bolívar eran tropas mal comidas, mal vestidas y mal armadas. Solo los oficiales tenían botas de cuero y usaban uniformes. Pero los soldados llaneros iban en meros tucos. No conocían los zapatos porque no los necesitaban, andaban a pie limpio. El camino era pedregoso y cada vez hacía más frío. No todos iban a caballo, quizá solo unos doscientos de los 3.000 que salieron de los lados de Paz de Ariporo, donde, ¿te acuerdas?, fuimos a campar en el hato del Cholo Valderrama con Goyo. La comida, o sea, la carne, era escasa porque el ganado iba a paso más lento que la tropa y había que esperar a que llegara para poder comer. Algunos soldados llevaban a sus mujeres, que les cocinaban, pero también iban detrás de las tropas. Así que poco comían y el frío era cada vez más fuerte. Sufrían de soroche y se morían congelados, otros se morían de pura hambre. Y, además, tenían que cargar las armas —algunos cañones— y a los que se enfermaban. El camino era muy empinado. Yo lo recorrí hace ya años y te digo que casi no coronamos. En el puro páramo, llamado de Pisba, la niebla es tan densa, que nos perdimos, y así dicen que les pasó a muchos soldados de Bolívar. Es que no se ve a dos metros.

Las tropas patriotas llegaron a pelear medio desnudas, hambrientas y débiles, y así derrotaron a las tropas del rey, que ese tiempo se llamaba Fernando VII, con quien Bolívar había jugado a la pelota en Madrid. Los patriotas siguieron para Bogotá, donde los esperaban quienes no habían salido corriendo porque temían que Bolívar los matara. La guerra era a muerte. Bolívar no lo hizo y no mató ni siquiera al general Barreiro ni a los cuarenta oficiales a los que había derrotado. El día que entró a Bogotá lo recibieron con arcos del triunfo y las niñas más bonitas salieron a encontrarlo (quizá Bolívar enamoró a alguna de ellas). Le hicieron una gran fiesta a la que fue con la misma camisa que venía usando desde los Llanos porque no tenía más. El virrey, Sámano, había salido corriendo unas horas antes sin decir, como dicen, ni adiós ni hasta luego.

Son las ocho de la mañana; debes estar saliendo para el colegio, hoy 7 de agosto de 2018, doscientos años después de que Bolívar derrotó a los españoles en el Puente de Boyacá.

LOS LLANOS[3]

Mi adorada Antonia:

Así comenzaban los viejos las cartas a sus nietas, poniendo Los Llanos para que se supiera que aún no se habían enmaniguado, porque era bien sabido que los Llanos se tragan a las personas, se las engulle la selva o la sabana, se enamoran de ellos y no vuelven a salir ni a nadie quieren ver. En realidad, no estoy en los Llanos sino en el Piedemonte; llanos son aquellas sabanas desde donde ya no se ve la cordillera, donde la curva del planeta la oculta.

El viaje desde Bogotá fue desastroso. Más largo que la primera vez que la recorrí, hace más de sesenta años, cuando la carretera tenía unos diez años de haberse comenzado a construir. El martes pasado duramos doce horas por una de las vías alternas, la llamada de Guateque o San Luis de Gaceno; la otra alterna es por Sogamoso-El Yopal, que es la que te gusta. La llamada tan pomposamente "autopista al Llano" se cierra cada dos o tres días por deslizamientos, sobre todo en el kilómetro "62 más 200", dicen los ingenieros para posar de exactos. Pero para nosotros los viajeros es en la Petit Source, donde construyeron unas grandes cachuchas de cemento armado y el derrumbe se les viene entre una y otra o por encima. Total, no hay máquina que logre despejar rápido.

Cuando yo conocí el Llano, un día de invierno de junio de 1954, había "cadena" —y la hubo mucho tiempo, quizás unos veinte años—. Consistía en que en determinados sitios había una cadena de hierro que no dejaba pasar y que un hombre subía o bajaba casi siempre con su par de aguardientes en la cabeza, lo que suponía un peligro

inminente: podía abrir antes de que los de la contravía llegaran y hubiera un encontronazo que obligaría al equivocado a devolverse en reverso varios kilómetros. En ciertas zonas cerca al Chirajara la banca era para un solo vehículo. Y había cadena porque estaban erigiendo la carretera, lo que significaba explotar la roca con dinamita y luego sacar el material caído sobre la vía. O también, claro está, abrir la brecha con buldócer metro a metro. Se van a cumplir cien años de una lucha a muerte entre la cordillera y los que en su momento fueron nuevos llaneros. Llaneros de Piedemonte. Porque los viejos llaneros sacaban el ganado a pie y comían lo que daba el Llano. Llegamos, pues a las seis y media de la tarde habiendo salido a las seis de la mañana.

Al otro día seguimos para San José del Guaviare; otras ocho horas largas por una carretera bien pavimentada. Cuando la conocí hace veinticinco años era una trocha en la que se gastaban dos días en pasarla y hasta tres en invierno. Tenía unos bajos encharcados de donde difícilmente se salía sin *wincher*, pero normalmente los pasajeros terminaban empujando el bus hasta coronar el "seco" para volver a caer en otro "pegadero" un par de kilómetros más adelante. Uno terminaba siendo amigo del vecino de asiento, luego con los de adelante y con los de atrás y, por fin, de todos los pasajeros. Nos emborrachábamos, cantábamos y de ahí nacieron no pocos matrimonios. La llegada a San José era triste: teníamos que despedirnos de quienes se habían convertido en nuestros íntimos amigos porque en esos trayectos tan largos y accidentados terminábamos confesando muchas cosas.

SEMANA SANTA DE 2019

Durante varias semanas habíamos definido la ruta para las vacaciones de Semana Santa. Yo quería, de tiempo atrás, hacer un viaje en que ella viviera el paso de la cordillera; mirara los cambios de paisaje, de vegetación, de gente y sintiera las diferencias en el aire, la temperatura. Muchas veces lo hemos hecho, pero creo que sin ese preciso objetivo.

Tras examinar varias posibilidades le propuse Bogotá-Honda-Cali-Popayán-San José de Isnos-San Agustín-Neiva-Desierto de la Tatacoa-Bogotá. Suprimimos Honda e hicimos el viaje en avión para ahorrarnos dinero y tiempo.

> Para mí todo lo que dijera mi abuelo estaba bien; obviamente que estaba en descuerdo con algunas cosas porque soy peleandera y me gusta decir lo que pienso; sin embargo, en este caso estábamos felices los dos con la decisión, pero ahora que recuerdo bien, también teníamos la posibilidad de viajar hasta Popayán para ahorrarnos más tiempo, tristemente al mirar tiquetes estaban carísimos, pues Semana Santa en Popayán es muy famosa.

No obstante los preparativos —sueños de madrugada—, los indígenas del CRIC declararon el inicio de una Minga para reclamar todo lo que ha sido convenido con el Gobierno desde los años ochenta y poco se ha cumplido. Los indígenas piden mucho a sabiendas de que les dan poco y de eso, más poquito les cumplen. De tal manera que toda minga comienza pidiendo lo que no le han cumplido y aumentando

nuevas peticiones. O sea, cada minga traza el camino de la siguiente, que maduran dos o tres años para volver a la carretera, es decir, a bloquear la Panamericana. Así fue esta vez y durante dos semanas —con algunos pasajes pagos y hoteles reservados— temimos tener que cambiar el trayecto. Pensé en el oriente: norte de Boyacá-Arauca.

> A mí no me gustaba nada la idea, pues estaba muy eufórica y emocionada con el otro viaje, lloré durante dos o tres días pensando y deseando que por favor pudiéramos viajar. Muchos me decían "eso es muy peligroso", también me decían "sería una irresponsabilidad total", pero a mí no me importaba, yo quería ir a ese viaje tan maravilloso que habíamos planeado.

Pero dos o tres días antes, el CRIC, después de un mes y medio de resistencia, levantó la minga porque Iván Duque no quiso reunirse con los indios a campo abierto, alertado por el fiscal de que tenía información sobre un atentado. El CRIC cumplió su parte y despejó la vía.

Total, nosotros el 15 de abril salíamos para Cali. Antonia había llegado a las once en la noche. Se quedó donde la abuela y con sus amigas en una pijamada los días antes de nuestro viaje. El 14 hicimos maleta, miramos el mapa topográfico para tener en cuenta los cambios de altitud, la rosa de los vientos: Popayán, al sur de Cali; San Agustín, al oriente de Popayán; Neiva, al norte de San Agustín. Dormimos y a las cuatro y media tiramos las cobijas. Antonia estuvo lista sin berrinches de consentida —primer síntoma— y llegamos al aeropuerto al que nos llevó Juan. Nos desayunamos en Crepes. Ella experimentó los tales huevos poché, una fórmula francesa que le gustó. Mirándome, me dijo: "Andas serio ¿qué te pasa? No estás alegre como en otros viajes".

> La verdad es que sentía a mi abuelo como entre triste, serio y sin emoción pues siempre en los viajes está emocionado, con ganas de echar pata, con una sonrisa y mirándome con ternura; sin embargo, en este viaje no lo sentía así y me preocupaba que ya no le gustara viajar conmigo, aunque él me asegurara que no era

así.

Era cierto. Justamente unas horas antes a su llegada a Bogotá, un médico de faringe me había examinado y concluido que “no le gustaba” una herida que yo tenía en la amígdala y que había que extraerla y enviarla a patología. Yo estaba inquieto y un tanto pesimista con el diagnóstico y, sin duda, lo expresaba en mi cara o en ciertos silencios a los que soy adepto ahora.

Mientras esperábamos la salida del vuelo, le hice dos mapas: uno sobre la rosa de los vientos, una expresión que me fascina desde que la oí y mi papá me la explico en un *rond point* situado en la calle 26 con carrera décima que el gobierno de Rojas Pinilla había decretado como el punto cero de Colombia, desde el cual se medían todas las distancias del país. Centralismo brutal, muy militar, por cierto.

Entendí prácticamente todo, sin embargo, tenía mi cabeza en otro lado, pensando en el viaje y en la seriedad de mi abuelo.

Le mostré a Antonia sobre un mapa de Colombia hecho a mano alzada dónde estábamos, para dónde íbamos ese día y los siguientes, todo sobre los cuatro puntos cardinales. Ella se ubica bastante bien y distingue con facilidad dónde está el oriente.

La verdad es que mi orientación se la debo a mi abuelo, quien me enseñó que por el oriente sale el sol y por el occidente se esconde.

Le tracé otro mapa en mi libreta, el perfil de las tres cordilleras: la altiplanicie de Bogotá, el valle del río Magdalena, la cordillera Central, el valle del río Cauca, la cordillera Occidental y el Pacífico. A las nueve y media estábamos en Cali y no había podido mostrarle el Páramo de Las Hermosas —uno de los lugares más bellos para mí— porque estaba muy nublado.

También porque estaba dormida.

La Negra, una amiga mía que se había hecho también muy amiga de Antonia cuando tenía tres y cuatro años, que le había mostrado un mundo alegre sin Disney, estaba, como yo, un tanto atormentada por el desempleo. Hacía tres años vivía de nada, tuvo un cáncer en la tiroides y estaba francamente arrinconada por las necesidades más primarias hoy: casa, salud y comida. No obstante, se puso feliz de ver a Antonia. Almorzamos en un restaurante japonés de un centro comercial que resultó desastroso.

Yo, como siempre, me dejo llevar por las apariencias, mis impulsos y las primeras impresiones. Tengo que aprender, pues aunque no sea tan grave, termino perjudicándome y a los que me acompañan.

Ellas recordaron cuando Antonia sufría de una invasión escolar de piojos y resolvimos cortarle el pelo para que los remedios contra aquellos bichos antediluvianos le hicieran efecto. Fue una decisión que Antonia recordará con pavor toda su vida. También yo: recuerdo su decisión valerosa de cortarse el pelo, que tenía largo y lindo, como una muestra de amor por mí. También su tristeza y casi horror al mirarse en el espejo y ver su cara sin ese soporte que la enmarca y que tanta importancia tiene, sobre todo para las mujeres. Pero esa sensación ya estaba sepultada y solo vagamente recordada.

Los escoltas nos recogieron y salimos de Cali para Popayán, un eje de conflictos entre negros y blancos que en realidad vincula Buenaventura con la capital de Cauca. Dos polos. Buenaventura es el centro urbano de negros más grande del Pacífico, originado en la explotación aurífera del litoral. Allí se explotó el oro durante la Colonia por los Grandes de Cauca: Mosqueras, Arboledas y otros que eran a su vez propietarios de enormes haciendas productoras de miel, aguardiente y carne de res para alimentar a los esclavos que compraban en Cartagena y mantenían en las más brutales condiciones. El oro de Cauca, junto con el de Antioquia, fue el verdadero Dorado

Americano. Lo demás era plata explotada en Perú y en México. Cauca tuvo siempre una pendencia con Antioquia, quizá por esta causa. La rivalidad se basaba también en una forma distinta de explotación del oro. Los grandes de Cauca tenían esclavos sometidos, en cambio los antioqueños financiaban con comida y herramientas a pequeños mineros de aluvión y comercializaban el oro. Las fortunas de los caucanos financiaron las guerras de Bolívar contra España en Perú.

> Mi abuelo me fue explicando todo paso a paso y yo, como siempre, escuchando todas sus enseñanzas que me marcan y recordaré toda la vida.

TRES

DIARIO PARA ANTONIA
(2019)

Nota del editor: los nombres y apellidos de los médicos han sido omitidos por respeto al secreto profesional. En el manuscrito original sí estaban.

JUNIO 21

Pasan los días en vueltas, citas, dudas y dudas. La incertidumbre es la condición del purgatorio. Es estar en dos partes a la vez y en las dos sin certeza del paso siguiente que, sin duda, es una nueva duda. Quizá más punzante que las anteriores. De si tenía que ir o no al médico de los primeros días, a las citas donde unos y otros, a los exámenes que van precisando, a los diagnósticos, a las alternativas de por dónde caerle al bicho invasor, a la duda más grande ya en este punto: ¿habrá metástasis?, ¿se habrá reproducido por el cuerpo? Todo dolorcito, o molestia, o neuralgia puede ser una patica alargada del monstruo.

En este momento la duda está sobre si la operación de la amígala cancerosa —que es una cirugía mayor— se hará por el método tradicional o con robot. Ya nos inclinamos hacia este último porque disminuye los riesgos de un infarto por hemorragia, la intensidad de la radio y —esperamos— no hará necesaria la quimio. Todo camino está empedrado de miedos. Pero a la voz de disminuir riesgos, la duda se debilita y se carga en dirección de lo menos riesgoso y lo menos doloroso.

De día, aunque los miedos rondan, la rutina y la luz, la compañía reduce los miedos, los hace ver menos inminentes. Pero la noche es de los fantasmas. Llegan por todas las esquinas y me invaden cerrando puertas; avanzan con sus armas dispuestas y agresivas, me cercan, me niegan el horizonte hasta que el sueño me rescata y me lleva a otras oscuridades.

Hoy hablaremos con el doctor H., una eminencia en cuello y garganta. Convencional en sus métodos quirúrgicos. Ayer fue día de Instituto de Cancerología: corredores helados, gente entregada con la esperanza aleteando, gente del pueblo esperando con ojos de Greco. Pero

médicos corteses y personal amable conmigo. Quedé inscrito en esa cara de la moneda: exámenes por hacer, miedos por torear. Y tú siempre a mi lado, Antonia.

JUNIO 25

He tenido varias crisis de humedad en los ojos. Se desatan sin saber cuándo ni por qué, pero son fuertes. La más fuerte fue saliendo de Honda hace dos semanas. Había querido regresar a Bogotá por Cambao, la carretera que más recorrí con Antonia en un tiempo. El recuerdo de ella de seis o siete años estalló en una curva. ¡Sin más! La sentí como si estuviera a mi lado y pensé —si eso fue "pensar"— en cuánta falta le haría en el futuro. La sensación de ahogo, de contracción del pecho, de necesidad de aire y casi de dolor remató en un suspiro largo e intermitente al final. Me sentí culpable por el daño de haberla querido tanto. Y no sé ahora precisar qué prolongó un llanto silencioso, triste, no exento de una cierta alegría.

Me ha sucedido otras veces, en pequeñas dosis. Son como flechazos del pasado: una imagen del río Guayabero, otra de la Sierra Nevada, algún camino, alguna cama, alguna almohada. Es una sensación como de haber regresado al cuerpo y a los sueños que tenía en aquellos años. Nostálgico y triste también.

Ayer entendí que una enfermedad como esta, de pronóstico tan esquivo, cierra el horizonte. Todo queda congelado en la indefinición, en la incertidumbre, en la oscilación. No puedo pensar más allá. Quizá pueda soñar, pero antes los sueños eran proyectos; ahora los proyectos están cortados por una cortina negra. Tan negra y espesa como cuando entra la noche y las fieras saltan y aparecen por todos los rincones y arrinconan y paralizan. Todo se vuelve presente…

JUNIO 26

Entre tantas crudas dudas que he vivido sobre por dónde coger, si el camino real, la trocha o el atajo, llegué donde el doctor C., un joven de treinta y cinco años, despierto y vivo, más parecido a Harry Potter que a una eminencia. Llegué por consejo de mi cardiólogo, quien ha sido un ángel guardián: atento, cariñoso, solícito. La duda ha sido, desde que acepté el mal, si la cirugía se hace mediante la técnica

convencional o usando la robótica. Pero, en medio de la incertidumbre, se aparecieron otras dos soluciones, que aumentaron la vacilación: antes de la cirugía, radio y quimio, que es la fórmula Hakim. La otra, aparecida como por debajo de la mesa: inmunoterapia, carta sacada por Moreno, que reduciría el riesgo de la cirugía, sea ella robótica o no. Este caos se mueve sobre otro del que depende: la administración de mi seguro de salud, que he pagado religiosamente desde el año noventa. Cada oficina y cada corredor y cada secretaria, y ni se diga el médico, tienen un poder enorme.

El doctor C. me dijo con toda sencillez y honradez: la robótica no está suficientemente desarrollada en Colombia. ¿Sabe usted cuántas operaciones ha hecho Moreno con robots? Ese procedimiento se está aprendiendo. Concepto parecido al del doctor H.: es un juguete. Hay que poner en la balanza solo dos caminos: cirugía, aun con robótica, y quimio y radioterapia. Esta última es cruel y no siempre suficiente. El 75 % de los pacientes desertan. La otra alternativa es la cirugía y el riesgo no está en la hemorragia, sino en la anestesia con un corazón como el que usted tiene. Pero dado el carácter de su tumor y, sobre todo, de su origen, el papiloma humano, es de buen pronóstico, las posibilidades de curación son grandes. Sin embargo, usted —me dijo con seriedad, pero sin violencia— no se va a morir del cáncer, sino de la falla cardíaca. (Le entendí: en la operación o fuera de ella. La verdad, me consoló ese diagnóstico tan crudo.) Yo les sugiero —agregó — que regresen donde el doctor J. y con él decidan. Me parece que deben retomar el primer plan de vuelo. Morirme del corazón honraría la memoria de mis muertos.

27 DE JUNIO

Anoche me llegó la carta de Antonia al ministro de Salud, agradeciéndole su apoyo. Yo se la había pedido cuando le conté que él me estaba ayudando, y se lo pedí para que ella expresara la gratitud que sentimos por una persona que ni me conoce y si me conoce, sabe que soy un crítico radical del uribismo. Quería yo también ponerla frente a sus sentimientos para que bregara en expresarlos por escrito, enfrentándose a la gran dificultad de escribir lo que bulle por dentro, lo que es un sentimiento amoroso. Sabía que era pedirle un gran

esfuerzo, porque escribir lo es por sí solo, y más cuando se tiene que sacrificar "tiempo de *youtuber*", como el que le dedica Antonia a esa curiosidad de los adolescentes por mirar lo que el otro hace, que es quizás una manera de mirarse a sí mismo o de no sentirse singulares en un mundo infinito en esa edad de descubrimientos.

Escribió la carta llorando, me dijo —también yo la leí llorando—, porque tuvo que meterse a escribir quién soy para ella y qué es lo que queda de nuestros viajes, de nuestras discusiones, de lo que yo trato de sembrar en ella para mirar de otra manera. Me queda claro que la semilla de mostaza ha caído en tierra fértil. La carta es un texto ordenado: quién soy, por qué escribo al ministro y quién es mi abuelo para mí y para otros, y por qué es necesario ayudarle. Es una carta con palabras simples y profundas. Me deja la certeza de que lo que le digo llega y queda. Me dio gran fuerza.

CARTA AL MINISTRO
Miércoles 26 de junio de 2019
Querido ministro:

Espero que esté teniendo un lindo día, sé que se preguntará quién soy yo y yo le responderé que soy Antonia, tengo 13 años y soy la nieta de Alfredo Molano, y sé que también estará pensando por qué le escribo esta carta y la razón es para decirle un simple gracias y contarle lo que para mí significa mi abuelo. Por lo que me ha contado mi abuelo, usted ha estado ayudándonos con el tema de la operación con robot de mi abuelo, también sé que usted ayuda y acompaña al país en muchas situaciones difíciles con el tema de la salud, y sé que por lo que está haciendo para ayudar a mi abuelo, se ve que es un gran hombre y tiene un corazón muy tierno y bueno. Al saber todo lo que usted ha ayudado a mi familia mis ojos se llenaron de lágrimas y lo único que le puedo decir para compensarlo es unas gracias, porque, aunque usted esté muy ocupado y tenga muchas cosas que hacer, sacó tiempo para apoyar a mi abuelo y darle una mano y por segunda vez en la carta,

pero décima vez en mi corazón, le digo gracias.

Estuve pensando varios días cómo explicarle lo que para mí y para el país significa mi abuelo y pues voy a empezar diciéndole que es todo para mí porque no hay día en que deje de pensar en él y en cada cosa lo recuerdo, rezo por él todas las mañanas y lo extraño todas las noches, en un papel no puedo plasmar lo que siento por él, porque es el sentimiento más grande de mi corazón y el único que no da vueltas, el único que está firme. Cuando estoy con él no vale nada y cuando no también, lo único que me gustaría sería poder darle un abrazo todos los días y nunca dejar de dárselo, él me ha enseñado el país entero y todos sus estudios me los ha pasado a mí porque tanto para mí como para él es lo más importante del mundo, he visto la violencia de nuestro país y me ha sacado de ese mundo perfecto de Disney, me ha enseñado la realidad de la vida y me ha dado las fuerzas para vivirla, hemos cumplido sueños juntos y los seguiremos cumpliendo, hemos visto miles de amaneceres y nos hemos dormido en cientos de anocheceres, hemos recorrido todo el país y hemos visto cómo ha crecido y se ha transformado, hemos leído la vida juntos, hemos reído juntos, hemos llorado juntos y hemos aprendido a amarnos mutuamente. Sin más ni más puedo decir que me ha hecho crecer y me ha hecho ser quien soy y cada día mejoro gracias a él, me he perdido campamentos, fiestas y reuniones por él porque no hay nada que no haría por él, es mi TODO. Por eso llorando sin decir mentiras le digo que por favor lo siga ayudando, haga todo lo posible porque no solo yo perdería al hombre más increíble del mundo sino el país entero lo haría, he visto cómo él se ha recorrido a pata todo el país ayudando a poblaciones enteras, a campesinos, a niños, desmintiendo a los mentirosos y cooperando cada día con la mejoría del país y simplemente haciendo que nuestro bello país florezca, la gente lo quiere, lo ama, lo admira y ahí me doy cuenta de que no solo yo lo veo como mi modelo a seguir sino miles de personas, puede tener muchos enemigos pero sé que nadie le desearía el mal y sé que personas como usted ayudan a que él este parado y siga haciendo lo que mejor puede hacer: ser ALFREDO MOLANO. Él ha luchado contra los bandidos, los corruptos, los mentirosos, los soberbios, también contra la hepatitis C, contra dos infartos y sé que este pequeño cáncer no va

a detenerlo, pero para eso lo necesita a usted, por favor acompáñelo.

Gracias por todo lo que ha hecho en verdad.
Que su lindo día siga siendo lindo.
Agradecidamente: Antonia Rodríguez Molano

Hoy tengo dos citas importantes: la primera en el instituto de cáncer con el oncólogo para que acepte o no el tratamiento por parte de la EPS, y pida hacer la cirugía con robot. Lo paradójico es que él es también quien hace la operación. Yo con yo. Yo, después de hablar con Castro, ya no estoy tan seguro de que esta técnica sea la aconsejable. Si el verdadero problema es la anestesia, con la mano o con el robot el riesgo es el mismo, pero los cirujanos tienen más práctica histórica sin el robot que con él. Hakim dijo: Es un juguete; Castro: Se está aprendiendo. ¿Cuántas operaciones ha hecho Moreno con ese aparato? La duda queda. Pero no podemos darle más juego al tiempo porque corre contra mí. Al ver mi duda, Castro aconsejó: Vuelvan donde Jiménez y retomen el plan de vuelo inicial. Él será —digo yo— un juez imparcial porque es tan amigo de Moreno como de Castro y tendrá, pues, que juzgar a conciencia.

28 DE JUNIO

Fue uno de los días más duros. A las nueve de la mañana estuvimos Gladys y yo en el Instituto Nacional de Cancerología (INC). Yo entendí que se trataba de hablar con el oncólogo para que me definieran si la EPS cubría los costos de la operación con robot. Pero terminó siendo una cita para definir el camino a seguir por el INC, que es una entidad oficial como puede serlo el Ministerio de Obras Públicas. Nació en Colombia en 1934 como Instituto Nacional de Radium, muy vinculado a la institución francesa de los esposos Curie. El edificio del INC fue construido en los años setenta. Es una construcción de dos bloques unidos por pasadizos y corredores fríos y desapacibles. La gran mayoría de los pacientes son gente del pueblo, no solo de Bogotá, sino de todo el país. Es atendido en lo administrativo por empleados

oficiales nombrados por palancas políticas y que tienen un trato rutinario, indiferente y hasta agresivo con el público. El cuerpo científico es distinto: profesionales atentos. Cada punto administrativo es un nódulo de poder personal del "servidor público". Dimos vueltas y vueltas entre oficinas y corredores. Siempre faltaba un papel, o una orden, o un certificado, o una fecha o un visto bueno. Son corredores de dolor y esperanza.

A las tres, por fin, nos atendió una médica joven, bonita y en tenis. Amable, desenvuelta, clara. Tengo que decir: otra calidad humana. Me examinó y concluyó: la inmunoterapia, que había sido una opción abierta por Moreno, es un recurso para cuando ha fallado la quimioterapia. Lo aconsejado en mi caso es cirugía porque el tumor es joven y parece poder extraerse completo. Pero siempre cabe la posibilidad de que queden tejidos cancerosos que habría que tratar con radioterapia o quimio después de la operación. La cirugía sería robótica y no antes de fin de julio o principios de agosto. Salimos rendidos, tristes y cargados del humor adolorido que corre por esos corredores y salas de espera.

La cita siguiente era con Jiménez. Nos esperaba. Había ya separado sala y habitación. Creo que Castro le había informado de nuestras desesperadas dudas y él entendió que llegábamos a retomar el camino, como en efecto lo hicimos. Opté por la cirugía convencional: extracción de la amígdala derecha y del pólipo en la cuerda vocal, el próximo cinco de julio. El argumento de Castro para mí fue definitivo: el riesgo mayor está en el uso de anestesia; mientras menos anestesia, menor el riesgo de un infarto. Creo con Gladys que el espectáculo humano del INC nos espantó del robot. Sea bien o mal tomada la decisión, solo lo dirá el resultado final. Yo sentí que en el Cancerológico la muerte anda rondando en las salas de cirugía y de recuperación. Haber tomado la decisión de una operación menos aparatosa y más conocida me permitió recuperar un horizonte menos trágico y sombrío: volví a pensar en los libros que me falta leer.

29 DE JUNIO

Estuve tres horas en un examen de PET, que sirve para detectar otros

posibles focos de cáncer. Es el examen de vida o muerte porque si hay metástasis, uno está perdido.

He estado tranquilo después de la decisión, que tomé —creo— por el pavor que sentí en el INC. Confieso que tuve una reacción de clase y cultura cuando la médica me dijo: aquí son todos iguales. Es decir, que no había privacidad ni exclusividad de los pacientes. Es justo porque la enfermedad no reconoce diferencias sociales, pero me imaginé que las salas de recuperación eran como las salas de espera, pero todos en la cama. En mi favor, debo decir que me aterraba también estar sin mi gente, solo, adolorido y rodeado de personas desconocidas. La familia y los sentimientos que nacen de ese vínculo son necesarios para salir del mal, o por lo menos para hacerlo menos destructivo.

Por otro lado, poco a poco he visto que detrás de la decisión hay también un mercado de tecnología y de competencia profesional. Moreno era partidario del robot porque eran su competencia y sus honorarios; pasaba lo mismo con Castro y Jiménez, que o no saben o no les gusta la robótica y defienden lo que saben hacer. En el puro fondo, la cuestión material, la simple y dura realidad es que también había plata detrás. No lo dejan ver los médicos porque deben conservar su imagen científica y su imagen ética, si se les cae y pelan el cobre, sufren esas imágenes y se les caen también sus tarifas.

Hoy voy a ver qué ha hecho la Farc con su línea de tiempo. Lo dejo aquí. Para llevar también una bitácora de lo que hago allá.

Hoy salen los muchachos para Chaquevá.

JULIO 4

Hoy llegan los muchachos de Chaquevá. Hicieron un viaje relámpago para estar conmigo en la cirugía, todos tenemos miedo. Yo lo alterno con tiempos de indiferencia y de olvido, pero no duran mucho y cada vez que estoy más cerca de la operación los miedos regresan con uñas más afiladas.

El sábado y el domingo estuvo Pablo Catatumbo cumpliendo su promesa. Comenzamos sus memorias de la guerra. No estuvo tan

brillante y detenido en los episodios, pero es un material de gran riqueza para trabajar. ¡Tiene una memoria prodigiosa!

He hablado con Antonia. Se siente sola sin Adriana, pero ya ha aprendido a enfrentar la soledad. Se mete en internet, pero me parece que sabe cuál es el peligro; trata de leer, escribe bien, pero poco. Y, de todos modos, no busca la "enfermedad" como refugio.

Ayer me hicieron varios exámenes. Hasta donde entiendo, además de la amígdala, está comprometido un ganglio y, de todas maneras, el pólipo de la cuerda vocal tiene cierta sospecha. Creo que hay que hacer otra biopsia en un nódulo. No estoy tranquilo. No parece haber metástasis, pero en lo que he oído decir a los médicos, me van a trasfundir plaquetas, aunque con 80.000, que son las que tengo, se puede hacer la operación. Hoy entro hacia medio día al hospital para esa transfusión. Me tranquiliza saber que hay un equipo médico alerta para reducir los riesgos.

Los riesgos siguen vigentes. Me preocupa que encuentren el cáncer muy avanzado y que se haya metido en otros lados: me preocupa una hemorragia que termine en infarto y me preocupa una equivocación quirúrgica. Espero que puedan resolver los tres puntos y salir pronto, pero frente al abanico de riesgos, necesito entregarme al destino sin resistir, es decir, sin llantos ni lamentos. No es fácil, porque uno busca despertar piedad a ver si por ahí se le encuentra el vado al río. Entregarse es no buscar protección. El sábado o el domingo murió mi tía Blanca, una mujer trabajadora, inteligente, bien formada y de apuntes muy finos y críticos. La quise cuando me volví grande; cuando niño le tenía cierto miedo, a diferencia de Nana, a quien adoré.

Pasarán diez días sin escribir.

17 DE JULIO

La cirugía fue programada para el viernes cinco a las siete de la mañana en el Hospital San Ignacio. Debía, sin embargo, internarme el jueves para exámenes previos. La noche de miércoles a jueves fue de perros; todos salieron al anochecer con sus fauces amenazantes, sus colmillos aterradores y su ferocidad desbordada. Daban miedo. Me

sentí acorralado. ¿Saldría vivo del quirófano? ¿Qué nuevo encontraría el cirujano? ¿Pasaré por cuidados intensivos? ¿Qué intensidad tendrá el dolor? No faltaron, claro está, los fantasmas blancos: ¿Cómo quedaré después de la operación? ¿Cómo sufrirá mi gente si muero? ¿Cómo será mi entierro? No obstante, yo tenía la esperanza disfrazada de seguridad: ¡Sobreviviré! La vida continuará para mí: Antonia me necesita. Morirme sería como dejarla sola atravesando un río. Los médicos —mi cardiólogo, el cardiólogo de San Ignacio, el cirujano, todos— me habían puesto de presente los riesgos: el peligro era una hemorragia que pudiera afectar el corazón y este se infartara, es decir, parara de latir. La anestesia podría facilitar ese desenlace. Por eso, entre otros motivos, habíamos descartado hacer la intervención con un robot. Traté de leer, pero no me fue fácil dejar de alimentar a las fieras negras o blancas. ¿Cuántos viajes he dejado de hacer? ¿Cuántas tierras desconocidas quedarán enterradas conmigo? ¿Cuántos libros de los que han formado mi tiempo he dejado de leer? En fin, reproches melancólicos y tristes.

19 DE JULIO

Me levanté decidido, como dándole la cara al día. Tampoco soy de los que llaman a la piedad, aunque, sinceramente, tengo mis modos de hacerme el valiente, denunciando mis miedos. Llegué con Gladys a las diez de la mañana al hospital. Yo le había pedido a Pacho de Roux que, como jesuita muy nombrado, me ayudara a que me dieran un trato especial. No puedo dejar de confesar que mi ego, en situación tan comprometida, pide privilegios como una manera de exorcizar la muerte, de hacerla más liviana. Aunque morirse, para el que se muere, sea indiferente en un hospital público o en un camino de herradura, el que se va a morir prefiere dejar el último aliento en unas sábanas limpias, ojalá de algodón. De todas maneras, me atendieron muy cortésmente.

La habitación que me correspondió, la 903, es amplia y con una vista estupenda sobre los cerros. Me ayudó ese horizonte verde de montañas que llegaba hasta Guadalupe. Al medio día llegaron las enfermeras a tomarme por su cuenta, a recitar el derecho y el deber del paciente. Midieron los signos vitales, que encontraron normales: azúcar, 129;

tensión 140-78, y saturación 92. Normal. Dos horas después, ya con hambre, el fastidio y la inseguridad comenzaron a invadirme. Gladys me atendía con paciencia y cariño mientras yo por dentro rabiaba. Después llegaron el otorrino y sus asistentes, todas ellas jóvenes, bonitas, niñas bien, alguna de tenis (un respiro). Miraron la amígdala que, pensé, debía estar como una granada abriéndose. El doctor J. me repitió el riesgo —en algún momento oí decir que era una "cirugía de riesgo mayor"—. Trató de tranquilizarme diciéndome mañana a las siete salimos de esto. La verdad, ya me dolía el lado derecho de la garganta y ya casi no tenía voz. Mi gente llegó desgranada. Todos con cara de circunstancia tratando de ocultarla detrás de una condescendencia inusual y por tanto delatora de sus miedos y del mío. Me trajeron una hamburguesa porque no hubo almuerzo oficial. El calor en la cama salía como de un forro de hule del colchón, que me recordó sin sentido los hospitales de *Adiós a las armas* que detalla Hemingway. A propósito: nunca terminé de leerla.

Poco a poco los cerros fueron tocados por el dorado del atardecer, el verde es más intenso, pero se adivina su plácida entrega a la oscuridad. Si uno supiera entregarse con esa misma docilidad amable a lo inevitable, cuánta tensión podría conservarse como fuerza… Llegó la noche con sus perros de cacería. Ladraron desde lejos antes de llegar a husmear mis miedos. Daban vueltas en sombras, pasaban, se iban y regresaban por turnos, sueltos o en pacha, como los bombarderos japoneses en Pearl Harbor. Antonia, Gladys, Catire, Thiago, Marcelo, Sofía, Juan llegaban a descargarse con una sonrisa y una caricia de los miedos que los perseguían. Los perros eran con ellos tan alevosos como conmigo. La película que venía montándose se hacía cada vez más detallada: Y mañana vendrán con la camilla y me alzarán con una sábana entre varias enfermeras y me soltarán sobre ella, y me conectarán a un frasco que no veré y me llevarán por los pasillos donde otros enfermos me mirarán con piedad, con resignación o con un "más bien muérase si puede". Y los perros ladrando detrás. Pasé la noche con zolpidem, la droga más fiel y cariñosa que he tomado: me empuja al sueño con suavidad y adormece los perros.

Sin despertarme, oí abrir la puerta, un golpe violento de realidad. Las

enfermeras llegaban a trasladarme al quirófano. Parecían de afán. Impávidas ante mi zozobra, profesionales, hasta hablaban de sus cosas sin siquiera mirarme. Despertaron a los perros. ¿Llevarán los pasillos al abismo? Detrás de mí el séquito de amados: Gladys, Juan Andrés. Les había pedido no acompañarme en esa hora. La soberbia me defendía de un tarascazo de perro. El camillero tenía una práctica asombrosa: no se pegaba contra nadie ni contra nada. ¿Cuántos pacientes, pensé, habrá llevado este muchacho y nunca regresó con ellos porque los cadáveres no creo que pasen por los mismos pasillos donde quedan los perros? Los quirófanos deben tener salidas secretas hacia las ambulancias.

Con esas imágenes perniciosas y violentas llegué a la sala de cirugía. En ese último trayecto ni un perro latió: cayó sobre mí una calma de sábana mortuoria. Dejé el dedo gordo del pie fuera de ella para facilitar la identificación en la morgue. En el fondo eran ecos de los ladridos de los perros porque en mí se habían asentado una esperanza y la certeza de que saldría no hacia el abismo sino hacia la temida sala de cuidados intensivos. El médico me dijo: Todo saldrá bien; su asistente, una muchacha bonita de anteojos, me acarició la frente antes de ponerme la anestesia.

Sin solución de continuidad —así es la anestesia— abrí los ojos mirando las luces brutales del quirófano, como si no hubieran pasado un par de horas en las que habría podido dar el bote al abismo. El frío era intenso, pero me hizo sentir vivo. Una enfermera me tapó con una cobija de lana pesada y tibia. Todo salió bien, me dijo el cirujano.

Hubo un par de horas de desasosiego. El tiempo de la anestesia es un tiempo que queda faltando, que alguna conciencia echa de menos. Sabía dónde estaba, qué había pasado, pero las enfermeras me miraban con sospechosa frecuencia, hasta que llegaron el cirujano y su bella asistente. Hicieron las preguntas de rutina rematadas con un “todo salió muy bien”. Y se fueron a mirar a otro paciente. Mi cabeza no se quedaba quieta, aunque tenía la certeza de que todo había salido bien. Más tarde llegó Gladys, aguantándose la angustia entre las tripas para no angustiarme. Le habían dado la misma noticia. Me besó. Pidió

otra manta porque pensó que yo tenía frío. Después llegó Juan. Nervioso, angustiado, mirando con una mirada fija y torpe que pone cuando tiene miedo. Me besó. Más tarde, el Catire, juguetón y confiado de que todo había salido bien. Al rato mi amigo Saúl y el ministro de Salud, que estaba sin duda haciendo una visita protocolaria al hospital; me saludó muy cortésmente, le agradecí la respuesta a Antonia y entre afirmación y pregunta me dijo: ¿Entonces todo salió bien? De ahí en adelante, las cosas comenzaron a ponerse raras. Las visitas siguieron toda la tarde. Pasaron las que Gladys llama "las novias de Alfredo", amigas mías de la Comisión o de antes o de después. Amigas. A mi hora y en el hospital, apenas hay amigas. Una enfermera bonita, pequeña, alegre que hacía reír a las demás fue un verdadero oasis para mí en esa tarde larga de puntos suspensivos. Tomaba todo como si estuviéramos fuera del área de recuperación, que era donde estaba y a donde comenzaron a llegar, hacia las nueve de la mañana, otros operados. Todos envueltos una nube flotante de ansiedad y pregunta. Uno en particular se quejaba culpando a los médicos, a las enfermeras, a su sobrino que lo acompañaba indiferente, a la cama.

Una queja que me hizo pensar en mi tío abuelo Manuel Molano Briceño —a quien conocían como el Tigre—, coronel de las guerrillas del occidente de Cundinamarca durante la Guerra de los Mil Días, y que tenía haciendas de familia en esa región cafetera. Ese que estando convaleciente en el hospital, y atormentado por el sufrimiento de su vecino de camilla, le descerrajó un tiro para ayudarle al bien morir.

A la sala siguieron llegando más pacientes traídos afanosamente por camilleros que parecían orgullosos de la pericia de los cirujanos. A los que se mueren en la mesa de operación los sacan por otra parte, pensé, porque aquí todos terminan pataleando y llevándoselos de regreso a la cama una hora, dos horas después. Menos a mí, el primero que llegó, el que ha tenido el cuento más claro, pero también —me dijo el médico de turno— el único al que le habían "extirpado" una amígdala teniendo tres *stents* entre el corazón, que me hacían sujeto, como dicen los antropólogos, de una peligrosa hemorragia. Razón por la cual cada rato me preguntaban unos u otros a qué me sabían las babas. El calor

de la cama y de la sala, las miradas desde lejos y desde cerca del personal médico me tenían desesperado ocho horas después de la operación en el mismo sitio y sin ninguna razón de mi futuro inmediato. La cosa se aguantó hasta que cambiaron de turno las enfermeras, llegaron las de la noche con sus uniformes limpios y sus caras frescas y maquilladas, pero cumpliendo una rutina fría y a esa hora para mí hasta cruel. ¿Nos acompañará esta noche?, preguntó una de las enfermeras auxiliares. Nada ha dicho el doctor. Quedé frío. Pero si el doctor me dijo que me trasladarían a la alcoba en una hora. Sí, respondió la jefa, ¡pero yo no he oído eso! Pues sí. No hubo cambio a la alcoba sino a la sala de cuidados medios intensivos. Cuando entré al cubículo pensé: "Mierda, aquí murió Marianela, aquí le di el último beso, aquí me besó y me perdonó una culpa de un delito que nunca cometí". Me sentí mal, casi tan enfermo como la vi aquella tarde del Adiós Nenela. Creo haberme echado una lágrima por ella como se toma uno un aguardiente antes de montarse en un caballo brioso. Una lágrima de buen viaje.

Me pasaron a la cama oficial. Sábanas limpias, desproporcionadamente grandes sobre un colchón duro de hule verde. Sentí la indiferencia práctica de los hospitales de la Primera Guerra Mundial descritos por Hemingway. Una isla para un visitante, cables y monitores. Frente a mí una estación de enfermeras con un reloj que daba los minutos implacablemente cada segundo. Me sentí preso. Las enfermeras no daban cuenta ni razón de por qué yo estaba ahí. Nadie sabía ni contestaba ni miraba. Hasta que llegó el cirujano con otra asistente igual de bonita, más joven y en vez de vestido verde de cirugía, uno azul. Era un ángel y para hacerla más bella y suave, tenía tenis Converse. Me dijo: Ábreme bien la boca. Me hice el que no entendía estando ella ya con una paleta para ayudarse a mirar mi garganta: El foso de la amígdala extraída, dijo. Pero a mí me importaba era que no me viera la boca por dentro. ¿Ha tenido sangrado?, preguntó el médico. No, nada. ¿Ningún saborcito a metal? No, nada, doctor. Está muy bien, pero vamos a dejarlo esta *nochecita*. Subrayando el diminutivo como para hacerla más corta y menos penosa. Pero ya mañana veremos. Eran las siete de la noche. Después pasó el cardiólogo de turno: Es que, por los *stents* —me aclaró sin yo decirle ni

mu—, tenemos que observarlo. Aquí duerme en paz y todos estamos tranquilos. Gracias por la cortesía, quise decirle, pero yo estaba en plan de aguantar, de no brincar, de “entregar el cuerpo a los cirujanos”, como dijo el gran poeta.

Es difícil encontrar el camino de la entrega, vale decir de mirar a la cara el dolor, el sufrimiento, la enfermedad. Difícil porque el cuerpo, la cabeza y las emociones niegan y reniegan del hecho; buscan evadirse de esa realidad brutal construyendo un frente de mentiras piadosas y de ilusiones consoladoras. Un sueño. Traté de no dejarme resbalar por ese precipicio y de afrontar el dolor que, para esa hora, ya se había despertado y caminaba por garganta, oídos, faringe, tráquea, nuca y hasta cerebelo. Se fueron formando flemas espesas, difíciles de tragar y más difíciles de escupir, afortunadamente sin sangre. Pero no solo me dolía pasarlas, sino me amenazaban el resuello. No podía respirar bien, trataba de ahogarme. Solo sentado verticalmente desaparecía la amenaza de la asfixia y así se lo dije al médico como acusándolo; me respondió sereno: Así es. Me dieron algún calmante y de encime me arreglaron la cama “para que duerma cómodo”, una frase que me cayó como una sentencia. Por el corredor pasaban y pasaban médicos de turno con los ojos afiebrados, enfermeras indiferentes y una larga cola de paramédicos: camilleros o patinadores, acomodadores, empleadas de higiene hospitalaria. Y a su alrededor el sonido monótono, permanente, mudo de los monitores con sus luces parpadeantes rojas, amarillas, azules, verdes que todos miran y nadie atiende.

El silencio fue instalándose poco a poco: el niñito que daba alaridos se durmió; la señora que rezaba a voz en cuello se calló o se murió; el vecino de al lado, un abogado que dirigió toda la tarde una audiencia, terminó hablando con su mujer de una serie de Netflix. Yo no podía dormir. Había logrado que de contrabando Catire me entrara un zolpidem para poder pasar al otro lado de la noche. Pero el ruido de los monitores, la luz del retén y el ronquido de alguien vanearon mi alternativa. El único recurso para entretenerme fue pensar en los enredos de la Comisión y en escenas eróticas aplazadas, reinventadas, inventadas. No pasó fácil la noche por mi cama. A las tres de la

mañana tuve una discusión con el Catire —que no estaba en el hospital, pero que en el sueño me acompañaba sentado en una silla— sobre la calidad de las camas de clínica hechas por los soviéticos. No rusas, soviéticas. Yo le insistía en que eran de bajísima calidad, que los hierros molestaban, que los resortes sonaban, que eran demasiado cortas y angostas; él me alegaba que tan buena calidad tendrían, que las compraban las cadenas hoteleras de cinco estrellas, como la Hilton. En esa discusión pasó la noche hasta que dos enfermeras me despertaron que dizque para bañarme. Dije, a esta hora no se baña nadie y además el médico me dijo que no me podía parar de la cama. No, señor, dijo una, es que lo vamos a bañar sentado donde está. ¡Horror! ¡¿Y la cama mojada y las cobijas?! Despreocúpese, todo está calculado.

Me despertó Pacho de Roux. Muy solidario y cariñoso. Hemos trabajado juntos o paralelamente durante muchos años. Sentimos las solidaridades de los setenta y cinco años, y hemos limado las aristas que nos separaron en un tiempo. Tiene sobre sus hombros una enorme —diría yo—, aplastante responsabilidad con el país y con la historia: dirigir el esclarecimiento del conflicto y dar garantías de no repetición. Más tarde llegaron uno por uno mis hijos, unos pocos amigos y por fin Gladys. Hay algo parecido entre las salas de cuidados intensivos y el Purgatorio, donde van los que no fueron malos, pero tampoco tienen suficientes méritos para pasar al cielo. Tienen que pagar todavía, hasta que la Virgen del Carmen un viernes —solo va los viernes— aparezca con su criatura en las piernas y su corona en la cabeza y diga: “Usted, alístese, venga conmigo”. Así esperaba a la Saga, no solo para visitarme, sino para llevarme a la alcoba. A las diez llegó el médico y sin más ni más, me miró la garganta, volvió a hacer las preguntas sobre el sabor a cobre y se fue diciéndome: Mañana le dan la salida. Otra noche no, no, no esta vez, necesito estar con mi gente. Pero no pasó, pasé otra noche sin ella y dándole vueltas a la misma noria.

A la mañana siguiente salí. En la alcoba estaban todos. Sonrientes y animados: De esta salimos, dijeron casi en coro y todo el que visitaba me decía lo mismo y lo mismo les respondía yo: Sí, pero faltan los resultados de las biopsias.

TIEMPO DESPUÉS

PERROS Y PÁJAROS

Los cristales del móvil que habíamos hecho en una tarde de enero volvieron a sonar cada vez más seguido. Los habíamos colgado por equivocación de un bejuco grueso que confundimos con un arbusto y se fue elevando con él hasta salirse de nuestro alcance. Ya casi lo habíamos olvidado, pero los vientos de agosto fueron en este año más fuertes y el choque de los cristales más alegre y frecuente. Los vientos de agosto se llevan las nubes hacia el occidente y un veranillo corto y tímido va entrando desde los Llanos por encima de la cuchilla del Sarnoso. La sarna —le expliqué a Antonia— nada tiene que ver con la cruel enfermedad que les da a los perros, es una planta que abunda en los montes altos y húmedos.

Yo quería hablar con ella a solas, caminando el mismo camino que creímos haber descubierto cuando niños, pero que era en realidad el Camino al Meta, que salía de Bogotá, cruzaba por Guasca para salir por los farallones de Medina sobre la vertiente del río Meta. Fue el camino que tomó el general Uribe Uribe cuando venía derrotado de Venezuela, donde había guerreado contra los conservadores. Era un camino real muy conocido y una de las rutas más fáciles para llegar a los Llanos. Conocíamos al dedillo el trecho que creíamos —muy orgullosos— haber descubierto. Lo recorríamos al galope y a pie, apostando carreras a caballo o jugando a las escondidas. No había árbol ni piedra que no conociéramos ni rincón donde no hubiéramos descansado. Yo quería hablar con Antonia sobre la enfermedad que me cayó en ese camino tan querido, donde, por lo demás, caminamos con Alfonso hablando de la inminente muerte de nuestro papá, una tibia mañana de febrero del año 1967.

Hoy ese camino, que antiguamente tenía un desvío hacia Monserrate y Choachí, está siendo invadido por Bogotá: quintas, centros comerciales, puentes peatonales, ruido. Hay que pasar esta primera parte para poder volver a ver el antiguo camino. Traté de contarle a Antonia cómo era este lugar cuando yo era niño: la hacienda El Líbano dominaba todo el vallecito formado por la cuchilla del Sarnoso, el

cerro del Chocolatero, el río Teusacá y el camino a Monserrate. Había en ese entonces, ya tan lejano para mí, unas pocas casas de campesinos que araban la tierra con yuntas de bueyes, cultivaban maíz, habas, trigo y papa. Muchos eran en ese entonces peones de la hacienda, y poco a poco se convirtieron en campesinos independientes y después, mucho después, en usureros del dinero que les pagaban por sus tierras. Hoy son ricos. Antonia me oía con una atención intermitente. Me cambiaba de tema y parecía darle vueltas a una inquietud que poco a poco descubrí, que era la misma mía y que yo aplazaba para hacerlo cuando ya el ruido de la carretera fuera menor. Había, por tanto, trechos de silencio. El invierno, que estaba debilitándose, había impuesto en árboles, arbustos y yerbas todas las tonalidades de verde que pueden existir. También flores: los zarcillos rojos y festivos, los amarillos quemados de los alcaparros, los amarillos diluidos de las acacias, los fucsias y blancos de las digitalis, y algunas pocas flores de los raques que viven su verano en nuestro invierno: son una especie del otro lado del mar, del puro norte.

Antonia fue más valiente para romper la evasión: ¿Te cansas?, me preguntó. No, me siento aún fuerte, le respondí, y sobre ese "aún" hicimos el puente para hablar francamente del cáncer de garganta que me habían diagnosticado unas semanas atrás. Yo había decidido comenzar a darle cara a la enfermedad por su nombre y no llamarla "penosa enfermedad", como se dice en los obituarios piadosos. Pero con Antonia yo no había tenido tanto valor. En realidad, yo no me sentía débil, pero ambos sabíamos que por ahí tenía yo que pasar. Y así entramos de lleno en el tratamiento que me ha sido ordenado: 33 sesiones de radio; 33 —la edad en que Cristo murió— y tres de quimio. Ignoro en realidad de qué se tratan esas soluciones y qué efectos tendrán en mí. Los médicos se excusan respondiendo que cada organismo responde a ellas de manera peculiar. Yo tengo esperanzas en la curación y estoy dispuesto a apostarle al tratamiento la mitad de la vida que me queda para poder vivir la otra mitad. Antonia lo entiende y tiene la misma esperanza que yo. Veremos, dije, qué nos trae el futuro, y caímos en un largo y compungido silencio.

La tristeza nace en el pecho, por allá cerca al corazón, pero más

adentro y más abajo. Lo hace palpitar más rápido y forma un torrente de fuerza que coge camino pecho arriba y desemboca por los lacrimales. Sentí cómo a juntos nos pasaba lo mismo al mismo tiempo y por eso mirábamos hacia arriba tratando de impedir que las lágrimas se desbordaran. Duele entonces la garganta, se va la voz, se interrumpe la respiración, nace el suspiro, pero ambos impedimos convertir el dolor en queja. Fue una promesa tácita acordada en ese instante: llorar por dentro, no botar la fuerza en ruegos de clemencia. Echarla para adelante, como lo hacemos cada vez que nos despedimos y que hemos aprendido de los toreros valerosos: dado el paso adelante no hay pie atrás. Cueste lo que cueste.

El camino va bajando hacia el río. Para mí es un álbum de memoria. Cada curva trae una imagen: aquí me caí, a aquel árbol se subió Alfonso, mi hermano; en aquel charco se cayó Juan Manuel, mi primo. Estos árboles de pino eran pequeños y ahora son troncos gigantescos. Allí, en aquella hondonada, teníamos un campamento de guerra donde hicimos trinchera esperando un ataque del enemigo. (El 9 de abril estaba cerca y en él, los viejos alcanzaban a evocar con terror la Guerra de los Mil Días.) Más aún, el Ejército en esos tiempos hacía en la región lo que se llamaba “terreno” y dejaban sus trincheras abiertas, en una de las cuales se cayó una tía al atardecer y duró toda la noche en el hueco porque se le había roto un tobillo. La encontraron casi congelada. Por aquellas lomas empujábamos llantas de caucho hasta coronar la cumbre para echarlas a rodar y verlas saltar sobre piedras, atropellar árboles y alguna vez hasta matar una gallina que nuestros padres tuvieron que pagar. En ese pozo de agua bebía mi caballo Florián, respirando ansioso y agradecido, saboreando el agua y dejando correr por su columna un estremecimiento que ponía a peligrar la montura.

Pasamos por frente a la casa que llamábamos “de los enanos” y que eran reales; se llamaban Ananías y Lola. Eran muy pequeños, de unos sesenta centímetros, y todos los grandes querían alzarlos. Él tenía un diente de oro y ella una trenza larga. De tanto en tanto iban al Líbano a llevarle a mi mamá unos huevos azules y una mantequilla casi dorada. Justamente en la recta del camino donde vivían los enanos

siempre ha habido perros bravos y grandes. Quizá ya no vivan en esas casas los mismos campesinos de antes, pero los perros bravos siguen ahí. Son perros traicioneros y astutos. Unos se esconden y otros ladran; los primeros —generalmente uno solo y negro— se aprovechan de que el caminante se distrae con los que amagan el ataque —porque son blancos y cobardes—, para que el que esté agazapado ataque por detrás. Por eso, nosotros de niños corríamos hacia atrás para descubrir dónde estaba el perro negro.

Lo mismo hizo Antonia presa del pánico, por puro instinto, mientras yo cogía una piedra del suelo y amenazaba al que mostraba los colmillos y hacía sobre nosotros amenazas nunca concluidas. Antonia estaba paralizada y cuando logré tirar la piedra al negro, que corrió detrás del blanco, pudimos volver a hablar, ya no del mismo tema, sino de otro que los perros hicieron saltar sobre el camino: el miedo. El miedo a la muerte, claro está. No hay otro miedo. Y volvimos a encontrarnos con la pata pa adelante, o, en catalán, la *patae p'elante*. Lo de los perros fue una metáfora que nos permitió volver a hablar de los miedos. Esos mismos que por la noche, cuando ya todo está en silencio y las luces se han apagado, saltan sobre mi cama y mi almohada, me cercan, me paralizan y se llevan mi sueño entre sus fauces. Al miedo, le decía yo a Antonia, hay que mirarle la cara. No podemos huir despavoridos para refugiarnos en el grito o en la parálisis. A los perros hay que mirarlos a los ojos, a la muerte también. Y hablando de los miedos, volvieron más adelante a salir los perros. Antonia, esta vez, estuvo más tranquila, le noté alguna serenidad frente al peligro, de la que hablamos luego y que me dio cierta confianza en que será capaz de asumir los retos en el futuro.

Así llegamos al río. Tomamos un atajo que yo conocía. Nos echamos en un kicuyal para mirar las nubes y dejarnos flotar con ellas. Lo hacíamos también de niños. Las nubes que se van con el viento huelen a pasto seco, a verano, a libertad. Cuando llegaba el verano, se acababa el colegio. Y entonces hablamos otra vez del futuro. ¿Quieres que vuelva en octubre?, me preguntó. No podía contestarle, se me nublaron la voz y el pensamiento, otra vez el corazón buscó denunciarse, apretó el alma y volvimos a tragarnos la lágrima. Unos

largos instantes de silencio para contestarle carraspeando: No, mi amor, mejor que no vengas. Esos días serán los peores, se me habrá caído el pelo, estaré flaco y débil. Pero ya en noviembre, para tu cumpleaños, estaré repuesto y entonces ya no tendrás colegio, será el verano y podremos entonces volver a caminar este camino.

Nos levantamos después de mirarnos largamente los ojos, seguimos el caminito del desecho y llegamos a un puente hecho con troncos de madera apoyados en las piedras del río. Encantador instante. Las aguas del Teusacá estaban muy limpias y todo parecía florecer. Al otro lado nos detuvimos porque los toches comenzaron a cantar. Cantan primero una canción que suena a llamamiento, muchas veces la repiten, y luego cantan otra, tímida, dulce, complaciente. Entonces comenzó a paramear, a llover fino.

La lluvia nos dio en la cara, pero esta vez, con ella cayéndonos, no tuvimos que ocultar las lágrimas.

VIAJE AL SUMAPAZ

AGOSTO 6

Viajar fuera de Bogotá, antes de entrar en el laberinto, fue una posibilidad que se abrió y se logró hacer. El Sumapaz era una promesa que le había hecho a Antonia, no solo porque quería que sintiera el páramo, su fuerza y belleza, su solemnidad y silencio, sino para que también conociera a su gente, a esos campesinos grandes, fuertes, colorados y rubios que han luchado por su tierra desde comienzos del siglo XX, el siglo pasado.

Desde Une, el paisaje comienza a abrirse, pero sobre todo después de la represa de La Regadera, una de las primeras que se construyeron —década desde 1920— para el acueducto de Bogotá, que comenzaba a ser ciudad. Creo que hasta hace poco estuvo en servicio. Está rodeada de pinos, que era el símbolo en aquellos días de la naturaleza. Por ser árbol, por ser verde y por ser suizo. De todos modos, ahí comienza el parque, que en realidad es un territorio que resume el agua que brota en los mil nacederos que tiene. El páramo siempre ha estado

amenazado por la ganadería, principalmente de leche, y por los cultivos de papa. La primera es más campesina; la segunda es ahora empresarial, bajo la forma de arriendo. El páramo alto, donde están los ejércitos de frailejón, de esponjas de musgo, de colonias de sietecueros, quebrolios, rodamontes y otros cuyos nombres no sé, pero que son redondos y verde oscuro, contrasta con una vegetación diminuta y florecida que obliga a cambiar de un vistazo las dimensiones del páramo entre lo grandioso y solemne y lo pequeño y modesto.

El páramo es la corona del macizo que se erige como formación casi autónoma de la cordillera Oriental —quiero decir, tiene su propia personalidad— y tiene balizas —aprenderás la palabra buscándola en el diccionario de la Real Academia de la Lengua Castellana— con Meta, Huila, Tolima, Cundinamarca y Bogotá. Es el páramo más grande del mundo y una de nuestras fábricas de agua más ricas. Ahí nacen el río Sumapaz, que cruzamos varias veces; el río Tunjuelito, el río Prado; el río Cabrera, aguas que van todas al Magdalena, pero también enriquecen —y de qué manera— la cuenca del Orinoco: en sus alturas nacen los ríos Humadea, Ariari, Guape, Duda, Guayabero y Leiva. En realidad, el Sumapaz es uno de los grandes nacederos del río Orinoco. Esas lagunitas transparentes y serenas que vimos, cubiertas algunas de algas verdes y rojas, son ojos de agua del gran río Orinoco. Al norte del Sumapaz está el páramo de Chingaza, que es su hermano gemelo. Es otro gigante y produce gran parte del agua que consume Bogotá.

Si la extensión y la riqueza del Sumapaz son grandes, así es su historia. Sé muy poco de los indígenas que lo habitaban, pero sin duda eran chibchas, o sea muiscas. Eran tribus jodidas que comerciaban con los indígenas del Llano, más débiles pero que cultivaban algodón. Seguramente el intercambio era sal de Zipaquirá por algodón de La Uribe. Fue por esa ruta de intercambio comercial por donde entró Nicolás de Federmann a la sabana de Bogotá. Era alemán y aunque sus conquistas eran para la Corona española, era también el representante de los banqueros alemanes que le prestaban el billete a España para hacer la conquista de América; así que el oro y la plata que salían de

aquí para España terminaban pagando la deuda con los alemanes. Federmann subió por el Ariari o quizá por el Duda, de todos modos, llegó a Bogotá al mismo tiempo y con la misma sed de oro que consumía a otros conquistadores que venían de sitios distintos: Jiménez de Quezada, fundador de Bogotá, que había llegado por el Magdalena guiado por el camino de la sal que los chibchas comerciaban también con los indígenas de esa región, y Sebastián de Belalcázar, fundador de Popayán y de Cali, que era soldado de Pizarro y venía de tu tal Perú. Pues en la sabana se encontraron desconcertados y temerosos los tres conquistadores.

Poco sé de la historia del macizo entre esa época de conquistas y despojos hasta la reciente historia que comienza en el siglo XX. Hubo peleas importantes en la guerra de los Mil Días (1899-1902) en un sitio al sur de La Uribe llamado Jardín de Peñas, donde los liberales que venían de Cuba entraron por el Orinoco y el Meta, y querían salir a reventar a Tolima. Allí hubo una batalla en la que los godos detuvieron a los liberales y acabaron con la gran Hacienda Colombia, de unos empresarios ricos de Cundinamarca de apellidos Uribe y Herrera. La hacienda comenzaba en San Juan de Arama y terminaba en Colombia, Huila. Tenía miles de obreros y colonos, producía sobre todo café en los climas medios y ganado en el Llano. Tanto el ganado como el café lo sacaban a lomo de mula por un camino de herradura perfectamente trazado y conservado aún hoy y que yo atravesé en los años 1990.

AGOSTO 9

Hoy viaja Antonia. Quedé preocupado con la opinión del médico, el doctor V. Serio, muy cuidadoso y prudente. Según explicó después de leer y estudiar la historia médica, la situación es la siguiente: el tratamiento sería curativo y no paliativo. Pero el daño es grave porque están afectados los ganglios del lado izquierdo, según el PET. Cosa que no tuvieron clara los otros médicos: ni Moreno ni Jiménez ni la radióloga. Quizá sí, pero le dejaron el problema a Vargas. O la infestación de los ganglios ha progresado. De todas maneras, hay que precisarla con otros exámenes: un nuevo PET y un nuevo TAC, una serie urológica. El hecho es que considera que los avances en los

ganglios hablan de un tumor tipo 3. Hasta ahora Gladys y yo entendíamos que era tipo 1.

Lo segundo que dijo es que el tratamiento en su conjunto, sobre todo por la radio, será duro. Y el principal problema es el dolor en la garganta, su inflamación, la resequedad, todo lo cual significa dificultad para tragar. Lo que se suma al poco apetito y la debilidad general. El resultado es enflaquecimiento, hasta de diez kilos, y casi postración, falta de ánimo, pura moridera. La verdad es que siento que la voz no mejora ni empeora, a veces está bien y otras muy mal. Hay dolorcitos fugaces en la garganta y unos dos que sentí bajo el brazo izquierdo. En Pandi el trastorno fue muy fuerte; pálida concreta: todo me daba vueltas, las piernas se me aflojaron y sentí una fuerte presión caliente en la cabeza. Creo que la dificultad para tragar aumenta. Y no dije todo eso porque me sentí acusándome ante el juez, porque si uno ignora o deja ignorante al médico de lo que uno siente, supone que el veredicto va a ser más favorable y se sale del problema. Pero también dice "mentiras" porque no está seguro de que sean verdaderas. La cosa se está poniendo fea.

Anoche volvió a darme la depresión, la caída. Los lobos me siguen, parecerían oliendo donde aflojo la carrera para caerme por la nuca. Volví a sentir el dolor de Antonia, que se mantiene por fuera firme, valiente y sin lloradera. La lloradera me da es a mí pensando en el dolor que le causará mi muerte. Yo no sé si es mejor que venga a mi lado o se quede en Perú. Acompañarme quizá sea estar conmigo en el fin, que no será un acto sino una seguidilla de actos dolorosos. Estar ausente es acumular el dolor presintiéndolo hasta la brutal evidencia final. Ahora el mecanismo del suspiro profundo que saca del pecho el dolor y lo vuelve lágrimas. Es un llanto que siento por mí —muy *egóico*, por tanto— atribuyéndoselo a otro, en este caso a Antonia, para hacer todo más patético. Pero también es una forma de aceptar el hecho.

Lo injusto de todo es que a ella la seguirá mi sombra; estaré presente en su vida; pero ella en mí ya no existirá como no existiré yo.

AGOSTO 10

Para: mi abuelo Alfredo
De: Antonia - tu nieta

Abuelo, esta despedida es muy, muy difícil para los dos. Es un momento en el que el futuro es muy miedoso, en el que lloro cada vez que nos miramos, cada vez que siento esa mano tan bella y tan gordita, en cada momento en el que nos abrazamos. Esta carta es para darte fuerza y aunque tú no me creas, para darme fuerza a mí, nunca te he ocultado nada ni mis lágrimas. Ni mis miedos ni mis amores y menos mis sentimientos. Y en verdad tengo miedo. Pero después de todo lo que hemos pasado tú me das fuerza y espero que yo también a ti. Mis fuerzas son las tuyas. Nuestras lágrimas son eso que necesitamos para pasar esto sin tanta importancia, pero yo voy a estar ahí siempre, siempre, en esos momentos que sientas que no puedas más ahí voy a estar mirándote a tus ojos y cogiéndote la mano. Nunca pero nunca olvides por qué haces esto y por qué vas a luchar y vencer esto. TE AMO

SOY FUERTE Y SÉ QUE TÚ TAMBIÉN
ESTO ES SOLO OTRA CAÍDA EN NUESTRO CAMINO
NOS VEMOS, ¡SIEMPRE VOY A ESTAR AHÍ!

AGOSTO 15

Estuvimos pendientes de una figura que apareció: la inmunoterapia. Se trata de un programa que maneja una misteriosa junta médica asociada a —creo— la empresa productora del medicamento porque depende de un protocolo en el que se debe ser admitido. Jugamos esta carta también, lo que significa quince días de espera y de especulaciones. Es un tratamiento que previene, digamos, la metástasis. Yo no tengo metástasis, pero tengo dos cánceres no relacionados o de origen distinto; el primero está vinculado al de la amígdala. Dicen los médicos que hay poca bibliografía sobre esta simultaneidad.

Desde el viaje de Antonia he pasado otros días complicados. De un lado, un examen de la boca para detectar puntos de posible infección; es una condición obligatoria, porque la radio puede inducir una

infección ósea. Apelé al médico periodoncista que me hace la limpieza. El hombre estaba predispuesto desde que le había dicho, hace un mes, que pensaba resolver el problema de los dientes de arriba porque los sentía flojos y, a veces, sangraba alguno. Tenía toda la malla dispuesta. Casi sin exponerle la razón de mi consulta tiró: Hay que bajarlos todos ya, dejar pasar el tratamiento de cáncer y luego retomamos el proyecto pendiente de los implantes en los superiores: treinta millones. Yo quedé seco del miedo. Estaba débil de espíritu y la orden que me daba para ir "ya mismo" a donde el implantólogo para sacarme los dientes y poner un aparato mientras tanto, me empujó al terror. En el camino, Adriana me dijo: Consultemos con el servicio odontológico de Colmédica. Fuimos. Una médica adorable, de origen polaco, ordenó una fotografía de los superiores porque los implantes de abajo están bien. Después de mirar la placa y hurgar los dientes, no encontró nada peligroso. Me quedé tranquilo, pero Gladys insistió en ir a ver a otro implantólogo recetado por Tina. Imposible eludirlo viniendo la recomendación de donde venía: un doctor flaco y como muy amable —diría, demasiado— concluyó lo mismo: prótesis e implante. Para lo segundo no había tiempo. Por tanto, lo primero. Se me ocurrió peguntarle: ¿Y un tratamiento de periodoncia que evite la prótesis mientras pasa el tratamiento de cáncer y luego, hacemos los implantes? Sí, puede ser. Y así fue: otro médico. Le agradecí, pero no podía pagarle con tarjeta "por razones de Dian". Saqué los billetes y me abrió la puerta. Caí en la cuenta de que era de seguridad. Tres notas me crearon desconfianza: su desbordante amabilidad, la condición Dian y la puerta de seguridad. El nuevo dentista, que monta en patineta y lo trata a uno de hermano, cobra 800.000 por tres citas. No hubo alternativa.

Del otro lado está el anuncio de un aplazamiento hasta octubre para un examen —entendía yo— de la barriga. Distinto al de la nutrición que ya me había hecho con una amiga de la hermana de Ricardo, que me dijo que estaba comiendo divinamente, que solo me comiera tres huevos cada tercer día, para subir defensas. El problema de la nutrición era otro: se trata de evitar una desnutrición debida al tratamiento, bien porque no pueda o porque no quiera comer. La radio es muy agresiva en la zona del cuello y me puede tapar el gaznate.

Solución: un catéter por donde meten la comida líquida necesaria o complementaria. Una manguera por donde entre la agüepanela o el masato. Se hará. También hay un adicional: la deshidratación con la quimio, y la solución es suero por la vena, lo que significa una noche conectado, seguramente con enfermera si lo quiero hacer en mi casa, o quedarme en la clínica seis u ocho horas el día o los días de la quimio.

AGOSTO 28

Tres horas de sala de espera antes de que el dios apareciera, y dijo así: No fue admitido en el programa de inmunoterapia, seguramente por el doble cáncer (he resuelto llamar el mal por su nombre). Pero averiguo y se va sabiendo por qué. Nos miramos con Gladys llenos de miedo sin comentar el abismo. Segundo: ¿Cómo van vacunas, dentista, y sonda? Lo único que estaba por fuera era la sonda. Es obligatorio hacerlo ya, agregó y fue ordenando la instalación de la manguera que hace un cirujano. ¡Terror! ¿Otra cirugía? Bueno, explicó, no es tan trágica. Es solo un tubito que le instalan en la barriga. Dejemos la cosa así. Iré esta semana al cirujano. Continuó: Su médico tratante es el radiólogo porque ese es el recurso más importante y radical. La quimio es complementaria. Pero entiéndase: es un tratamiento curativo y por eso vamos con todos los fierros. Si fuera paliativo, para ganar tiempo, sería muy distinto. Así será. Estas últimas frases nos tranquilizaron un poco, aunque en números, la posibilidad de una curación definitiva es del 70 %. Yo siempre caigo en el último 5 %. Pero, bueno, como se dice frente a una mala noticia, pues al mal tiempo pata pa adelante, salirle al toro. Quedamos en comenzar el cuatro o el nueve con treinta y tres radios y tres quimios.

No sé qué proceso se dio en mis adentros, pero ahora que escribo y anoche que lo pensé, no salieron los perros. No solo no salieron, sino que ni siquiera ladraron. Enfrentemos el afán de cada día, como dice la Biblia. Veremos qué se define y qué reacciones tendré. Por ahora mi afán es cuadrar los tiempos del tratamiento con los tiempos de la Comisión, que ha sido flexible, considerada y —diría— muy solidaria con mi caso. Estoy agradecido.

SEPTIEMBRE 1.°

Anoche nos tomamos seis botellas de ginebra entre Gladys, María Elvira, Juan Andrés, Ema, Marcelo, Catire y Nata. Estuvimos felices. Nos reímos, cantamos, bailamos. El domingo no pude pasar bocado porque me ardía el pecho, pensé que era un nuevo "evento" cardíaco, pero Gladys descubrió que era gástrico. Al final se resolvió con leche.

SEPTIEMBRE 2

Día oscuro, lleno de miedos. El plan era poner una sonda para nutrirme en caso de que se me dificultara comer. A la doctora A., una mujer muy viva e inteligente que hablaba de todo y que en medio del entusiasmo que le produjo saber que yo era comisionado, se le olvidó el "procedimiento del procedimiento". Total, ayer llegué y resulta que no era, como ella había dicho, una cirugía ambulatoria sino me tenía que quedar interno un par de días. Desagrado y alegato. Pero no había nada que hacer y comenzaron los preparativos. Ya estaba conectado al suero cuando llegó el anestesiólogo y se dio cuenta de que yo estaba coagulado con brilinta y sorprendido y medio asustado echó para atrás la intervención. El riesgo habría sido muy grande por el peligro de una hemorragia fuerte.

Ahora debo hacer una cita con el cardiólogo y reprogramar el tratamiento, pero debo suspender la brilinta cuatro días antes de poner la sonda y el tiempo corre. Ojalá podamos comenzar la radio y la quimio el próximo lunes 9. Los miedos rondan.

SEPTIEMBRE 6

Un día muy agitado. Tenía que vacunarme contra la gripa. Fui a un puesto de salud, esperé una hora, pero tenía una cita en la Comisión, así que me fui sin esa defensa necesaria para el tratamiento. La gripa puede ser una fuente de infección más grave con la radio. Después de pasar por la Comisión, corrí para llegar a la cita con el cardiólogo, de apellido De La Cruz, recomendado por Robledo, mi cardiólogo personal. Me examinó con atención. Parecía un médico serio. Encontró no obstante una irregularidad que parecía menor, al comentarle que yo la tenía hacía mucho tiempo. La arritmia, Antonia mía, es que las ondas eléctricas que mueven el corazón, que lo hacen palpitar, se cruzan y se tropiezan unas con otras unos instantes, pero vuelven a

encontrar su rumbo, su oficio. Entonces las líneas de palpitaciones en el electro no salen siempre acompasadas, sino en ciertos momentos, irregulares. Muchísima gente vive con ese problemita cuando es regular, otra cosa es cuando se presenta abruptamente. Total, el doctor DlC. me dio el visto bueno para la intervención de la médica Alvis, un procedimiento que se llama gastrostocmía.

Almorzamos y llegamos Gladys y yo a la clínica. La Saga, te digo, ha sido de una belleza y de una solidaridad que me hacen saber amado y saber por qué tanto también yo la he amado. El mismo ritual: desnudarse en un cuartico estrecho, empiyamarse en vestido de papel azul, acostarse en una camilla, responder preguntas de identificación: Nombre, edad, ¿Sabe por qué esta ahí acostado? ¿Tiene alergias a algo? Sí, a que me pregunten, quise responder. En esa condición de sometimiento me renace toda la rebeldía junta. Pero ahí, no hay nada que hacer distinto a comerse la soberbia.

Me llevaron en la camilla a un corredor helado que ya conozco. Me pasaron a la mesa de cirugía. Cien lámparas sobre el cuerpo del paciente. Los médicos y las enfermeras revolotean. Hay siempre nerviosismo en el ambiente. Yo me sentí completamente desarmado, entregado a la voluntad de otros, los médicos, las drogas, la respuesta absolutamente desconocida de mi cuerpo. A pesar de todo, yo creía, quería, que "todo saldría bien", pero en ese futuro condicional está escondido el riesgo. Lo que no se sabe, no se conoce. Y así fue: el anestesiólogo —que estaba detrás de mi cabecera y al que no veía— le dijo a la cirujana, la doctora A.: Estamos mal, y le precisó lo que yo tenía en unos términos que no comprendí. Pero que el ojo de la doctora me tradujo: el peligro de usar anestesia total debido a la arritmia era muy grande. Entendí, pero yo estaba totalmente a disposición de los médicos. La doctora A. reaccionó: Entonces sedémoslo. El anestesiólogo aceptó y me fui a un mundo desconocido. No supe cuándo me fui, porque todo quedó en presente: no caí en el hueco de la anestesia porque no hay decline de la conciencia de mí; no hay ruptura. Todo sigue siendo ahora. Pero cuando fui "regresando" sin saber qué me había pasado, si ese momento era antes o después, me sentí como si estuviera mirando de lejos, desde arriba de la sala de

operaciones en un estado interior de indiferencia emocional total. Duró unos segundos, quizá los suficientes para ser registrado en ese estado.

No vi a la médica y me pregunté por qué no habría comenzado la intervención: ¿La loca se habría volado? ¿Habría ido a hacer pipí? ¿Qué se habría hecho? Pero esas preguntas a medio hacer vivían en un mundo donde revoloteaba un águila arpía —que siempre se me ha parecido, por el pico y no por el nombre, a la Saga—; un gato, que era María Elvira, y una lechuza blanca y apeluchada que eras tú. Revoloteaban mientras yo me hacía preguntas y volvía poco a poco a darme cuenta de que ya me habían intervenido, o mejor invadido, poniéndome un verdadero cordón umbilical para alimentarme en caso de que el guargüero se me cierre con la radio y no pueda comer. Poco después noté algo tibio que me corría. Era sangre. Conozco su manifestación. Me asusté al pensar que a los animales que se van a morir se les revientan los oídos y sangran por ellos. No sé de dónde saqué esa idea, pero me atormentó. Tan grave fue, que no quería llamar a la enfermera para contarle, de miedo a que me fueran a devolver al quirófano.

Tardaron en llevarme a un sitio llamado posoperatorio, que es la representación más exacta del purgatorio cristiano. Uno no sale de ahí sino cuando ya ha purgado, pagado sus pecados, en este caso era haber recuperado la estabilidad. Todas las salas de recuperación —nombre que también he pasado— son angustiosas. Uno necesita saber cómo está y la única manera de saberlo es encontrarse uno con su gente, a la que ama y con la que pelea. En ese mundo de angustias estaba cuando oí a una enfermera cantando una canción en voz baja de la que retengo solo una frase: “¿Por qué maúlla la gata?”.

Al fin, dieron la orden de llevarme al cuarto. Ya era de noche según logré ver por alguna ventana. ¿O era todavía mi noche? Estaban en la habitación la Saga, Mariel y la fiel Adriana Camacho. Al pasarme de la camilla a la cama, sentí una picada muy fuerte y dolorosa en la barriga. El dolor comenzaba a despertarse. Siguió en aumento. Al rato volví a sangrar por la oreja. Me la limpiaron y la enfermera sentenció:

Se echó uña. Sí, quizá, es lo mejor que habría podido decir. Un gran diagnóstico, pensé. La noche fue fea. Regresaron los perros y latieron toda la noche. Me defendió la Saga con sus cariños y un par de pepas para dormir. Pero me desperté cansado, de mal genio y pesimista.

Al día siguiente llegó el resto de mi gente. Donde menos se espera, salta la liebre, decían, y así fue también en este caso. No estábamos en una fiesta y todo posoperatorio es doloroso y aburrido; yo esperaba los ataques a mi barriga, pero lo que a todos nos dejó preocupados fue la sangre —sangre roja y fresca— por el oído izquierdo, con retumbis adentro y el dedo, delator, ensangrentado y la sangre limpiada en la sábana. Pasó. Dos veces más, después, volví a sangrar.

Al medio día, después de ponerme un aparatico para medirme las pulsaciones y por tanto su ritmo —la arritmia—, me dieron de alta de la clínica. Fuimos todos a almorzar a San Giorgio.

Quedé preparado para ser alimentado por un cordón umbilical plástico, que deja pasar los olores de lo que se come, más el olor propio de lo que los médicos llaman moco. Duré dos días sin mirármelo. Mirarse el ombligo…

Amanecí habiendo dormido —¡por fin ocho horas! — Te escribo y vuelvo al libro de Bolívar que dejé anoche cuando el sueño —el sanador sueño— me venció.

9 DE SEPTIEMBRE

Después de aplazamientos y miedos, llegó el día de la quimio. Ya conocía el escenario: una ventana en el cuarto piso por la que entraba una luz a chorros. Atención de las enfermeras, inmejorable. Cursillo sobre el tratamiento: muy pedagógico y tranquilizador. Ya entraba del todo en un mundo ajeno y en un “gremio” siempre por miedo ignorado y hasta despreciado por mí. Estuve toda la mañana “guindado”, como decía un colono enfermero en La Macarena sobre un paciente que estaba hidratando. La Macarena estaba cuatro manzanas alrededor de una pista donde se parqueaban los militares y la Policía a hacer sus negocios. Siento todavía la potencia del río Guayabero, donde estuvimos con Antonia una tarde hablando y tirándole piedras

al río.

Las sesiones de quimio tanto del lunes como del martes —que me tocó en un salón sin luz— no tuvieron problema. Mi cuerpo aceptó esos venenos sin protestar. Pero por la noche del último día vino el primer brinco. La Saga había contratado una enfermera tan bien dispuesta como torpe. Estaba vestida con el convencional vestido azul de papel, enguantada y con tapabocas y las manos levantadas a discreción, como diciendo: ¿Qué es lo que habrá que hacer? Yo de mal genio me acosté y revestí de paciencia, y ella, con público en galería, hizo el primer intento de pinchar la vena de la mano izquierda. Me iba a dejar toda la noche conectado a una bolsa de suero. Intento fallido: clavó la aguja, pero la sangre no salió hacia la jeringa. Trató y trató. Sudaba. Algo decía en tono de justificación. Gladys: Alfredito, quédate quieto. Ahora el culpable soy yo. "Qué pena, doctor, intentemos en la mano derecha, es que la izquierda es muy esquiva", se excusó. Razón tendrá, le dije. Pinchó en la derecha una vena gorda y palpitante, y esta vez saltó la sangre, pero afuera del "campo quirúrgico", es decir, en la sabana. Ya berraco le pregunté: ¿Usted ha hecho esto otras veces? Sí, claro que sí, respondió azorada. Mientras más chuzaba, más sangre salía y más gritaba yo, hasta que el Catire dijo: ¡No más! Y se abortó el operativo. Gracias, niña, puede dormir en el segundo piso. No hubo otro día, decidimos dejar la cosa así, sin hidratación. O mejor, con agua y por la boca, al ritmo en que la saliva se espesa.

Lo peor estaba por suceder: la radioterapia o, ya en confianza, la rayo o el tiro. A la entrada, no muy congestionada, llegan los enfermos de cáncer. No les digo cancerosos porque es brutalmente excluyente y despectivo el término, y porque de alguna manera uno está en los zapatos de los demás y se crea una solidaridad de mal fuerte y sincera. Ahí todos comenzamos a ser iguales. Se respetan los turnos, se nos habla con amabilidad y cada uno carga su propio peso. Es un sitio, la sala de espera, donde "comienzan a acabarse las vanidades del mundo".

La máscara ya estaba hecha *ad hoc*, solo faltaba usarla. En una fría y negra mesa larga y angosta de vidrio o plástico me acosté. Detrás

había un tubo, mitad túnel, mitad caverna o un poco guarida, donde estaba la máquina del rayo. El ajuste de la máscara es un acto simplemente brutal porque es muy ajustada y apretada contra los huesos de la cara y la cabeza. Es de una malla medio blanda medio rígida, y la aseguran con unas correas a la mesa y jalan, de tal manera que uno queda atrapado. Hay un tubo que entra de la boca hasta la garganta y por el cual se respira; un tubo redondo de manguera para rociar jardines, muy incómodo. Los ojos quedan apretados, sin luz; la cabeza absolutamente inmóvil, y por ahí derecho también las piernas, los brazos. La relación con la vida busca el pecho, busca la respiración. El pecho está tenso, luché para apaciguarlo, distensionarlo y permitir que me diera unos milímetros de juego en relación con la máscara que, entre otras, llega hasta el esternón. La respiración, de miedo, se agita, se hace más nerviosa. Hay que ablandarla. Dejarla pausar. Se fue recuperando el ritmo. Mientras, yo opté por soltar mi fantasía erótica para ocupar el miedo. No fantasías con lo que estaba sucediendo, que en otras épocas de mi vida las tuve: enfermera con guantes, inmovilidad, respiración por la boca, no. La fantasía se escapaba a la calle y de la calle a recintos cerrados donde se daban los juegos, pero mientras eso pasaba, la respiración por la boca resecaba la garganta y reseca ella había que toser o lubricarla con babas, que salían solo del acto de tragar, la manzana de Adán se movía para dejar pasar la saliva y no irse por el camino de herradura, pero entonces mi cabeza se movía un poquito y venía el miedo de que el tiro cambiara de blanco y de logar que diera en el cerebelo o en las carótidas, las del degüello, tan nombradas. Miedo asaltante.

Al fin, después de setenta respiraciones completas, oí que desenganchaban los prenses de metal con que tenían asegurada la máscara. Volví a respirar. Quedé tronado no sé si por la máscara o por el tiro. Pero salí vivo.

20 DE SEPTIEMBRE

Hoy cumpliré las primeras diez sesiones de radio. Los efectos secundarios han ido aumentando: escasez de saliva y, por tanto, espesor de la baba, cansancio, somnolencia, dolorcito de garganta, irritación de lengua y mucosas y, sobre todo, pérdida acelerada del

gusto. La comida me sabe poco, un poco como si comiera algodón; alcanzo a olerla, pero no a degustarla, lo que crea un desajuste desconocido. El sabor de la comida depende de la consistencia tanto del gusto como del olfato. La condición mía ahora es que tengo deseos de comer, pero inapetencia a la hora de tratar de hacerlo. Todo sabe igual —o mejor, no sabe—, pero se pierden por eso las ganas de tragar. Las frutas y los dulces, que son los alimentos que más me gustan, conservan lejanamente sus estímulos, pero son de muy corta duración. Después del primer sabor, todo sabe a lo mismo, es decir, a nada. La ausencia del gusto crea un despecho que al final se vive como un reproche contra uno. Mi ego echa de menos la gula, que se queda a medio camino porque las ganas existen, pero la satisfacción no, y ese vacío se vive como un engaño.

No he llegado a la mitad del tratamiento, en el mejor de los casos a un tercio. Los efectos secundarios aumentarán, sobre todo de la mitad hacia el final. Estoy dispuesto a soportarlo, ojalá cada día con menos quejas y más aguante. La victimización, que es en el fondo una manera de no aceptar el sufrimiento alardeando de sufrir, impide precisamente sufrir en silencio, presencia, aceptación y, añadiría, dignidad. Trato de convertir cada llamado a la queja en un llamado a la presencia y aceptación del sufrimiento, e incluso de sufrimiento por no poder hacerlo en silencio. Las manifestaciones de la queja son muchas: respiración notoriamente alterada de sufrimiento, que es como responsabilizar a otro, a quien está cerca, del padecimiento propio —echarle la culpa—, la más ordinaria y frecuente; los ojos al cielo en señal de aceptación y padecimiento (queja Greco). También se puede cerrar los ojos en actitud de autoflagelación interior (queja mística). Me he notado caminando cojo, como cuando un carro prende las luces de parqueo y anda lento, esperando consideración. Se puede expresar por otros medios: dolor de cabeza, dolor de hombro. No sé ahora si el sueño o la somnolencia es una queja, o una huida, o las dos cosas al tiempo.

La saliva, al espesarse, me ha hecho recordar la baba de los deportistas; la mía, al escupirla —lo que es muy difícil— es de color gargajo de gripa. Hablo así porque no puedo hacer descripciones

asépticas. Por la barriga, alrededor del "botón" sale otra baba del mismo color, hedionda esta porque me parece ser una especie de popó en formación. Estas "vergüenzas" me hacen sufrir, pero las uso como queja, las denuncio al público familiar como salvándome de su contagio asqueroso.

Creo que, desde el comienzo del tratamiento, los perros —heraldos negros— aparecen menos cotidianamente. Creo que la percepción de poder curarme es más fuerte y esperanzadora, o por lo menos debilita la del negro túnel. Siento más confianza en que puedo curarme y esa es una de las bases para poder resistir el debilitamiento de la queja. Sin embargo, he llegado a una situación paradoxal. Creo que los males de la garganta crecen por el cáncer y no por el tratamiento, pero el tratamiento me hace pensar que el cáncer perdió importancia. ¡Oh, confusión!

El viernes todo salía bien. Llegué a la casa alegre y optimista. Con Adri íbamos a tomar café. Me tomé las primeras drogas del corazón, pero me dio miedo la brilinta, más grande y seca. Al pasarla se quedó en el esófago superior, cerca de la ye que va al pulmón. Comencé a toser, pero el aire salía por este hueco y no la podía sacar; donde estaba no podía abrir y la asfixia —no sé por qué— me azaraba, no me entraba el aire. Era un dolor que sentí claramente amenazante. Daba miedo. Tosía y trataba de expulsarla vomitándola. Después de varios intentos salieron las pastillas que iban adelantadas, pero la amarilla, la brilinta, no. Más aún, no se movía. Intentos, angustia, gritos, socorros; el tiempo pasaba. Adri paralizada y bueno… ¿Qué hacemos? De un momento a otro, después de juntar un buche de mocos, baba y lágrimas, salió la pastillita. Aire, puro o no puro, pero aire en el pulmón, tranquilidad al corazón.

No sé por qué —amor por quien vivo y me hace vivir— recordé algo sobre el "sacrificio". Así lo llamamos y lo llama el cristianismo —que es su forma esotérica— y lo practico con Gurdjieff. El recuerdo es claro. Yo tenía nueve años, era amigo de Tete, mi prima González, rezandera, beata y cariñosa. Me gustaba andar con ella. Estaba por irse al convento, tanta cantaleta había hecho, que le regalaron un órgano

pequeño, que nunca tocó esperando que las monjitas Carmelitas de Santa Teresita vinieran por ella. El caso es que una tarde de domingo nos fuimos a jugar al monte todos los primos. Nos escondíamos y alguien nos buscaba, me tocó con Tete. Preguntó: ¿Tú haces sacrificios para salvar tu alma? Yo había oído algo de eso en la iglesia o con mis tías Bravo —más beatas que piadosas—. La única que no entraba en esa colada era Mariela. Rezaba, pero no lamía baldosa. Yo no le respondí, pero la pregunta me daba vueltas y ella amenazaba con las llamas del infierno. En la casa —me dijo— se están robando los huevos de las gallinas y hasta las pollas. Yo no sabía, nunca me robé nada de eso, aunque sí unas peras verdes que nunca maduraban, pero eran robos de una categoría que me eximía del pecado. De lo otro, ni mu. Pero yo tenía la sospecha de que quien se robaba los huevos era el primo Francisco, el mayor, el más hipócrita y lambón, a quien le fascinaban los huevos. Como era tan lambón, le echábamos el pato. Juan Manuel era, por lo menos, más divertido y hacía de sus pecados una burla, se robaba las pollas para jugar con ellas. Tenía catorce años, plena adolescencia. No sé lo que haría, pero un día nos invitó: es rico, a ellas les gusta. No tuvo partidarios, por lo demás, porque a mí las plumas de gallina me huelen horrible. De todas maneras, el pecado y el sacrificio me quedaron sonando y no sé si confesarlos a la prima era mi condición, porque a los curas del colegio ni por el putas. Pero también habló del sacrificio físico. ¿Como cuál, Tete?, pregunté. Como una piedra en el zapato. Las monjitas se ponen cilicios —y me explicó su clase y dolor que daban—, y todo por el Señor. Porque hay que hacer el sacrificio con sufrimiento y hacerlo para Él.

La cantaron a ella y se fue, yo me quedé pensando, escondido, acurrucado. Me quedé mirando una mata de mora (¿la misma zarza de José?) llena de pequeñas espinas como de forma de sombrero de papel, pero fluida y cortante en la cúpula de los triángulos. Me clavé varias en la piel de la muñeca izquierda, la más fácil. Salió un poquito de sangre y quedé transportado al mundo de mi comunión con el Señor: gotas de sangre iguales, gotas del ser humano, misas para recuperar las del niño Jesús que se había crecido, era hombre grande, quizá me llevaba unos quince años apenas; yo tenía nueve y él comenzó a los treinta y tres, pero antes había estado predicando por

ahí. Bueno, ¡no era un viejo! Me vine yo a acordar de mi prima Tete sesenta y ocho años después.

Pero hay algo que mirado desde el *Trabajo*[4] es válido: el sacrificio mismo, el sufrimiento como camino —el único— para llegar a la esencia. Todos los demás me parecen huidas místicas: la oración, la confesión, el retiro reflexivo, todos son válidos si el sacrificio está incluido y si no se quedan uno y otro en formato, en dejar monedas en el templo delante de todos. Fariseísmo puro. El sacrificio verdadero es renunciar a hábitos, a la parálisis del "sueño", a algo que el ego grite de rabia y de dolor. ¡Y grita fácil! El verdadero objetivo es hacerle tiros al ego para despejar el camino, entre laberintos y tentaciones de ser eternos, que lleva a la esencia. Esos tiros son sacrificios, renuncias, martirios al ego. Pero Tete me dejó ver un vislumbre: Hay que hacerlo por Él, el ensangrentado, humillado, para quien el sufrimiento y el dolor eran su oración. Hacer lo mismo o tratar de montarse en la barca del sacrificio llevada hasta una corriente de dolor común, de sacrificio común, que nos une, el lazo del grupo, de los discípulos, ella se pierde, se rompe; lo que enlaza con el sacrificio de los hombres es que siempre sean "por Él", pero de una manera real: hacer la renuncia, tener la experiencia del sacrificio por Él, aguantarse el dolor por Él les da sentido a los sacrificios y, según entiendo, es sacrificio útil, dice Gurdjieff. El dolor del "Todocreador", que sintió arrepentimiento al ver que éramos babosas y no hombres. Entre babosas y hombres media el camino del sacrificio. El hombre ha sido creado a imagen del creador; es la misma sustancia.

Después del susto la médica me vio, miró y opinó que todo estaba normal, y que eran los síntomas conocidos y previstos, que, por tanto, todo iba bien. Me prohibió viajar en avión para impedir que el oído me molestara y "hasta podría rompérsele. Mejor carretera".

Viajé al Llano. Íbamos a un encuentro entre la Farc y la Comisión de la Verdad para completar una línea de tiempo. Había cincuenta mandos, todos comparecientes ante la JEP, unos conocidos, otros no. Mi sensación general es contradictoria: están dispuestos a hablar hasta donde puedan, pero frenados por la versión oficial, sobre la cual ya

tienen instrucciones. La Farc dará versiones oficiales, colectivas; si hay interés en las declaraciones individuales, sería asumiendo las consecuencias. Olvidan que no tienen esas declaraciones mérito judicial.

Estuvimos en reuniones los tres días, aunque mucho menos formales que los comandantes. El Llano me quitó buena parte del achante quejumbroso en que andaba. Pasamos por la empinada trocha de Mesa Grande, que sale un kilómetro antes de Guyabetal y cae un kilómetro después.

Una circunvalar de montaña. Tierras buenas, frisos, algunas cultivadas, otras en bosque de niebla: en dos palabras, preciosa subidita a las nubes perpetuas. Al regreso a Bogotá, el lunes, gran trancón en el peaje de Pipiral: cinco horas y después palanqueé permisos, hasta que de Bogotá llegó el palanqueado por la CEV y pasamos. No me cabe duda de que el terraplén que sobre la montaña se construyó para 30.000 gallinas al tiempo es una de las causas del derrumbe, que parece estar vivo: piedra redonda sostenida con arena gruesa gris. ¡Se viene abajo! Si no lo han tocado, pese al peligro inminente, es porque los abogados están echándose la culpa mutuamente.

2 DE OCTUBRE

El Llano me ayudó a cambiar de horizonte, de clima, de tema y estuve tranquilo. Pero el regreso me ha dado duro. El cuello ha sido fuertemente golpeado. Me duele, siento el trazo interino de los rayos; la garganta me duele porque está irritada; la boca llena de aftas. No sé usar bien los remedios y pareciera que sus efectos sobre el dolor son limitados. Me molesta ligeramente el dolor de cabeza —nunca declarado—, el dolor de huesos, las neuralgias musculares. No son fuertes, son como amenazas permanentes que a veces me recuerdan que están ahí. En ocasiones pierdo un poco el equilibrio y, si no lo corrijo, diría que ando renco y encorvado. Me fastidian en exceso las flemas, cuya producción es incesante. Cuesta acordarme de buscar la presencia en las incomodidades, dolores y demás molestias; creo estar presente, pero nada, vuelvo a la queja y ni siquiera logro estar con ella. El cuerpo en general no sabe qué le pasa, si es gripe, si es

guayabo, y lo más angustioso: no sabemos, ni él ni yo, si se trata de la enfermedad en avance o del tratamiento avanzando.

He tratado de orar y termino evadiéndolo con un pensamiento tan válido como alcahueta del pare: ¿Qué méritos tengo para pedir ayuda? ¿A cambio de qué? Y ahí quedo. Fuera de lugar. He tratado también de estar conmigo cada vez que un síntoma molesto me llama. Acudo, pero no sostengo; me voy con la queja. Busco el trabajo como terapia y, claro, no resulta. Pero soltar, soltar profundo, respirar hondo sí me ha permitido sentir el síntoma objetivamente, frente a mí y no dentro de mí. Creo que es el logro más destacado y visible.

Ayer discutimos todo el día en la Comisión qué nos está pasando. Dos miembros no quisieron ir a San Francisco para provocar la crisis. Y en ella estamos. Ayer examinamos qué nos pasaba, cuáles eran los problemas que teníamos que afrontar. Patricia y el mayor dijeron, en oposición a mi tesis, que la regla de oro de la mayoría para ellos es inaceptable porque el resto es un bloque unificado. Creo que frente a la democracia tienen razón.

21 DE OCTUBRE

Antonia estuvo entre el viernes cuatro y el domingo veinte. Es natural que en estos días no escribiera. Llegó en el momento preciso, pues estas dos semanas me han dado muy duro. Los síntomas han empeorado: la debilidad se acentuó hacia la tercera parte y llegué a pesar 61 kilos; cuando comencé el tratamiento tenía 68. Es decir, bajé siete kilos. La garganta inflamada produce una gran cantidad de flemas, en aumento, claro; los sapitos por el lado izquierdo también muy incómodos; el trastabilleo y cierto desequilibrio al caminar, la debilidad de la memoria, sueños esporádicos, más fantasías que sueño de almohada y ojos llorosos fueron los síntomas que se agravaron. Cuando llegó Antonia, y después Adriana, fueron mejorando y creo que gracias a Juan y a Gladys, que las unieron al equipo de “cuidados intensivos alimenticios” y subieron la dosis de Glucerna, más agua, más electrolitos, menos agite, fui subiendo hasta estar hoy en 64 kilos. Mi gente ha sido el apoyo. Amables, cariñosos, preocupados, diligentes; uno hace los menjurjes, el otro corta el curetaje, otro trae

agua, otro me consiente: un equipo sincronizado por el amor. Estoy muy agradecido.

Mucho tuvo que ver Antonia. Estuvo conmigo madura, sin sensiblerías, aunque yo notara que en su fondo estaba en un laberinto como el mío. Yo amanecía un día optimista y otro pesimista, ningún extremo, pero agudizados por momentos para un lado o para el otro. (Canta el gallo, blanco saraviado con plumas rojas y cobalto verde en las alas, cresta fina y grande, y a veces logra ser un tenor claro y sostenido. Le ha cogido confianza a la gallina. Se llama Bartolito. ¿Quizás el canto alto, mirando al cielo enérgico, me da optimismo?)

Antonia ha llegado a una madurez y un equilibrio muy avanzados. Es la opinión de todos los que la tratamos en estas semanas. Pelea con la mamá, es respondona y no tiene filtro cuando revira, igual a Adri. También conmigo a veces, se para firme como el Bartolito y canta duro. Lo que sea. Jugamos mucho al espacio vital de mi cuerpo es mío: para que mirara las limitaciones de la atención sobre su cuerpo.

CARTA

Ayer íbamos tristes al aeropuerto a dejarte a las cuatro de la mañana. Te levantaste sin ruegos y sin llamados autoritarios. Estabas en pleno poder sobre ti, dejaste a la adolescente perezosa entre las cobijas. Lo hiciste varias veces en estas semanas. Salimos con María E., que quiso acompañarnos como una gata enfundada en una cobija. Fue un viaje silencioso, cada cual con sus temores, su lágrima atravesada y contenida. Sin darle oportunidad a que traspasara el párpado. Todo andaba vivo: las arepas con queso, *La casa de las flores*, las jeringas, las drogas, la flema, las conversaciones íntimas secretas que se convierten en los cimientos de una gran arquitectura amorosa. Todo el futuro se aclaró con las dudas y no puso fechas ni condiciones para volver a plantear preguntas desechando respuestas inmodificables. Quedamos con la cabeza más tranquila, pero no menos acuciosa. Seguían dando vueltas en el viaje lo que dejábamos flotando como sobras tímidas: el jugo de mango y los fríjoles negros, el jugo de granadilla y las servilletas gastadas sin ahorro, el miedo a los derrames del aparato de alimentación, los celos con Sofía, mis desesperaciones cortas y

groseras, los pañuelos para la nariz que bota un liquidito antipático que si se seca impide respirar. Las narraciones, dando vueltas de silla en silla, invitando a perras de agua caliente, la lluvia por la noche. Todo tuvo en el viaje su momento para enlazarnos en silencio.

La despedida fue corta. La pata pa lante, una mirada a los ojos, un apretón cómplice con las manos y un adiós mudo hasta un "vamos" cortante, decidido y valiente. Vi flotando tu pelo entre figuras desconocidas hasta que desapareciste entre esas figuras irrelevantes. El regreso fue igual; María E. de gata y yo de estatua hecha a cincel.

Creo no haber hablado, pero tampoco caí en un silencio interrumpido por la sensiblería ni el reproche. Todo lo vivido seguía vivo, una prolongación celebrante de la dicha vivida. Cuando me acosté anoche y vi tu cama destendida, solté una liviana lágrima de punto aparte.

OCTUBRE 26

Ayer acabé la segunda etapa. Quedaron atrás la de las sospechas hasta llegar a Jiménez, la del diagnóstico de Jiménez y Moreno y ahora esta, con Vargas y Yurani.

Entré a la de Vargas prolongando dos sensaciones que se contradecían: una, la entrega, que no solo aceptaba mansamente ("mansos los Molanos son…"), sino que también apretaba lágrimas. La penúltima vez que estuve en Honda y me vine con María E. por el camino de San Juan, solté varias pensando en ti. La otra sensación era el pánico: se aparecían de las sombras perros negros con colmillos afilados y cortos. Terror. No duraban mucho, pero les tenía el miedo que de niño le tenía a la oscuridad. Yo me negaba a apagar la vela en El Líbano y le lloraba a mi mamá que lo hiciera cuando estuviera dormido.

A las primeras radios —a muchas me acompañaste— entraba fuerte, un poco haciendo gala de mi disposición y un poco de soberbia: "Mi cuerpo resiste". Pero a medida que los golpes aumentaban, no me quedó sino la disposición a sostenerme. El personal del centro de cáncer es amable, cariñoso, solidario; la posición de Nefertiti, incómoda, agobiante. Yo salía cada vez más débil, con el equilibrio más golpeado: las piernas cedían y no me sostenían con fuerza; la

cabeza se me iba un poco. Pero, como decimos los colombianos para rematar la tragedia que contamos, “en fin…”.

La quimio era larga, ocho de la mañana a una de la tarde, pero descansada en la clínica. Daban unas borracheritas soñolientas sin trascendencia. Un arrulladito sin perder la conciencia… Tengo el recuerdo de que ahí *trabajé*[5] bastante la aceptación, el “Señor ten piedad”, el vínculo abierto con el Señor de Monserrate, mi dios de la niñez, al que yo dedicaba sacrificios. Una muy importante recuperación de un vínculo enterrado.

He tenido también instantes de ira desbocada. Cuando me riegan los alimentos que no saben a nada, pero que huelen a niño, bizcocho y pienso de vaca. Un estallido de soberbia e impotencia, brusco, injusto y agresivo. Un símbolo, sí, porque no puedo hablar; un gesto de rechazo, violento porque es un gesto rápido, autoritario, que busca suspender lo que está pasando. Pero es también un gesto que se cae solo y abre un perdón, siempre bien recibido por la Saga, a quien tanto herí con esta “salida de tono” y que ha sido mi apoyo incondicional.

También me desesperaban los niños como abejitas por toda la sala, gritándose, enredándose con todo, mirando asombrados y tratando de ayudar. Recuerdo una Zona de Alimentación en que estaban los niños; Antonia, ya expulsada del combo de los “chiquitos”; María E., todos mis hijos, mis nueras. Todos querían ayudar, creo que para quitarse los miedos o para ayudar a quitar los míos; o por amor, o por lo que fuera, pero todos querían —y así lo vi— darme vida. Gladys, que monopolizó la jeringa, las dosis, el orden, estuvo impulsada de santa paciencia. María E. con sus manos temblorosas, Adriana con la misma herencia, lograban empujar el líquido riéndose o burlándose. Todos mariposeaban alrededor, opinaban, se reían. Antonia violaba su “espacio vital” y se enredaba en mis piernas por estar cerca de mí. Su sonrisa me quitaba toda pena. Fue la manifestación más pura de eso que el flaco Bateman llamaba la “Cadena de Afectos”, que lo rodea a uno y que se vuelve el gran apoyo y la gran defensa: una muralla.

Un balance corto. La fuerza con que se toma la decisión de entrar al tratamiento era grande. Además, porque no tenía alternativa. Pero,

aunque se sostuvo hasta el final y se sostiene hoy, y seguramente mañana, es una fuerza que se muestra en el debilitamiento del cuerpo y no de la voluntad. Así, estoy seguro, a pesar de que ahora me dé vueltas que lo curativo fracase y deba entrar en un tratamiento paliativo que podría comenzar con cirugía. Dios no lo quiera. (¡Señor, ten piedad!)

Según los médicos, ahora habrá una etapa de recuperación. Iré a Honda ocho días y regresaré a Bogotá a retomar muy formalmente la Comisión. Sé que orar exige tener derecho a pedir, siempre y cuando se le haya abonado en sacrificio, que es lo que trato de hacer a menudo, entregándome a Su Voluntad.

4 Hace referencia a las prácticas de la enseñanza de Gurdjieff.
5 Se refiere al ejercicio interior de recuerdo de sí y búsqueda de presencia de la enseñanza del Cuarto Camino de Gurdjieff.

* * *

Alfredo Molano Bravo murió el 31 de octubre de 2019.

CUATRO

LA DESPEDIDA

CARTA DE DESPEDIDA DE ANTONIA EN EL CEMENTERIO

Hola, abuelo, soy Antonia. Te escribo esta carta, aunque sé que nunca te va a llegar físicamente, y te voy a ser totalmente sincera sobre mis sentimientos. Primero, quiero que sepas que te sigo amando igual o aún más que cuando estabas en esta dimensión y que tu muerte me llegó muchísimo más rápido de lo que pensé. Te voy a contar cómo la sentí.

Ese día había llegado del colegio y me había ido a gimnasia, al volver me tenían una pequeña noticia: el abuelo está en reanimación. Mi mamá gritó como angustiada y yo me quedé perpleja. No entendía qué era eso y si era verdaderamente grave. Tranquilicé a mi mamá y seguí planeando mi cumpleaños, que era en dos días; duré diciendo como tres horas lo que iba a hacer y con quién. Ya estaba todo decidido y completo, así que nos fuimos a dormir.

Como en la madrugada, a eso de la una o una y media, yo oí que alguien lloraba y pataleaba el piso y con todo ese revoltijo me desperté y empecé a pensar en silencio: ¿Será que a mi abuelo le pasó algo? En ese momento se me aceleró el corazón, mis ojos se aguaron y se me pasaron todo tipo de cosas por la cabeza, menos que tú, mi vida, se me hubiera muerto. Luego de veinte minutos pensando y repensando, decidí levantarme y averiguar qué pasaba. Me levanté con toda la fuerza del mundo y caminé hacia la sala. Mi abuela estaba llorando y al mismo tiempo hablando por teléfono; mi mamá lloraba como sin saber qué hacer y yo miré aterrada la situación.

Mi mamá me vio y justo mi abuela había colgado, mi mamá me dijo dulcemente: Ven, siéntate con nosotras. Le pregunté: ¿Qué pasó, mami?, con los ojos aguados y ya completamente confundida. Me senté, me cogió de la mano y me dijo: Mi amor, este va a ser de los momentos más difíciles de tu vida, el abuelo se nos fue. Yo, toda confundida y sorprendida, le pregunté: ¿A dónde? Mi mamá me miró y me dijo claramente: Se nos murió. Quedé en shock y en ese momento se me cayó el mundo.

Abuelo, te soy sincera, no paré de llorar y aunque pasaran las horas y la luz alumbrara mi ventana, yo seguía llorando, triste. Me sentía sola porque te me habías ido, el amor de mi vida, lo que yo más amaba y contemplaba en este mundo. Seguí llorando y recordaba cómo eran tu carita, tu pelito, tus ojitos y tus manos. ¡Ay, tus manitas! Lloraba gritando: extraño tus manitas.

Abuelo, fuiste el amor más grande que tuve en esta vida y te doy gracias por hacerme feliz. Solo te pido que no me olvides, que me sigas amando y que esa conexión que siempre tuvimos no se vaya con tu partida. Abuelo, no olvides que yo te sigo amando, perdóname si te he ofendido.

TE AMO, NO ME DEJES SOLA.

EL SACO ROJO

Ese saco rojo que usabas todas las mañanas al despertarte cuando ibas a tomar café, el saco rojo que arropaba tus brazos cuando escribías, ese saco rojo que no fue uno sino muchos: cada que pasaba la vida tenías un nuevo saco rojo, siempre de diferente marca, siempre de diferentes tonalidades, pero nunca dejó de ser rojo.

Mis ojos vieron varios sacos y todos tenían algo en común: cuando tú lo tenías y me abrazabas, me sentía a salvo, como si fuera mi protección, mi amuleto.

Ese saco rojo que siempre tuviste te acompañó hasta tus últimos días. Ese saco rojo que aún mantiene tu olor, tu sensación y tu amor. Yo soy la afortunada de tener ahora ese saco rojo, pero ahora sin tus brazos, sin tu pecho y sin esa sensación de seguridad y tranquilidad al abrazarte con ese saco rojo.

Ahora solo me queda el saco rojo para sentirte, para olerte; ahora lo abrazo y siento todo lo que vivimos juntos al lado del saco rojo. Añoro abrazarlo y que tu amor no esté detrás de él, añoro abrir un ojo y verte poniéndote ese saco rojo, un pantalón de sudadera gris y unos tenis amarillos que usabas como si fueran pantuflas. Extraño abrir mis ojos y verte con tu saco rojo preguntándome si quiero milo, ya que tú te vas a hacer un café. No me hallo sin ti y solo veo ese saco rojo que abrazo cuando me haces falta y huelo cuando no te encuentro.

Sé que algún día se le va a ir este olor al saco rojo que huele a ti, a tu amor, a tus abrazos y a tu café, pero no podré hacer nada,

igual seguirás metido en el saco rojo que para mí es un portal entre tú y yo; es esa conexión que seguimos teniendo y aunque se le vaya tu olor al saco rojo, tú seguirás ahí, viéndome con esos ojos de enamorado que me ponías con que yo me derretía.

Adiós, abuelo. Aquí te tendré y también tu saco rojo.

CINCO

ADDENDUM

PALABRAS CON OCASIÓN DEL TÍTULO DE DOCTOR *HONORIS CAUSA* QUE LE OTORGÓ LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

La distinción académica que recibimos de la Universidad Nacional nos llena de una sincera y profunda alegría. Aquí nos formamos, aquí se caldearon nuestros sueños, aquí aprendimos a encarar el futuro. Estamos agradecidos con la universidad por lo que nos dio y por lo que hoy nos otorga. Volver a estar aquí es revivir aquellos días en los que el hoy estaba tan lejos.

Permítanme hablar ahora en primera persona porque es en ella en la que yo he contado lo que me cuentan.

No es, claro está, de mi vida de lo que quiero hablar, es la historia personal de una mirada.

No puedo evitar —aunque lo intente— recordar mi primer día de universidad, quizás un ocho de febrero. Lo viví como entrando al panteón de los héroes porque había ganado una gran batalla: estudiar Sociología en lugar de cursar Derecho, la profesión de mis tíos y de mis abuelos, y porque había aprobado los exámenes de admisión sobre bases académicas muy endebles habiendo hecho, como hice, mi bachillerato entre mesas de billar y salas de cine.

Había, además, pasado la entrevista con Orlando Fals Borda, Camilo Torres Restrepo y Eduardo Umaña Luna, tres de las personas que más

han influido en mi vida y en mi generación. Orlando nos abrió la puerta al país real; Camilo, al país posible, y Umaña Luna, al mundo de la ética. Materias todas que seguiríamos cursando en la facultad con otros profesores y bajo distintas cátedras: Tomás Dukay, republicano exiliado; Chucho Arango, torrente de historia; Juan Friede, estricto, exacto, crítico; Virginia Gutiérrez, Ernesto Guhl, Enrique Valencia, solo para nombrar aquellos que recupera esta memoria que ya comienza a hacer aguas. Lo que en las aulas oíamos, en los prados digeríamos y en la 26 o en la 45, a piedra, defendimos. Teníamos que entregar intacto el legado de las luchas estudiantiles del 28 contra la Hegemonía Conservadora; las del 54 contra la dictadura de Rojas Pinilla, y afirmar la nuestra contra el Frente Nacional, contra la agresión norteamericana a Cuba, contra el asalto a Marquetalia. Para ninguno fue fácil dejar la universidad. Se sale del campus, pero no muy lejos; la vida real da miedo. Me desprendí de la Nacional a duras penas.

Héctor Abad Gómez, el mártir, nos llevó a varios de los nuevos sociólogos a trabajar en la reforma agraria. Me mandó sin preámbulo al alto Sinú: Vaya, mire y me cuenta, me dijo. Córdoba andaba revuelta: los campesinos pedían las tierras que los terratenientes les quitaban desecando las ciénagas, corriendo cercas, quemando escrituras. El Incora se entretenía construyendo un distrito de riego que con el tiempo terminaría fertilizando las tierras de los grandes hacendados. En la cabecera del río Sinú, que es también la del San Jorge, había colonos arrinconados por el Ejército. Se trataba de poner en práctica el operativo norteamericano en Vietnam de las Aldeas Estratégicas. O, mejor dicho, de sacar a los colonos de sus tierras para concentrarlos en sitios determinados y poder bombardear las nacientes guerrillas. Yo regresé a Bogotá con el credo en la boca: el gerente habló con el presidente; el presidente, con el general, y la operación se suspendió. Fue en Juan José, un pueblo donde después entregaría armas el EPL, donde yo oí por boca de un campesino hablar por primera vez de los “años del tropel”, años de sangre.

No me era extraña la violencia, a pesar de haber nacido en un área rural donde no la hubo. Sin embargo, el 9 de abril Bogotá ardía y

desde mi casa veíamos el resplandor de las llamas que consumían la ciudad. Tres días después la Policía se llevó a unos forasteros que, se dijo, habían dejado salir de La Picota, y el general Amadeo Rodríguez, jefe civil y militar de La Calera, los fusiló, sin juicio, en el alto de las Tres Cruces. Según él, "eran nueveabrileños". Mi casa quedaba en un páramo apacible desde donde se oía pitar el tren de la sabana a las cinco de la tarde, hora en que los trabajadores alzaban la mano de obra y llegaban a mi casa a comer: entonces hablaban, contaban su día, su historia, se reían, se burlaban unos de otros y a veces hasta tocaban tiple. Yo los oía embelesado, eran mis héroes.

En algún veraneo en Chicoral, en la plaza del pueblo, vi descargar dos cadáveres que traían a caballo; les vi los ojos horrorizados y secos. El alcalde dijo que eran bandoleros. En Tocaima, en otro veraneo, vi las calles de la plaza llenas de mujeres y de niños durmiendo en las aceras. Oí decir que eran gente que no quería trabajar.

Cuando leí *La Violencia en Colombia*, el libro de monseñor Guzmán, Fals y Umaña, supe que se trataba de esas historias que quedaron grabadas en mi alma. La facultad de Sociología era un hervidero de ideas. Los periódicos hablaban mal de ella y nosotros, de ellos. Buscábamos la verdad en algún barrio del sur de Bogotá y en alguna vereda de Boyacá donde hacíamos prácticas de campo para contrastar las tesis de la sociología académica, un poco densa, a decir verdad. Una distancia que fue aumentando al ritmo en que me reencontré con la mirada campesina, ese agujero por donde sigo mirando el país.

Al regresar de estudiar en París —donde aprendí poco y divagué mucho—, quise hacer mi tesis de grado sobre la renta de la tierra, un tema de moda entre los intelectuales. Opté por hacer el trabajo de campo en Granada, un pueblo lejano en el río Ariari que yo había conocido de niño con el nombre de Boca de Monte y donde me habían mostrado de lejos al temible "Tuerto" Giraldo, un guerrillero liberal. El Ariari era una tierra arrancada a la selva por colonos de Tolima y de Cundinamarca. Busqué ansioso información para mi tesis. La gente me respondía con una mezcla de generosidad y desconfianza, hasta que, viendo mi torpeza, la primera le ganó la partida a la segunda y

entonces me contaban su vida: unos habían llegado de la guerra remontando la cordillera Oriental con sus hijos y sus corotos a cuestas, otros habían llegado en bus con el "solo encapullado". Todos huyendo, todos buscando tierras nuevas. Sus historias apasionadas, enriquecidas con sueños, adoloridas por la persecución, me hicieron olvidar la tesis y las caras doctorales de mis calificadores franceses.

Fue en Bogotá donde, a cambio de una historia, cedí a la tentación de tener un cartón. No me cupo duda, era demasiado lo que me habían contado los colonos, era muy grande mi compromiso. Opté a conciencia por contar lo que me habían contado, diría mejor, lo que me habían confiado. Lo escribí en primera persona como si ellos, los colonos, lo hubieran escrito. Tal subjetividad —dictaminó la doctrina — reñía con la naturaleza objetiva y aséptica de la ciencia. No se podía distinguir entre la verdad y la fantasía. Para mí, la cuestión no era de método sino de ética. Se produjo entonces un rompimiento a ciencia y conciencia, una "ruptura epistemológica" con lo que parecía más un juez que un maestro.

Y sobre este rompimiento eché a andar.

Los colonos de El Pato, que se habían tomado Neiva después de un bombardeo infame, me enseñaron a oír sus reclamos históricos; en el Valle del Cauca, en Caldas, en Tolima, las víctimas de los pájaros en Ceylán y de los chulavitas en Sevilla, y los huérfanos de los crucificados en Rovira, me hicieron arte y parte de su tragedia. Seguí las huellas de los levantamientos de Guadalupe Salcedo y del Tuerto Giraldo en el Llano; de Isauro Yosa y de Charro Negro en Tolima. Pero, sobre todo, recogí el eco del dolor de hombres y mujeres que en una mina de oro en el Naquén, en un manglar del Pacífico, en un río de Chocó rebuscaban lo que la selva les diera, lo que las aguas les llevaran ante la indiferencia suprema del Estado. Así, de costa a costa, de río en río, de camino en camino, hice lo que un negro viejo en el Charco, Nariño, me dijo: "Para conocer, señor, hay que andar". Un consejo que ha sido el itinerario de mi vida.

Oír las voces de las gentes no fue suficiente. Para no usurparlas, había que escribirlas en el mismo tono y el mismo lenguaje en que habían

sido escuchadas. No fue fácil desembarazarme del idioma conceptual que me impedía ver y hablar. Un afortunado día escribir se me volvió obligatorio, incluso apasionante. Pero todavía faltaba saber si sería útil. Poco a poco esta condición abrió camino al constatar que la gente llana entendía lo que yo escribía con su voz. Los colonos, los aventureros, los guerrilleros, los despojados y hasta los desaparecidos adquirían así vida textual. Entendí que los relatos podían servirles de espejo para que se reconocieran y recabaran en la fuerza que, sin saberlo, cargaban. Comprendí que la aceptación de los textos —mi aspiración más secreta— me satisfacía, no porque me justificaran, sino porque por ahí el conocimiento encontraba objeto, cumplía su razón de ser. Oír a la gente reírse de sí misma, discutir sus propios testimonios, volver a sufrir sus dolores, interrogarse, aceptarse, era el sentido vital que yo podía reclamarle al conocimiento. Ya no era la curiosidad de oírlos y de gozar su lenguaje y sus maneras particulares de entender el mundo, ahora era la gratísima sensación de que lo que uno había hecho era acogido.

El conocimiento es una especie de hijo pródigo que solo encuentra suspiro cuando regresa a su fuente. Escuchar —perdónenme el tono— es ante todo una actitud humilde que permite poner al otro por delante de mí, o mejor, reconocer que estoy frente al otro. Escuchar es limpiar lo que me distancia del vecino o del afuerano, que es lo mismo que me distancia de mí. El camino, pues, da la vuelta. Escuchar es casi escribir. Pero pregunto: ¿Cómo puede uno guardar lo que ha encontrado cuando ese hallazgo es un instante de plenitud?

La verdadera relación con otro ser humano es jubilosa porque ha logrado romper la trinchera del miedo. Pienso que guardar esa emoción podría ser dañino. No es solo una responsabilidad, sino también un asunto de vida o muerte. ¿Cómo seguir viviendo aislado cuando uno conoce al vecino y sabe, además, que vive tan solo como uno? Más aún: ¿cómo no comunicarle que uno existe? ¿Cómo no mandarle un papelito diciéndole: “Aquí estoy”? Eso es escribir. Se tiene miedo de escribir porque se tiene miedo de escuchar, porque se tiene miedo de vivir. Quizá por eso son más seguros los conceptos y los prejuicios.

Escuchar y escribir son actos gemelos que conducen a la creación. El conocimiento no es el resultado de la aplicación de unas reglas científicas sino un acto de inspiración cuyo origen me es vedado pero cuya responsabilidad me es exigida. Uno no escoge los temas, dice Sábato, los temas lo escogen a uno. La creación esconde la utopía, la aspiración a un mundo nuevo y distinto que puede ser tanto más real cuanto más simple. Las cosas suelen no estar más allá sino más acá.

Permítanme terminar diciendo que la creación es el movimiento de la vida. Por eso todo esfuerzo encaminado a conocer debe aspirar a crear, no a descubrir. Crear es, al fin y al cabo, un acto ético. Por eso, entre otras cosas, me honra recibir este doctorado *Honoris Causa* en compañía de ustedes y, sobre todo, del poeta Juan Manuel Roca, quien sin saber para quién escribe, sabe que lo hace en la madrugada:

Desde una nación donde alguien proscribe el sueño, donde gotea el tiempo como lluvia envilecida y la risa es condenada por traición a los espejos.

ESCRIBIR, VIVIR

DISCURSO EN LA ENTREGA
DEL PREMIO SIMÓN BOLÍVAR
A VIDA Y OBRA DE UN PERIODISTA

Bogotá, 4 de noviembre de 2016

Para mí, escribir es enfrentarme al ruido y al tiempo. Los primeros palotes, largos y negros, hechos con un lápiz sin punta, desbordaban los renglones del cuaderno; cuando aprendí a hacer las letras, *palmer*, con pluma, las manchas eran mi firma. Los exámenes de colegio, ya con bolígrafo, no solían responder preguntas sino ensayar retos. No aprendí a escribir bien a máquina, pero me gustaba oír el timbre al final de la línea. En una vieja Olivetti logré sacar en limpio una denuncia sobre las injusticias que a mi manera de ver se cometían en el colegio cuando cursaba tercero de bachillerato. Quedé fascinado por las letras de molde cuando la vi publicada en *La Nueva Prensa*, una renovadora y crítica revista dirigida por Alberto Zalamea. La publicación quedó dándome vueltas como un destino. Un año después dejé una carta romántica en la puerta de mi casa contándole a mi familia que no quería herirla, pero tenía que "obedecer mis instintos", y, encarnando la aventura de Alicia y Arturo Cova, escapé con mi novia adolescente a buscar el adentro del Llano. Al Llano siempre vuelvo a buscar lo mismo.

En la universidad mi escritura se volvió acartonada y seca, no encontraba ni el tono ni el tema, porque mis lectores eran profesores.

La excepción fue un manifiesto iracundo de protesta contra la muerte del compañero Carvalho, asesinado de un tiro en la frente por los servicios secretos. Mi primer libro, escrito a mano y con lápiz, como todos los de aquellos días, tenía tantas enmiendas como frases. Contaba mi encuentro con los ríos del Piedemonte, con las guerrillas y con la coca. No fue propiamente un libro, sino un cuaderno de campo escrito en una canoa, en una hamaca, en una estación de bus. No buscaba contar sino contarme. Quería conservar el eco de una madrugada oyendo los micos churucos —que imitan tigres— a orillas del río Guayabero; la peligrosa desconfianza de los guerrilleros y el vértigo alucinado con que los colonos machacaban con sus botas las hojas de coca, para sacar de ellas lo que ninguna promesa de gobierno había hecho realidad. Ese libro y todos los de aquella primera saga persiguieron, a la zaga de los hechos, lo que el tiempo borraba: testimonios de los guerrilleros liberales del Llano; de las "columnas de marcha", huyentes que habían llegado perseguidos por las armas de la república, acosados por el hambre, desde el sur de Tolima, desde el norte de Cauca, desde el Sumapaz, desde el Tequendama, que encontraban en el Piedemonte la posibilidad de sembrar caña para darles, por fin, algo dulce a sus hijos.

Escribí buscando los adentros de la gente en sus afueras, en sus padecimientos, su valor, sus ilusiones. Borraba más que escribía, hurgaba, rebuscaba el acorde de las sensaciones que vivía la gente con las que yo mismo llevaba cargadas en un morral. Un río crecido, una noche oscura, un jadeo, el terror de oír armas en las sombras eran caminos por donde entraba la vida que se jugaba en las selvas y por donde llegaba su soplo a mis letras. Creo que solo ahí, en el acecho, en el peligro, en el miedo aparecía el reclamo de justicia que yo buscaba para contarlo.

Escribir para mí es templar mis más secretas cuerdas y por eso tengo que borrar hasta traspasar la hoja, hasta encontrar el tono de la pasión por la vida y por la belleza que tiene la gente con la que me topo. La gente cuenta cuando se le oye y lo hace con una sinceridad limpia, cuenta lo pasado como si lo estuviera viviendo, en presente. Y lo hace con generosidad, con soltura, con humor, con fuerza. Chisporrotea. No

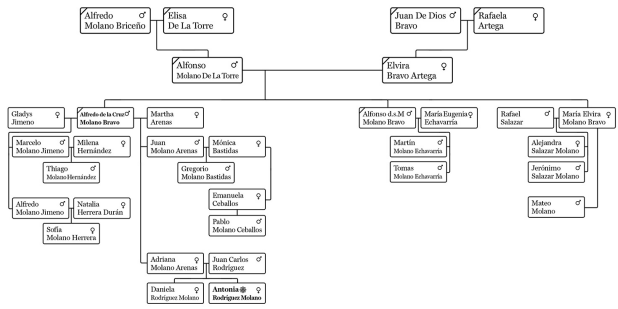
es difícil oírla porque habla lo que vive. La dificultad comienza cuando el que trata de escribir no oye porque está aturdido de juicios y prejuicios, que son justamente la materia que debe ser borrada para llegar al hueso. Mi oficio de escribir se reduce a editar voces que han sido distorsionadas, falsificadas, ignoradas. No puedo escribir una línea que, de alguna manera, yo no haya vivido. Por eso no escribo una sola sobre tecnología de la comunicación, sobre química o sobre jurisprudencia. Y por eso escribo con gusto cuando lo hago en primera persona. Escribir, para mí, es ir hasta mis confines guiado por la vida del que está al otro lado. Mi escritura —o lo que yo llamo así— es un puente construido con los escombros del prejuicio, incluido el mío. He pagado un alto precio por apartarme de la mirada oficial, la que llaman "políticamente correcta": falsamente objetiva, parcial, aséptica. He tomado partido contra las imputaciones criadas por el interés privado contra la gente que anda por las trochas y por los atajos, por las calles sin asfaltar, y que nada esconde porque nada tiene que perder.

El país está lleno de prejuicios, sometido a ellos. Han sido construidos con método, calculadamente, a mansalva y sobre seguro. Surgen de los miedos e intereses de los poderosos. Y avasallan, envuelven y destruyen. No solo no dejan oír, sino que tampoco dejan ver. O más bien, dejan ver solo lo que a través de sus oscuros cristales quieren ellos que se vea: un mundo de buenos y malos donde estos no son ellos mismos. Desde hace más de un siglo se está elaborando esa mirada, esa muralla, esa frontera. Transgredirla tiene costos: el aislamiento, el señalamiento, el bloqueo, en fin, el arrinconamiento. No es posible seguir mirándonos con un solo ojo, debemos desnudarnos para saber quiénes somos, para poder vivir juntos con todas nuestras flaquezas y nuestros errores. Hay que ir más allá, el horizonte alumbra y llama. El tiempo de la sangre está siendo sepultado.

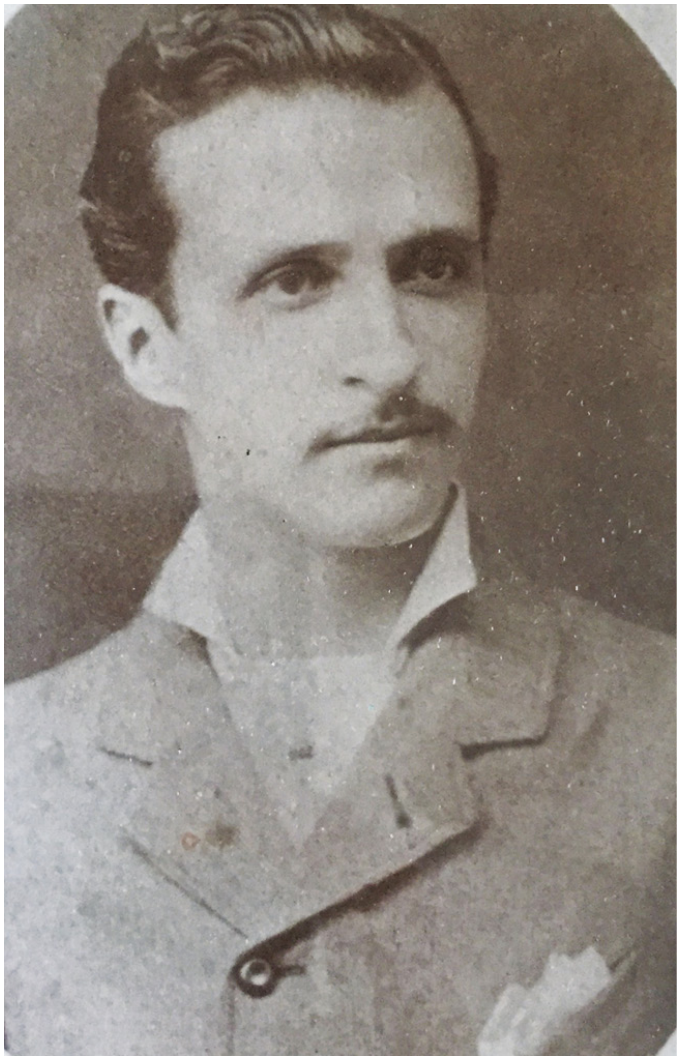
El homenaje que se me hace —y que agradezco con sinceridad— reconoce los golpes que el futuro está dando afanoso en la puerta. No podemos seguir viviendo en la zozobra, en la parálisis, en la oscuridad del miedo. Estamos a punto de dar el paso que el país, su gente de tierra, barro y sudor merece. Los personajes de los que he tratado de

ser eco: los colonos de la Serranía de La Macarena o del Perijá, los indígenas de Tierradentro o de la Sierra Nevada, los negros del río Salaquí o del Timbiquí; los campesinos del sur de Tolima y del Catatumbo, las mujeres de allá y de aquí cerca de mi corazón —siempre las mujeres— están todos aquí acompañándome. A ellos y a ellas devuelvo con gratitud este premio.

ÁRBOL FAMILIAR



Elisa de la Torre Briceño, abuela paterna.



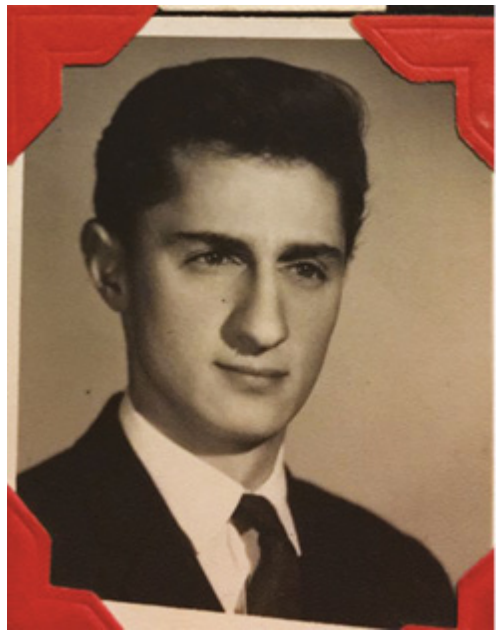
Alfredo Molano Briceño, abuelo paterno.

Juan de Dios Bravo y Rafaela Arteaga, abuelos maternos.

Elvira Bravo, con Alfonso Molano Bravo (de brazos), y Alfonso Molano de la Torre, de la mano con Alfredo Molano Bravo. (Pacho, Cundinamarca, 1947)

Alfredo Molano Bravo en la hacienda El Libano (La Calera),
en el establo con los chivos.

Alfredo Molano, junio de 1952, en el Colegio Liceo de La Salle, en Bogotá.



Alfredo Molano se graduó del Colegio Real de Santa Fe.

La vida de Molano transcurrió siempre al lomo de un caballo. Aquí muy pequeño en su primer caballo, de nombre Florián.

Alfredo junto a su gran amigo, Fernando Rozo en trabajo de campo.

Pintura de la hacienda El Líbano.

En la entrada de su hacienda El Líbano, 1945.

Viajó a Francia para adelantar sus estudios de doctorado en la década del 70.

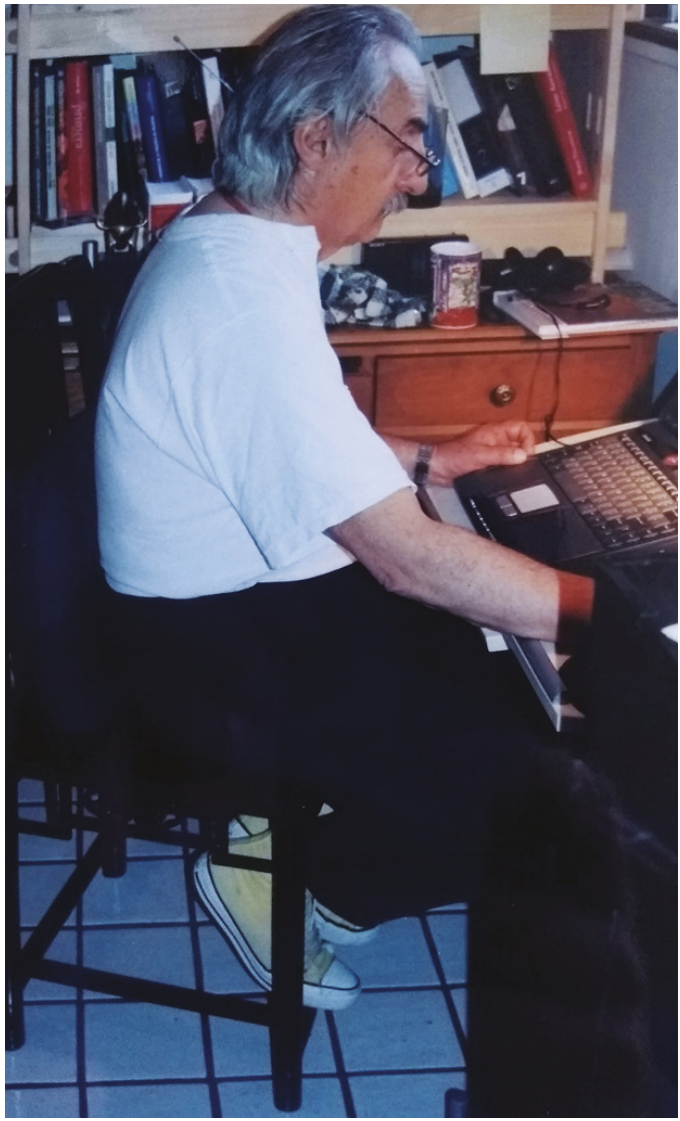
En Bogotá, Alfredo (izquierda de la foto) junto a su abuela, madre, hermanos, sus dos hijos, Juan y Adriana, y su primera esposa, Martha Arenas.

Alfredo Molano Bravo intenta, en broma, entrar a la casa montado en su caballo Altair.

© Foto Jorge Mario Múnera

Alfredo y Alfonso Molano Bravo, en uno de sus trabajos de campo. Catatumbo, 1990.

Un lector apasionado de los periódicos. Aquí en su casa en La Calera a inicios de los 90.



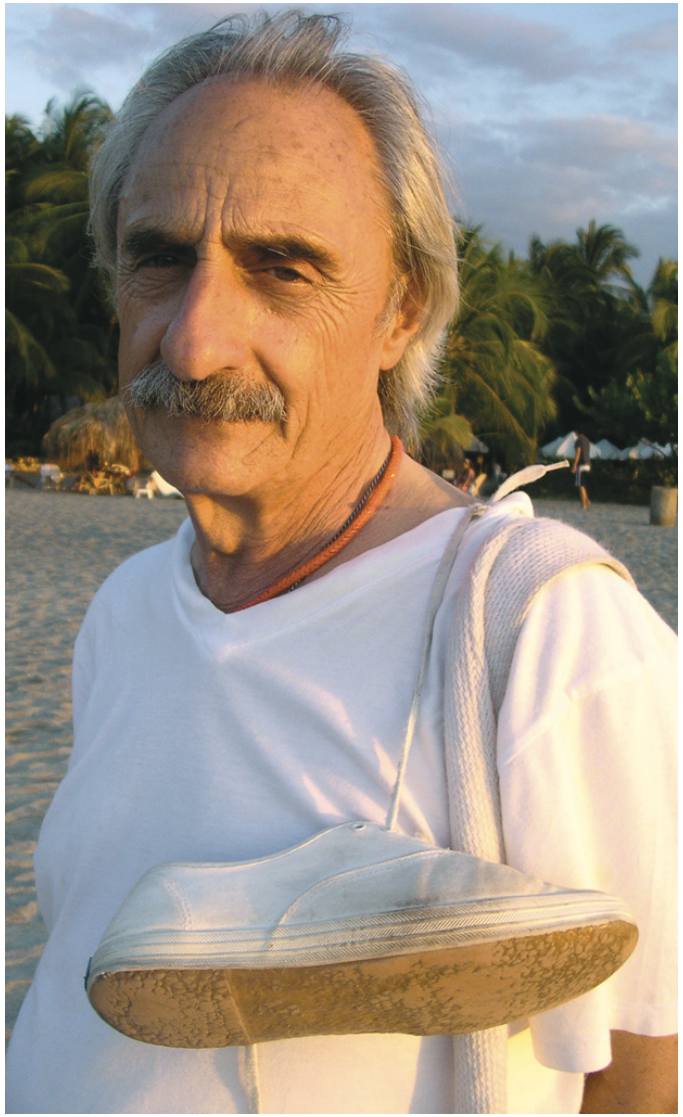
Molano en Barcelona, donde vivió su primera etapa del exilio.
Año 2000.

Alfredo junto a sus tres hijos hombres (de izquierda a derecha): Juan, Marcelo y Alfredo. Abajo su primer nieto, Gregorio. 2005.

Montado en su último caballo: Ícaro.

Recogiendo testimonios en el Magdalena Medio.

En La Habana (Cuba), donde tuvieron que exiliarse sus dos hijos menores, Marcelo y Alfredo. Aquí, en el 2000, junto a Gladys Jimeno Santoyo, su esposa.

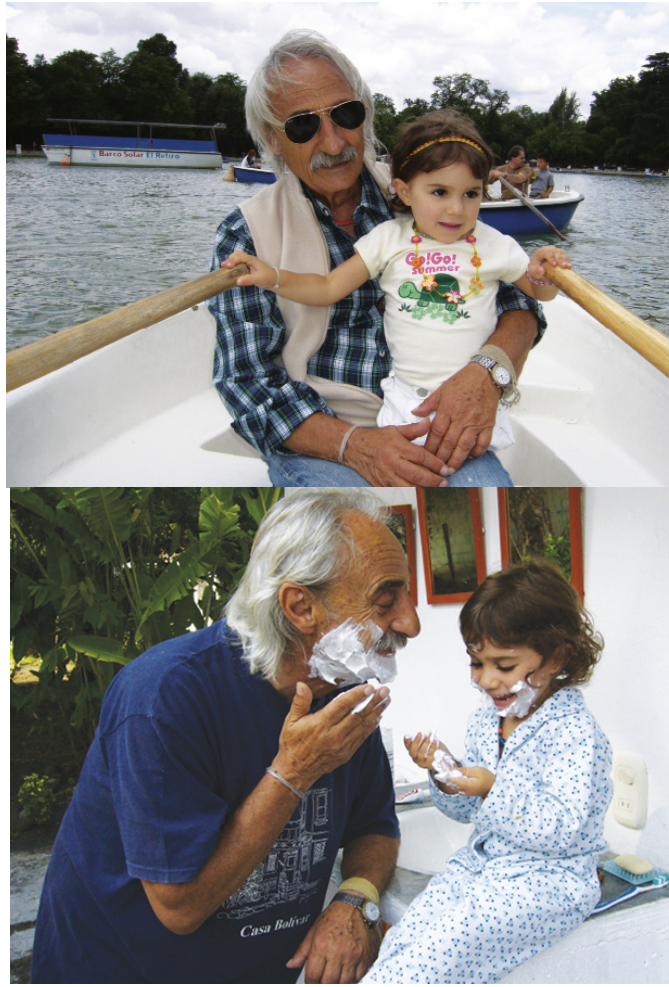


Con los tenis al cuello y de mochila, Molano recorrió el país de costa a costa.

Alfredo y Antonia en uno de sus viajes por Los Llanos de Colombia.

En la entrada de su finca Chaquevá, en el Vichada.

Con Antonia bebé en Honda y en una plaza de toros en España.



Antonia y Alfredo, entre juegos y viajes.

Alfredo y Gladys Jimeno Santoyo en una fiesta en 1983.

Gladys, Milena Hernández con Thiago, Alfredo y Marcelo Molano, durante la entrega del Premio Simón Bolívar a Vida y Obra.

© Foto Camilo George

Fiesta de cumpleaños de Gladys, las familias Molano y Jimeno juntas, y amigos cercanos en 2011.

Alfredo y Martha Arenas vivieron en París entre los años 1975 a 1977.

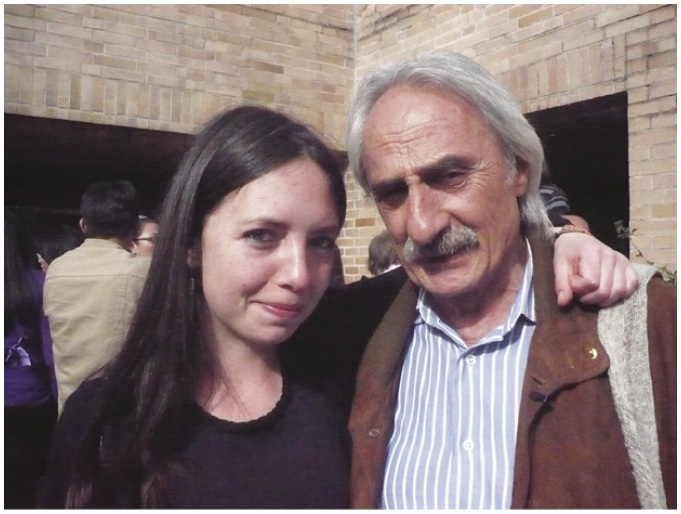
Alfredo y Gladys en Italia, 2012.

© Foto Jorge Mario Múnera

María Elvira y Alfredo Molano en Arauca.

© Foto Jorge Mario Múnera

Adriana y Alfredo en 1990.



Alejandra Salazar Molano (sobrina) y Alfredo en su grado de socióloga de la Universidad Nacional.

En las grabaciones del programa Travesias, década de los 90.

Año 2000, en Venezuela, Alfredo junto a sus cuatro hijos y su primera y segunda esposa.

Juan y Alfredo en Iguazú (Argentina) 2014.

Con Martha Arenas, su primera esposa.

© Foto Camilo George

La familia Molano en pleno, 2016.

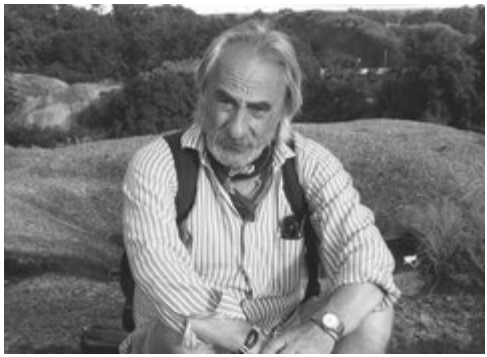
El último viaje familiar a Honda, en octubre de 2019.

Este es el libro inédito que Alfredo Molano Bravo le escribió a su nieta durante más de una década, en el que reúne sus historias y pensamientos más íntimos para explicarle el país en el que nació, y le relata muchos de los viajes que lo llevaron a recorrer casi 14.000 kilómetros del territorio colombiano, a pie, subido en sus Converse de colores. Además, *Cartas a Antonia* incluye el diario que Molano llevó hasta pocos días antes de morir, donde narra los detalles de su lucha contra el cáncer con la rigurosidad de cronista que lo caracterizó y que lo llevó a convertirse en uno de los escritores más destacados de la historia reciente del país. Un libro imperdible para entender a Colombia y convencerse de la importancia de vivir con intensidad.

"Muchas veces se le oyó hablar de este texto, lo hizo no como uno más de sus veinte y tantos libros, sino como el mejor regalo que le habría hecho a esa niña que tanto amó. De todos sus libros es el más profundo, autobiográfico y universal".
Alfredo Molano Jimeno

“Lo de los perros fue una metáfora que nos permitió volver a hablar de los miedos. Esos mismos que por la noche, cuando ya todo está en silencio y las luces se han apagado, saltan sobre mi cama y mi almohada, me cercan, me paralizan y se llevan mi sueño entre sus fauces. Al miedo, le decía yo a Antonia, hay que mirarle la cara. A los perros hay que mirarlos a los ojos, a la muerte también”.

Alfredo Molano Bravo



ALFREDO MOLANO BRAVO

(3 de mayo de 1944 -31 de octubre de 2019) Sociólogo, escritor y periodista. Autor de una veintena de libros escritos desde el relato de vida, una técnica narrativa que caracteriza su obra. A sus libros se les suman treinta años de columnas semanales en el diario *El Espectador*, así como artículos, reportajes, crónicas y entrevistas en diversos medios de comunicación. Creció en un escenario rural que lo hizo sensible a los problemas del campesino, un sujeto que atraviesa sus textos. Las colonizaciones campesinas, sus geografías y problemáticas se convirtieron en el lente desde el que miraba la historia del país, el cual recorrió de punta a punta en busca de relatos de personajes anónimos que protagonizaron o sufrieron los avatares de la historia colombiana. Fue profesor invitado de la Universidad de Stanford, en Estados Unidos; obtuvo la máxima distinción del Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar; le fue otorgado el título de doctor *honoris causa* por la Universidad Nacional de Colombia, y murió integrando la Comisión de la Verdad, desde donde quiso poner su escucha para revelar la historia de las víctimas y el conflicto colombiano, pues su arte, más que escribir, fue escuchar.

Foto: @GabrielaMontoya

Título: *Cartas a Antonia*
Primera edición: agosto de 2020

© 2020, Alfredo Molano Bravo
© 2020 Herederos de Alfredo Molano Bravo
© 2020, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. S.
Cra 5A No 34A – 09, Bogotá – Colombia.
PBX: (57-1) 743-0700
www.megustaleer.com.co

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Lyda Naussán R.
Fotografia de cubierta: Nelson Sierra / El Espectador.
Fotografía del autor: @GabrielaMontoya
Créditos fotografías inserto: © Archivo familiar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Las opiniones expresadas en este libro son de exclusiva responsabilidad de su(s) autor(es) y no reflejan necesariamente los puntos de vista de PENGUIN RANDOM HOUSE y/o de su personal.

ISBN 978-958-5549-52-4

Conversión a formato digital: Libresque

Índice

Cartas a Antonia
Nota del editor
Uno. Prólogo
    La herencia de mi papá, por Alfredo Molano Jimeno
Dos. Cartas a Antonia
    En el bautizo
    Antonia en España
        El encuentro
        Segundo día
        Al zoológico
        En Barcelona
    Fábricas de sueños
    El remordimiento
    ¿Quién es Barrabás?
    Sonia, la perrita
    Mi primer día de colegio
    En las puertas del colegio
    Cuando yo era niño
    A tus diez años
    Cuba
    Nueva York
    La Toma
    Nuquí
    Tumaco
    El Hatillo

Simití
Marquetalia
Tras la firma del Acuerdo de Paz
Santurbán
California
De El Pato al Cabo
La Guajira
Barcelona
Querétaro
Nimes
Ecuador
Tercera de Manizales
Viaje a Perú con Antonia
El Yopal
Chaquevá
Posesión de Duque
Los Llanos
Semana Santa de 2019
Tres. Diario para Antonia (2019)
Tiempo después
Viaje al Sumapaz
Cuatro. La despedida
Carta de despedida de Antonia en el cementerio
El saco rojo
Cinco. Addendum
Palabras con ocasión del título de doctor honoris causa que le otorgó la Universidad Nacional de Colombia
Escribir, vivir
Álbum de imágenes
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos